El amor, camino de perfección

Francisco J. Valverde Brenes

El amor, camino de perfección

ESTIMADO LECTOR:
PROTEJA NUESTROS LIBROS,
SON PARA USTED Y LAS
FUTURAS GENERACIONES.

Universidad de Costa Rica
Sede de Occidente
Coordinación de Investigación

San Ramón, Alajuela, Costa Rica
2002

SEDE DE OCCIDENTE
BIBLIOTECA
San Ramón
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

BIBLIOTECA OCCIDENTE - UCR
0129879

152.41
V184a

129879

18 FEB 2003

Serie: "Cátedra Universitaria"
Ediciones de la Coordinación de Investigación,
Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica

Aprobado por la Comisión Editorial:

MSc. Saray Córdoba González
MEd. Teresa Barrantes Lobo
Licda. Arabela Mora Zamora
MSc. Silvia Castro Sánchez

Edición: MSc. Saray Córdoba González

Diagramación: William Abarca Méndez

Diseño de portada: William Abarca Méndez,
basada en pintura de *Shirlley Fallas Acosta*

Setiembre de 2002

152.4
V184a Valverde Brenes, Francisco J.
El amor, camino de perfección / Francisco J. Valverde Brenes. -- San Ramón, Alajuela, Costa Rica : Coordinación de Investigación, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, 2002.
190 p.

ISBN 9968-9956-3-0

1. AMOR. I. Título.

A mis hijas, Daniela y Laura Isabel,
a quienes dedico todo este esfuerzo.

Contenidos

Presentación 13
Prefacio 15
El amor, camino de perfección
Introducción 17

I. **¿Qué se entiende por amor?** 21
¿Un sentimiento, un afecto, una facultad? . 21
¿Queremos o amamos? 25

II. **¿Qué significa querer?** 27
El "querer" como enfermedad 31
Los celos 32
La sumisión 34
El amor a primera vista 36
¿Qué es enamorarse? 37
Del amor al odio hay un paso 40

III. **¿Qué significa el amor?** 43
Nadie da lo que no tiene 47
El "querer"como una relación de conflicto . . 50
El sufrimiento en la relación de conflicto . . 51
El amor no se puede dar como un sacrificio 54

IV. **El amor empieza con el amor a sí mismo** . 57
No ama quien no se ama a sí mismo 59
El amor no nos llega desde afuera 61
El amor por sí mismo no es egoísmo 63

V. **¿Cómo sabemos, entonces, quién está en capacidad de amar?** 65
Nadie cambia a nadie 70

VI. **El conocimiento como sustento del amor** 73
El amor no puede acabar nunca 80
El amor a primera vista no existe 82
El amor no es ciego 83

VII. **El que ama a uno, ama a todos** 85

VIII. **El amor conyugal** 89
¿Qué sucede, entonces, con el que efectivamente dice amar sólo a uno? 91
Solamente una vez amé en la vida 95

IX. **El amor erótico** 95
¿Cuál es, entonces, el significado que deben tener las relaciones sexuales dentro del amor humano? 102
El amor es fiel por naturaleza misma 104
El amor no se hace 106
El fondo de la expresión *"fuiste mía(o)"* . . 108

X. **La edad dentro del amor** 111

XI. **El amor ama en libertad** 119

XII. **¿Soporta todo el amor?** 125

XIII. **El sufrimiento en el amor** 133
El sufrimiento y los romances tipo Romeo y Julieta 136
La muerte de un ser amado 138
Nadie muere de amor 140

XIV. **La humildad, condición básica del amor** 145

XV. **El autodominio, condición básica para la humildad** 151

XVI. **El amor en nuestra sociedad de consumo** 155
La tecnología 155
La prisa 158
Los valores en la sociedad de consumo . . 160
El valor consumista del amor 165

XVII. **El amor es fundamento de la dignidad humana** 169

XVIII. **El trabajo es fruto del amor** 173

XIX. **La obra de arte: fruto del amor en la realidad del artista** 177

Conclusión 183

Bibliografía de apoyo para el lector 187

Presentación

El presente esfuerzo fue llevado a cabo para crear un apoyo didáctico al programa de Filosofía de la enseñanza media, referente a las tres condiciones morales básicas que debe poseer el filósofo —y valga decir, toda persona que desee iniciar la búsqueda de la mayor de todas las verdades en la naturaleza entera— y hacer del saber que encuentra, un tesoro espléndido y una hermosa oportunidad para crecer como ser humano en sabiduría y en entereza. La obra está escrita a partir de las lecciones impartidas por el autor a los estudiantes del undécimo año del ciclo diversificado, en la Segunda Enseñanza costarricense. Posee la perspectiva de la ética naturalista, teleológica y humanista, y en ella se afirman muchos de los conceptos de la psicología humanista del pensador Erich Fromm, con los que se enriquecen y trascienden los linderos del amor meramente romántico.

Este espacio es para sus apuntes al margen del párrafo. Todas las preguntas, dudas o anotaciones que desee recordar, aquí puede hacerlas.

Nuestra visión naturalista del humanismo de Fromm, nos permite identificar el amor, no como un elemento pasional y mágico, sino como el principio racional, fundamental y substancial, por medio del cual se sublima la vida, los seres humanos y la creación entera. Con ello se asegura que el amor es más, mucho más que un mero sentimiento, y su comprehensión es lo único que puede darle sentido

y significado a la existencia humana, a sus desencantos y sufrimientos, a sus alegrías y anhelos, a sus querellas y fantasías, y a todo aquello que por siglos ha aquejado a todas las generaciones de todos los tiempos. A partir de esta configuración del amor, llegamos a rechazar cualquier expresión relativista del amor, cuestión que ha estado muy de moda en nuestros tiempos, principalmente con algunas teorías psicológicas y filosóficas modernas.

Su propósito cumple con uno de los objetivos de la primera unidad que se establecen en el programa nacional de la educación costarricense a partir del año 2002, el cual es: *Reconocer las condiciones morales necesarias del filosofar.*

Con todo, está escrito para que no sólo los estudiantes, en quienes se piensa, puedan disfrutar aprendiendo del cuestionamiento y esclarecimiento del tema, sino para todo aquel que, deseoso de saber más sobre este hermoso tema, quiera adentrarse en sus páginas y tener acceso a una visión más enaltecedora y universal, mas gratificante y ennoblecedora del amor. Es, por consiguiente, una obra que puede desempeñarse muy bien en cursos universitarios de Ética profesional, en especial la Ética para docentes. Por todo lo anterior, deseamos que, si ha llegado a sus manos este discurso, y con su lectura ha comenzado a entender su vida, lo comunique al autor, quien con gusto acogerá sus experiencias y sugerencias sobre el tema.

Así pues, si necesita hacer uso de sus líneas, le rogamos citar su procedencia como corresponde; ayude al autor no reproduciendo este material sin permiso suyo, de esta manera permite que los derechos de autoría le sean defendidos. *Mil gracias.*

Prefacio

Estimado lector, este trabajo ha sido escrito para ayudarle a clarificar una de las tareas más nobles del ser humano, la tarea de amar. Encontrará que es un tema muy gastado y del que todo mundo tiene algo que decir y cada cual supone seriamente poseer la razón. No obstante, pocos estarían en condiciones de explicar con claridad lo que están predicando. Por eso es importante señalarle que, sin embargo, estas líneas no son de ninguna forma un "recetario" de amor, un "Aprenda a amar en seis lecciones". Si espera hallar en él soluciones inmediatas y mágicas para remediar discordias amorosas, muy probablemente quede desilusionado. Lo que sí es seguro es que acabará interesándose en muchas de las cuestiones que en él se tocan, pues en ellas intento desentrañar la esencia más sublime del amor, y con ella, las dificultades amorosas que su confusión genera, situación caótica y cotidiana por la que todos pasamos alguna vez en la vida.

Recomiendo, sin embargo, no apresurarse en recorrer sus páginas sin un tiempo de reflexión para cada tema abrazado. Cada uno de ellos debe ser pensado y madurado, con orden y paciencia; principalmente porque, en la práctica educativa, se recomienda altamente crear un contexto de diálogo

didáctico. En él encontrará muchas oportunidades para examinar, opinar y participar de la plática

que deseamos, ora sucede lo contrario. Quien toma sus gustos por norma de sus actos se hace inconstante y corrompido; quien juzga del ser o no ser de las cosas por sus propios deseos se engaña torpemente, formándose mil ilusiones que el tiempo disipa." (1963, p. 22)

Definir el amor como un sentimiento entrañaría la imposibilidad de establecer algo seguro sobre él.

Con esto no vamos a decir que el sentimiento sea malo, sino que está equiparado con todas aquellas afecciones que provocan en nosotros diferentes estados de ánimo; según sea el objeto, así será nuestra afección por éste y así su afectación. Propiamente es un criterio equívoco para emitir una opinión sobre algo: varias personas podrían tener muy diversas apreciaciones sobre un accidente o un suceso si lo aquilatan a partir de sus emociones.

Definir el amor como un sentimiento entrañaría, entonces, la imposibilidad de establecer algo seguro sobre él, porque tal empresa dependería de mi estado de ánimo, de mis caprichos, de mis gustos o de mis emociones: ora son así, ora son asá, ora estoy así, ora estoy asá, hoy me siento alegre, mañana estoy a disgusto hasta conmigo mismo. Sumemos a lo anterior que hablamos del criterio de una sola persona. Si el amor es un auténtico sentimiento, implicaría pensar a su vez que todos y cada uno de los individuos estarían en posibilidad de emitir su propia opinión al respecto, tan diferente y caprichosa como diferentes y caprichosos son los propios sentimientos.

Igualmente, mi perspectiva con respecto a la valoración de algún suceso, va a depender de mi agrado o desagrado, de mi afección o repulsión, y esto, sobra decirlo, tornaría las cosas en una pura anarquía y en un completo caos. Si el amor es un

No obstante, no es posible cerrar los ojos a la experiencia diaria: individuos que encuentran muy normal orientarse a través de sus sentimientos.

sentimiento, nada, absolutamente nada de nuestras relaciones amorosas tendría explicación, y tampoco podríamos garantizar nada sobre ellas, excepto criterios advenedizos y muy poco confiables.

Semejante definición del amor no posee, en absoluto, sustento alguno como para depositar en ella la esencia y el fundamento de la humanidad. Asegurar por un lado que el amor es el que debe prevalecer en las relaciones humanas, y por otro, que este —desconcertante— panorama es el que va a responder a todas las necesidades humanas, como incomprensiblemente parece sostenerse, es estar más que despistados, es animalizar nuestra propia existencia, es perder nuestro valor más supremo, es convertirnos en un fenómeno de veleidades y ciegos instintos.

No obstante admitir la inconstancia del sentimiento, no es posible cerrar los ojos a la experiencia diaria: individuos que encuentran muy normal orientarse a través de sus sentimientos y de sus afecciones. Incluso, recordamos las palabras de más de una madre, que en su empeño por educar bien a su hijo o hija, le recomienda lo siguiente: *haz lo que tu corazón te dicte*. Y para cualquier caso, el corazón es el símbolo por excelencia de la emotividad, del romanticismo y del enamoramiento alocado. Todo ello resultado del profundo carácter sentimental de éste.

¿Dónde está la explicación de esta aparente paradoja? ¿Cómo podemos entender qué es propiamente el amor si no podemos relacionarlo con los sentimientos? ¿Cuál es la verdad, entonces, sobre el amor? Intentemos contestar a estas preguntas. Al final, usted, estimado lector, me dirá si efectivamente lo hemos logrado.

¿Queremos o amamos?

¿Qué significa querer y qué amar? Contestar esta pregunta implica comenzar a entender el meollo de este problema existencial.

Antes de que saquemos alguna conclusión al respecto, permítaseme avanzar en los alcances de esta pregunta. Normalmente las personas —en su mayoría adolescentes— cuando desean manifestar sus sentimientos a la pareja, lo indican diciendo "te quiero"; esta frase es la más elocuente y sutil cuando se trata de entablar una relación de novios o de amantes. Nuestro idioma es sumamente rico en acepciones, en él se puede ver más apropiadamente la diferencia entre esas dos actitudes. ¿Qué significa querer y qué amar? Contestar esta pregunta implica comenzar a entender el meollo de este problema existencial. Pues bien, iniciemos antes que nada esclareciendo el fenómeno del "querer" entre las personas.

II.

¿Qué significa querer?

Decir "te quiero" es participar esa necesidad de cariño, bajo la suposición de que puede ser aliviada por la persona elegida por mi corazón.

Cuando alguien se dirige hacia otro diciendo "te quiero", está comunicándole varias cosas, entre ellas: me gustas mucho, te deseo, te necesito, eres muy especial, deseo estar junto a ti, etc. Pero ante todo, declaramos precisamente lo que la expresión indica, es decir, "te quiero", porque al hacerlo, confirmamos la acción enunciada por el verbo: una inclinación hacia la otra persona y un deseo de querer tenerla o poseerla. La experiencia enseña que tal inclinación es sentimental o pasional, revelada como una necesidad interior que mueve a ansiar —reservada o impulsivamente— el cariño de la otra persona. Y desde luego, por constituir una necesidad afectiva, conforma también el anhelo de ser amados; el cual, en última instancia, puede ser satisfecho por una o por otra persona que complazca las pretensiones individuales. Entonces, cuando dejo entrever mi deseo, lo hago solicitando algo que yo mismo requiero en mi ser, esto es, el cariño que me puedan dar. Decir "te quiero" es participar esa necesidad de cariño, bajo la suposición de que puede ser aliviada por la persona elegida por mi corazón; es querer que me quieran, que me elijan para darme el cariño buscado. "Te quiero" en ese tanto significa: *te quiero a ti, te quiero para mí, sólo a ti, te he elegido a ti para que me quieras, por eso te quiero y quiero tu cariño, quiero sentirme querido por ti y para eso te quiero.*

Porque cuando quiero, quiero el cariño de la otra persona pues lo necesito, y voy a quererla debido a que puede ofrecerme lo deseado.

Puesto que es muy probable que la otra persona esté en las mismas condiciones afectivas, nos topamos con una relación inevitablemente recíproca; lo cual significa que yo esperaré de ella cariño, en correspondencia del que yo le ofrezco. De este modo, querré para que me quieran y porque me quieren, y dejaré de querer si dejan de quererme, pues mi necesidad me obliga a esperar algo de ella. Por consiguiente, quiero en tanto me quieran; porque cuando quiero, quiero el cariño de la otra persona pues lo necesito, y voy a quererla debido a que puede ofrecerme lo deseado. Quiero para que me quieran, y voy a querer en tanto me quieran: es una especie de contrato en el que yo doy para que me den cariño. Si la pareja no cumple con su parte del contrato, porque ha dejado de darme, de amarme, yo terminaré la relación porque no deseo estar en un convenio en el que estoy dando, pero no me dan cariño. Así, dentro de este tipo de componendas, nadie quiere a quien no lo quieren, pues antes que nada, se pretende como único y primordial objetivo, ser amado por esa persona. A menos que, por supuesto, se consienta un sufrimiento innecesario, y por muy desatinado que suene, es bastante frecuente toparnos con ese tipo de conductas.

Por otro lado, si por alguna razón yo me veo sin el cariño de la persona pretendida, o encuentro que otra me ofrece más de lo que aquélla me entrega, cambiaré de pareja. Aquí predomina ante todo el estado de mi necesidad afectiva. La relación del querer, como se ve, es forzosamente recíproca; pero también es especialmente egoísta, pues se trata de dar solución a mi carencia, a mi penuria, a mi soledad. Mas no se habla en este caso de un egoísmo ególatra y desalmado, sino más bien de uno que encierra honradez, nobleza y sinceridad; por tal razón,

se puede considerar normal en aquellos cuya adolescencia les exige mayor interrelación y camaradería, como objeto de búsqueda de amor y de cariño, indispensables, ciertamente, para su normal crecimiento y madurez. De aquí que observemos muchachos y muchachas, adolescentes en su mayoría, cambiar muy a menudo de pareja en su pretensión por llegar a aquella que, según ellos, vaya a satisfacer mejor su demanda de cariño.

La relación del querer nos permite entender el sufrimiento que revelan quienes tenían sus expectativas puestas en la otra persona como proveedora del cariño ansiado.

Y si la rutina nos permite percatarnos de la frecuencia con que nos tropezamos con este tipo de relaciones de "querer", es precisamente porque existe cantidad de personas de todas las edades en un estado —a veces normal, a veces anormal— de carestía de afecto, de vaciedad interior, de ausencia de ser, que las hace sentirse precisadas de cariño, y por ello, obligadas a conseguir los favores de la otra persona.

La relación del querer nos permite entender el sufrimiento que revelan quienes tenían sus expectativas puestas en la otra persona como proveedora del cariño ansiado. Esto es comprendido más fácilmente cuando pensamos en el simbolismo que rodea una muy popular cadenita, usada —en nuestro medio— como adorno para el cuello, indistintamente portado por jóvenes y adultos. Posee un par de dijes que asemejan **dos mitades de un corazón**; una mitad es llevada por una persona, la otra mitad la usa la otra. Esta prenda describe la relación entre ambos: cuando la pareja está separada, las dos mitades reflejan la desunión; juntos, son dos partes que se encuentran y se completan; cuando están cercanos, sienten que la unión les trae alegría y les da bienestar, se sienten seguros y confiados porque están al lado del que les da cariño, del que les da la

Estereotipo

La separación es derrumbe, es angustia. Estar juntos simboliza la plenitud, la consumación, nada escaseará porque la otra persona encarna la respuesta a su necesidad.

felicidad y la esperanza deseada. Juntos pueden contra el mundo. Separados, sienten que el corazón se les desgarra con tal solo la sospecha del alejamiento. Así como se divide el corazón de la cadenita, así se fragmenta el de la persona que lo lleva; porque con la partida de aquella, se va su felicidad, su cariño, su alegría, su bienestar; todo lo que la hacía estimarse ilusionada y animada se va con el otro, se va con ella. La separación es derrumbe, es angustia. Estar juntos simboliza la plenitud, la consumación, nada escaseará porque la otra persona encarna la respuesta a su necesidad. Dos mitades que separadas son desolación, y juntas son el complemento deseado de alegrías y tristezas.

Es el milagro romántico sobre el que giran las ilusiones y los sueños de cuentos e historias de todos los tiempos: dos mitades de corazón que separados no eran nada, sólo una realidad solitaria y triste; pero al juntarse, se convierten en un solo corazón, en una sola persona, plena y feliz. Lo que hacía falta en mí y que me descubría incompleto, ahora se consuma con la otra persona, ahora soy uno, y no medio, ahora me siento colmado y dichoso. Todo es dado si permanecen unidos, el mundo se derrumba si emerge la separación.

El simbolismo de la "media naranja" posee idéntica interpretación. Lo mismo se puede decir de la búsqueda del "alma gemela". El querer posee tales características, responde a una necesidad de cariño, de ser amado, que se hace solícita a la otra persona; en ese tanto me sentiré bien, en cuanto sea correspondido y en cuanto entiendan que quiero para que me quieran. Es la reciprocidad con las demás personas lo que me permite crecer y madurar; es mi relación con éstas y el cariño que recibo de

ellas, lo que me hace estimar a una y a otra. El adolescente sabe esto, por eso quiere, exige que le quieran, porque es ése cariño recibido el que le va a permitir superar esta etapa y comenzar una vida responsable, madura y en capacidad de amar.

Lo que hubiera sido una etapa de camaradería y compartimiento, se vuelve una búsqueda interminable del cariño ausente.

El "querer" como enfermedad

Pero, ¿qué sucedería si tales personas no reciben el cariño más propicio para crecer y se crea en ellos —o se agudiza— la sensación de vacío y de soledad? El momento en que esto puede desencadenarse es en la adolescencia, y la experiencia cotidiana muestra cantidad de muchachos y muchachas lidiando con su familia para alcanzar una maduración afectiva aceptable. Cuando tal bienestar no es disfrutado, intentan compensar el faltante más allá del núcleo familiar —en la secundaria, con los amigos, con las amigas, con sus romances, etc.— en una situación, lastimosamente, de seria desventaja; porque, *lo que hubiera sido una etapa de camaradería y compartimiento, se vuelve una búsqueda interminable del cariño ausente*. En la preadolescencia y en la adolescencia se hace imprescindible el disfrute de la amistad para el buen desarrollo de la identidad y de la personalidad. Los muchachos en las condiciones citadas prácticamente se la saltan y dejan de mirar a sus amigos o amigas como tales y los convierten en candidatos a novios o novias. Su relación será interesada y estará supeditada a la cantidad de afecto encontrada; los demás girarán alrededor de tales preocupaciones, en tanto la aprueben o la desaprueben, la apoyen o la rechacen. Según el grado de privación padecido, así será el esfuerzo, la consternación, la premura experimentada por procurárselo; valga decir que tal urgencia se

Los celos son el estado que desnuda mi soledad y mi carencia.

acompaña siempre del miedo que provoca no poder obtener, o bien sostener, el cariño anhelado.

Cuando una persona en sus relaciones con los demás, no logra el amor indispensable para madurar, se va generando en ella un gran vacío; ante el cual puede reaccionar de dos maneras: Sea como aquel cuya soledad lo mueve hacia un sentimiento egoísta, y exigir y forzar de la otra persona el cariño necesitado. O como aquel que, por miedo de verse nuevamente en soledad, se subyuga y envilece por el favor de su pareja, con tal de no aumentar su desconsuelo. De esta urgencia nacen peligrosas emociones como *los celos*, cuya intensidad depende, en gran medida, de la necesidad que experimente la persona celosa.

Los celos

Los celos son el estado que desnuda mi soledad y mi carencia. Si la persona resiente mucho su aislamiento, y advierte la posibilidad de conseguir el cariño pretendido a través de alguien, hará todo lo indispensable —y más— para obtenerlo. Su predisposición hace que no esté dispuesta a arriesgar, y mucho menos a perder, la oportunidad presentada. Es decir, no permitirá que intervenga ninguna otra persona que pueda poner en peligro su encuentro con la felicidad anhelada. Para esto, celará a su pareja y la controlará, de forma tal que a ésta no se le vaya a ocurrir dejarla(lo); incluso, por orgullo propio, no aceptará una conducta vacilante con respecto a su relación, porque para ella —aunque de forma inconsciente— es una cuestión de mucha seriedad, donde está en juego su propia estabilidad,

su confianza en sí misma y la honorabilidad ostentada ante los demás.

La persona celosa, según sea su urgencia, corre el peligro de convertirse en un serio riesgo para aquellos que intiman con ella.

La persona celosa puede resultar de cuidado en su intento por conseguir el amor, y según sea su urgencia, corre el peligro de convertirse en un serio riesgo para aquellos que intiman con ella. La vida cotidiana muestra un rostro cruel cuando se trata de describir los males causados por aquellos(as) que, cegados por los celos, han hecho de la relación con su pareja, una completa desgracia y un infierno intolerable. Lo único que revela la persona celosa es su situación de desamparo, de miedo y de soledad en la que está inmersa; por eso cela, porque no desea volver a sentirse igual. Se torna, entonces, egoísta, suspicaz y desconfiada; y en el tanto de su intranquilidad, su desesperación se convierte en irracional descontrol, y un círculo de destrucción se genera a su alrededor hasta consumirla, y absorber a toda persona que se acerque a congeniar con ella.

La persona celosa no protege, sobreprotege; no cuida, controla. Sus amigos, sus amigas, lo son hasta el momento en que imagina que están interesadas en su pareja. Todo puede llegar a inquietarla y hasta volverla insufrible. Y como el problema se revela como una compleja situación de amor por sí misma, difícilmente conseguirá convencerse de lo contrario, así que su desconfianza no desaparecerá, aunque la otra persona le dé evidentes pruebas de fidelidad.

Debemos, no obstante, hacer una necesaria distinción aquí, porque existen situaciones de celos que en realidad no lo son. Por ejemplo, la experiencia nos muestra personas que crean una escenario de celos con la premeditada intención de atraer a

El miedo a la soledad hace pensar que la única forma de mantener consigo al que brinda su favor, es subyugarse a él y concederle todos sus deseos y caprichos.

otra, esto como una triquiñuela para que alguien en especial se fije en ella. Artimaña normal y muy usada en el cortejo inicial de las parejas. Otro caso diferente es aquel en que una persona encuentra inevitable producir celos, porque, quizá, ha hallado que es la única forma de decirle a su pareja que ella está presente, que se ha olvidado de ella, y que la puede perder si no le presta la atención prometida al comienzo de la relación. Un tercer caso lo encontramos cuando una persona reprende a su pareja, porque ésta acostumbra a coquetear desenfadadamente con los o las demás, asumiendo una conducta indigna y embustera hacia ella; aquí pareciera que se cela, pero en verdad se reprende para solicitar respecto y decoro, pues, si las cosas no están bien, deben arreglarse de una vez por todas. Ninguno de los tres casos descritos llega a ser de cuidado, porque no son causados propiamente por los celos, sino por actitudes muy naturales para llamar la atención o para pedir respeto.

Sumisión

El segundo de los casos se presenta en aquellas cuyo celo se vuelve contra sí mismas, acusándose y sintiéndose culpables de cualquier cosa que no ande bien en las relaciones con su pareja. Es decir, las exigencias que se le hacían al otro por razones de celos para mantenerlo consigo, ahora se revertirán en reclamos hacia la persona misma, con un marcado sentimiento de culpabilidad.

Cuando el miedo a la soledad hace pensar que la única forma de mantener consigo al que brinda su favor, es subyugarse a él y concederle todos sus deseos y caprichos, entonces es cuando la sumisión

aparece bajo la suposición de que no se vale nada y de que el otro lo es todo. El vacío interior crea en estas personas la idea de que no hay nadie más que pueda darles su cariño, puesto que nadie se fijará en ellas y de nadie serán dignas, por esto deben mantener a toda costa al compañero(a) que ahora tienen, haciéndose menos para que ellos(as) sean todo; así, piensan, el compañero estará contento y le agradará quedarse junto a ellas para brindarles el deseado afecto. Los sacrificios a los que se llega no tienen límite, esto es proporcional a la pérdida del sentido de la realidad, consecuencia de la soledad y de la individual necesidad de cariño. Puede presentarse en hombres y mujeres, pero por la influencia de una sociedad patriarcal como la nuestra, la experiencia muestra nuevamente a las mujeres como las más afectadas por esta tragedia, y a los varones como sus victimarios.

Los sacrificios a los que se llega no tienen límite, esto es proporcional a la pérdida del sentido de la realidad.

Tales situaciones son propias de la etapa del querer, tal como la hemos venido presentando. La carencia del afecto mueve los comportamientos en procura del equilibrio. Si se logra el objetivo, la persona madurará integralmente; si al contrario se acentúa la privación, el desconsuelo será tal que los individuos no sabrán con certeza cuál es su condición y terminarán frustrados, resignándose ante una búsqueda interminable que los ciega y les trastorna el buen equilibrio de sus sentidos y facultades. Frente a este panorama, la desesperación remata en la pérdida del sentido de la vida, y en la rendición o sometimiento de la dignidad a la anarquía y a la muerte.

El candor que rodea el ansia, convierte en un momento mágico el encuentro con el amor soñado, enamorando al instante.

El amor a primera vista

La nobleza que encierran la candidez y calidad humanas, vuelve a las personas, en tales emplazamientos, confiadas y proclives a esperar siempre la solución mágica de sus desventuras. Por esta razón, un sinnúmero de individuos tiende a mostrarse propenso a creer en el llamado *"amor a primera vista"*. ¿Pero en verdad existe el amor a primera vista?

El amor a primera vista tiene su génesis en la esperanza ciega de aquellos que piensan que la búsqueda del anhelado afecto terminará cuando se presente, en el momento adecuado y oportuno, nuestra otra mitad, es decir, el amor deseado, nuestra alma gemela, nuestra persona ideal y dispuesta especialmente para nosotros. Por eso, el candor que rodea el ansia, convierte en un momento mágico el encuentro con el amor soñado, enamorando al instante; incluso, cobra fuerza la ilusión de sentir que verdaderamente esa era la persona por quien se había estado aguardando toda la vida. Y, si por algún motivo no resulta como se soñó, es prueba suficiente para sostener que no era, entonces, ni la persona ni el momento adecuado.

El amor a primera vista es ciego por principio mismo. Supone que yo debo darme cuenta, en unas pocas horas, en unos pocos días, que aquella es la persona ideal, y que, a partir de allí, todo debe llegar a ser ni más ni menos, la consolidación de mi premonición, la revalidación de mi esperanza, la confirmación de mi fe en el destino o en la sociabilidad de mis genes con respecto a los de mi pareja. Una cuestión, en última instancia, de mágica confianza o de mera química entre dos... Con este tema seguiremos más adelante.

Pero, ¿qué sucede cuando se produce lo que llamamos *enamoramiento*? ¿Cuál es su explicación?

La exigua experiencia motivará para que esa fantasía reine tanto como reina su inexperiencia, y en esa proporción, niegue la realidad para darle paso a su ilusión.

¿Qué es enamorarse?

Recordemos antes de continuar, que seguimos tratando estos aspectos desde la perspectiva del querer. El enamoramiento implica el apego desmesurado de una persona por otra. La cuestión fundamental está enfocada en la magnitud de esta inclinación, cuyo detonante será la necesidad de afecto y amor, o más precisamente su defecto; a partir de la cual, la persona enamorada se cierra al mundo exterior para vivir su propia fantasía. Para ello, construye un castillo de cristal con sus sueños, con su imaginación, donde coloca la imagen admirada de la otra persona y vive con ella, sólo los dos, sólo ella con su ilusión. Cuando la personita es un adolescente, la exigua experiencia motivará para que esa fantasía reine tanto como reina su inexperiencia, y en esa proporción, niegue la realidad para darle paso a su ilusión, aunque sepa que es inalcanzable.

El enamoramiento de esta clase es natural y muy propio de los adolescentes, cuyo desarrollo les impele a relacionarse con el sexo opuesto, y conforme se adentran en ese mundo nuevo, suelen ser atraídos descomedidamente hacia uno u otro muchacho(a), con el consabido delirio del caso que los hace enamorarse

Las características más observables de estos estados las podemos apuntar como sigue: Si el enamorado está tal y cual lo muestra su apelativo, la persona perderá interés en su mundo exterior, por-

Los pensamientos están puestos en la evocación de la persona objeto de su enamoramiento; la ilusión hace brillar los ojos y origina una sonrisa candorosa.

que su mundo estará solamente conformado por aquella que motiva su desvelo; cuando no está junto a él —o junto a ella, según sea el caso— no tendrá voluntad para nada más en tanto no esté a su lado. En muchas ocasiones se pierde el apetito y se puede llegar a dormir mal; por lo general, los pensamientos están puestos en la evocación de la persona objeto de su enamoramiento; cuando está presente la imagen del muchacho(a) la ilusión hace brillar los ojos y origina una sonrisa candorosa. Todo parece más llevadero, más hermoso; el mundo se torna optimista y las cosas cobran un color y un matiz luminoso. Pero los estudios, deberes escolares y familiares, desmejoran por esta misma razón: su interés recae exclusivamente en aquello que les enamora. Muy frecuentemente, los padres de un adolescente enamorado se dan cuenta de su estado al observar estos mismos resabios, y saben lo decaído que puede andar hasta que no se le toque el tema o aparezca la oportunidad de volver a estar con el objeto de su enamoramiento.

El problema más serio de estos estados se encuentra cuando el enamorado comienza a olvidarse de sí mismo; todo depende del grado de apego, y por supuesto, de lo mucho que esté necesitado del cariño de las personas, como bien hemos venido indicando. Él interpreta el olvido de sí mismo como una muestra de su cariño y de su interés por la pareja. Su visión de las cosas le dice que lo ofrecido por aquella persona, no es posible desdeñarlo, porque sencillamente, lo precisa, y tal experiencia se hace, por sí misma, gratificadora. Así que, su imagen, su persona, su mundo, todo lo que lo rodea, va a cobrar un sentido espléndido, porque todo ello le representa alegría y felicidad.

Este tipo de personas llegan a olvidarse de sí en la medida en que magnifican la presencia del otro en su vida: los defectos, desaciertos, comportamiento negativo o impulsivo, vicios y toda clase de actitudes vacilantes que pudiera haber en aquel, se verán aminoradas o desdeñadas porque han encontrado en él, en ella, quien les devuelva o les dé un poco de sentido a su vida vacía y solitaria.

Hallaremos, características de un enamoramiento enfermizo, más intenso y desmotivante en adultos que arrastran una adolescencia sin resolver.

Ante esta perspectiva, un adolescente, o cualquier persona que no haya podido superar esa fase, puede perfectamente llegar a enamorarse "enloquecidamente". Esto quiere decir que las características de este estado se multiplicarán en proporción directa a sus necesidades, a su vacío interior y a la soledad entrañada que les afecte. Incide de manera especial el olvidarse de sí mismo, puesto que pueden imaginarse valiendo nada conforme el otro le signifique todo, y verse así disminuidos y dependientes del otro, hasta el extremo de estar dispuestos a sufrir toda clase de vejámenes con tal de conservar su "cariño".

Bajo esta expectativa, **el enamoramiento es ciego**, no mira por sí mismo sino por la persona que le ofrece lo que aquella necesita; la magnitud de esta necesidad hará que el enamorado pierda el sentido de su propia realidad y agrande la fantasía conformada por tal experiencia. Natural es ver esto en los adolescentes cuando se trata de una parte de su desarrollo, como en un inicio indicamos, pero no lo es en personas que se supone, ya debieron haber superado esta faceta, y todavía peor si su privación de amor se agudizó con el pasar de los años. Hallaremos, entonces, características de un enamoramiento enfermizo, más intenso y desmotivante en adultos que arrastran una adolescencia sin resolver,

En tanto la persona esté dentro de la etapa del querer, no será posible dejar de enamorarse; es decir, permanecerá en un estado de adolescencia permanente.

muy diferente a la de los mismos adolescentes; pero esto, de ningún modo, es una ventaja para nadie.

Suele creerse muy a menudo que si una persona no se ha enamorado es porque no le ha llegado la pareja adecuada, la indicada para ella, la que le tocaba en esta vida; pero esto, como ya hemos visto, es un criterio bastante equívoco; en tanto la persona esté dentro de la etapa del querer, y hasta tanto no culmine ésta, no será posible dejar de enamorarse; es decir, permanecerá en un estado de adolescencia permanente, cerrando los ojos a la realidad y avivando una ilusión cuya perspectiva debió haber madurado hacía su rato. Esto quedará más claro cuando nos introduzcamos a la explicación del sentido y significado del amor.

Del amor al odio hay un paso

La proposición anterior exige una explicación. Es muy común escuchar esta expresión en boca de los enamorados, pero debemos precisar aquí el uso de los conceptos; porque en principio, no hablamos aquí de amor sino de querer. Esperaremos un poco más para no mezclar todavía lo que trata propiamente el amor. Ahora veremos el significado de esto a la luz del querer.

Del querer al odio sí hay un paso. Y esto sucede por la propia necesidad de cariño que afecta a una de las partes, o a ambas. Cuando una persona cree haber encontrado a su "amor" ideal, y supone que sus ilusiones están ahí hechas realidad, construye toda clase de fantasías alrededor de tal ilusión. Desde luego, cuanto más imagine estar frente al sueño dorado de sus anhelos, más fuertemente se

→ el proposito de vida de una persona de estas es buscar su "otra mitad"? → No existe otra mitad. → Vistel

aferrará a la idea de que su pareja es la indicada y que, por lo tanto, habrá terminado su búsqueda. Pero recordemos que aquí estamos hablando de una relación de necesidad, donde el "te quiero para que me quieras" está estipulado como principio.

En el peor de los casos, cegada por esta emoción, levantará como punta de lanza la sonada frase "mía(o) o de nadie", a partir de la cual, no habrá tranquilidad ni seguridad para la parte asediada.

respuesta

Si la persona, a la que van dirigidas las esperanzas, no responde como confiaba la otra, una decepción se arraiga fuertemente en ella y el desencanto le desvanece todas sus expectativas. Dentro de una camaradería normal, esto no supondría mayores contratiempos; sin embargo, si nos encontramos con que a la persona interesada la ciernen la soledad y un fuerte vacío en su ser, propiciado por la privación de cariño en su crecimiento; ésta, quien había cifrado todas sus esperanzas en la otra, al descubrirse defraudada, termina odiándole en su desencanto, pues veía muy natural que le fuese correspondido su querer. Si esta persona creció sin amor o si sufrió cantidad de decepciones en sus relaciones "amorosas", puede tender a odiar fuertemente y con rencor, hasta el extremo de buscar dañar a la otra persona como compensación a su decepción. O bien, en el peor de los casos, cegada por esta emoción, levantará como punta de lanza la sonada frase "mía(o) o de nadie", a partir de la cual, no habrá tranquilidad ni seguridad para la parte asediada. Dentro de la normalidad de los casos, el sentimiento de odio no suele ser recíproco.
Por supuesto, la situación se revierte cuando su pareja corresponde a las esperanzas cifradas; en esta ocasión, bien puede hablarse de que del odio al "amor" (querer) hay un paso.

(al no cumplirsen mis expectativas) → decepción provoca odio

Igualmente podemos encontrarnos con una expresión como la siguiente: "Le quiero tanto…, ¡pero le odio!" Este gesto muestra una situación muy co-

mún entre adolescentes, esto es, pensar que se necesita mucho a una persona, pero que por razones diversas, aquella no le corresponde a pesar de los esfuerzos que se hacen por atraer su atención y desvelo. El muchacho (o la muchacha) sufre la indiferencia de la pareja escogida y le lleva a moverse entre emociones dispares: querer y odiar al mismo tiempo. Es la ilusión puesta en una posible relación lo que le motiva a quererle, y el desconsuelo de no ser correspondida aquello que hace aborrecerle por no entregar lo que bien —supone— podría darle.

III.

¿Qué significa el amor?

Es hora de aclarar el significado del amor. Lo que supone mucha gente imposible de definir se va ir haciendo más evidente ahora que delimitamos las meras emociones. Se hace necesario indicar que muchas de las cuestiones que vamos a tratar en este apartado, poseen un apoyo en el pensamiento filosófico del psicólogo Erich Fromm (1900-1980), principalmente de su libro *The art of loving*, (1956), y del examen que hace San Agustín del amor en toda su obra. Pasaremos a distinguirle e interpretarle a partir de una serie de elementos nuevos que, pensamos, le dan mayor presencia cotidiana.

No ha resultado fácil comprender por qué se ha de dar sin recibir, como se vive a diario.

Por mucho tiempo se ha venido manejando la concepción de que el amor es dar y no recibir; pero, debido a la separación tan tajante que esta interpretación tiene con la realidad cotidiana, no ha resultado fácil comprender por qué se ha de dar sin recibir, como se vive a diario. Por lo general, cuando nos enamoramos, sentimos estar insertos en una relación de correspondencia —como la delimitada en la sección sobre el querer—; esto es, entregamos nuestro cariño para que la otra persona nos dé su cariño, y nunca para que no nos corresponda.

Tanto nos parece evidente esto, que las religiones monoteístas, en su intento histórico por hacer

Ciertamente el amor es dar; esto es correcto, pero no simplemente dar, sino a partir de la capacidad o facultad que la persona posea para poder dar.

que los individuos acepten el concepto del amor como dar y no recibir, han recurrido a su imposición, convirtiéndolo en un mandato; es decir, en un mandamiento, una orden indispensable y obligatoria para la salvación de la especie humana, cuya desobediencia repara el temor al castigo. Incluso, por el hecho mismo de no encontrar eco en las personas, pues no se llega entender cómo es posible amar así, el judeocristianismo se ve en la necesidad de promoverlo como un sacrificio. De esta forma obligar a que lo asuman de manera altruista. De ello resulta como consecuencia un ser desconectado de su conciencia de sí, de su propia génesis y de su desarrollo.

Ciertamente el amor es dar; esto es correcto, pero no simplemente dar, sino a partir de la capacidad o facultad que la persona posea para poder dar. Así, *el amor es la capacidad de dar sin pedir retribución*. La persona que está en capacidad de dar, da y ofrece aquello que le enriquece como persona, como ser humano, como individuo. El que ama, ama porque ha sido alimentado con el cariño y el amor de todas las personas que le permitieron un desarrollo pleno en bondad, bienestar, alegría y fortaleza.

El que está en capacidad de amar, ama porque en su ser se ha sembrado la semilla de este amor desde pequeño, y esta semilla ha crecido, y cada uno de sus frutos se ha vertido en un bien espléndido que le va enriqueciendo hasta desbordarlo de sí mismo. Esta persona que así se le ha permitido crecer, va a generar alrededor de ella toda una aureola de dulzura y benevolencia, de paz consigo mismo y de seguridad, de autonomía y de independencia. La persona que está en capacidad de amar, irradia ese mismo amor a su alrededor, su semblante se vuelve

importante, ya que es el origen del verdadero amor

lúcido, lozano y pleno de paz; la sonrisa adorna su faz como la más hermosa de sus dotes; no refleja una alegría superficial, sino aquella que sale de la misma entraña de su humanidad.

La persona que está en capacidad de dar, da su propio bienestar, da de su propia alegría, de su propia felicidad que le alimenta y le enriquece.

El que ama da, porque todo él es fruto abundante; da de sí, no porque le sobre, sino porque todo él es generosidad; no puede no dar, por sí mismo es entrega pródiga, envolvente y extasiante. La persona que está en capacidad de dar, da su propio bienestar, da de su propia alegría, de su propia felicidad que le alimenta y le enriquece. Todo ello aparece como una prueba irrefutable de su experiencia consigo mismo, constituida en vitalidad pura, en estar y sentirse vivo, activo, creador y realizador de todas sus facultades esencialmente humanas. Es su propia capacidad, su propia fortaleza como ser humano vivo la que proyecta a través del acto de darse. Nada puede llenarlo más de dicha que el saberse pródigo para ofrecer su misma vitalidad, fuente de su crecimiento y madurez. No obstante, también brinda sus sufrimientos y tristezas, porque es ser humano, pero nutrido y reconfortado por el amor que le irradia.

Por eso, cada acto de dar, implica una obra embellecida por el amor; todo cuanto toca y hace se convierte en una obra de amor, y este amor crece, se desarrolla, se vuelve vida y bienestar en el ser vivo que lo recibe. Todo él es un bien, y germina como un bien espléndido. Todo él es vida, y se torna en la persona en vitalidad inflamante. La vida revitalizadora está en su obra porque él mismo la lleva consigo. Todo lo vivo, lo que crece, el bien que perfecciona, lo edificador y enaltecedor: éste es el germen mismo del amor.

La satisfacción y la alegría que genera tal acto de vida pura y plena, no pueden más que crear en la persona que brindó el don, un momento de felicidad incomparable

La presencia de una persona en capacidad de amar se siente en el ambiente, su cercanía es por sí misma reanimante; ilumina en cualquier grupo porque ella es alegría y luz. El amor está en ella, ha crecido en ella por sí misma, y su huella es una huella de amor por doquiera que vaya. No he conocido mayor ejemplo de amor vivo en alguien, que el mostrado en la persona de Jesús, el Jesús bíblico. Se recoge de las Sagradas Escrituras que Jesús era un hombre que por sí mismo irradiaba el amor; estar junto a él significaba para los que se le acercaban, un momento de reconfortante paz, su paz; su faz reflejaba la alegría y la felicidad de aquel que ha crecido en la cuna del amor. Estar a la par suya era sentir esa alegría, esa felicidad desbordante que terminaba exhalada en sus prójimos. Por eso, la persona que podía, luchaba incansable para acercarse a Él, y tan solo el hecho de poder tocar su vestimenta, ya era significativo para sentir un poco de aquel bien restablecedor. Cuanto Jesús tocaba, adquiría lozanía, vida, se tornaba más vivo, porque todo Él era precisamente eso, el amor hecho vida.

Así pues, el amor no pide retribución; porque, aparte de que está en la persona dar sin mayor miramiento, todo lo que ofrece emana de ella como un precioso bien destinado a crecer en quien lo recibe —cualquier ser vivo— como una semilla presta a germinar en el lugar donde se colocó. Cuando comienza a crecer se empieza a ver el fruto espléndido; la satisfacción y la alegría que genera tal acto de vida pura y plena, no pueden más que crear en la persona que brindó el don, un momento de felicidad incomparable, el cual alimentará y engrandecerá su espíritu más allá de lo que había dado. Todo don de amor es un bien para quien lo recibe, y un bien mayor para aquel que lo brindó. El amor,

así visto, es por sí mismo su propia retribución; no pide, porque la persona en capacidad de amar no está necesitada de esto, y, sin embargo, si ese amor crece y produce, ningún premio ni pago podrá nunca recompensar la satisfacción experimentada por aquel que lo dio.

El amor debe producir más amor porque es el único fruto posible en él, es un fin en sí mismo y sólo se supera en su propio crecimiento y creación.

De esta manera, confirmamos aquel refrán que reza: *el amor con amor se paga.* Si el amor que me alimenta es verdaderamente este amor, cada vez que lo ofrezca debe seguir creciendo en la otra persona como hasta el momento en mí, si no, no sirve para nada, es escaso o sumamente pobre, y lo único que manifiesta es su impotencia, y por la misma razón, su insuficiencia para desplegarse en mí. El amor debe producir más amor porque es el único fruto posible en él, es un fin en sí mismo y sólo se supera en su propio crecimiento y creación. Únicamente un bien mayor lo excede: más amor. Por ello, el amor sólo con amor puede recompensarse, éste mismo que germinó y dio frutos en nosotros, y que ahora se proyecta hacia el objeto de nuestro amor, para germinar y convertirse en otro bien deseado.

Nadie da lo que no tiene

La paradoja sigue latente en todos nosotros. ¿Cómo es posible que no podamos dar por más que nos propongamos hacerlo? ¿Por qué es tan difícil amar si, en última instancia, y siguiendo a Aristóteles y al asocionismo, es cuestión de adquirir o formar el hábito para que todo sea dado? ¿Por qué no funcionan las constantes y vehementes exhortaciones de pastores y religiosos sobre el mandamiento del amor? ¿Acaso no vemos los resultados en las iglesias cuando esto sucede? ¿No

Si amar fuera tan fácil como se ha querido dar a entender; si fuera cuestión de decir: sí, amaré a todos, éste mundo sería otro...

vemos a las personas llorar, sollozar, alegrarse, abrazar a su prójimo ahí mismo, aplaudir, arrepentirse y reconciliarse, cantar al unísono, aceptando todo cuanto la prédica disponía?

Sin embargo, nomás salidos de allí, ¿no se acaba la fantasía y la ilusión, para "volver" a la cruda realidad? ¿No vuelve el cantinero a su cantina, el abusador a su acoso, el rico a su riqueza, el pobre a su pobreza, el comerciante a su negocio, el estudiante a sus deberes, sin mayor cambio alguno, sin mayor conmoción alguna, más que la sospecha de que no debería ser así y, nada más? ¿No dicen algunas religiones y filosofías orientales que es cuestión de decir "sí, de ahora en adelante cambiaré y amaré a todas las personas", para que el amor se dé y todo sea realizado? ¿Acaso semejante fórmula ha tenido resultados más allá de una actitud de sacrificio en las personas?

Si amar fuera tan fácil como se ha querido dar a entender; si fuera cuestión de decir: sí, amaré a todos; si sólo necesitáramos leer las instrucciones y seguir los pasos de tantos libros dedicados a la consejería en el amor; si fuera cuestión de buena voluntad, como afirmaba Kant —y como lo indicamos en un principio—, éste mundo sería otro..., pero como no es otro sino el mismo que conocemos en la vida diaria, podemos estar seguros de que no es tan simple amar, y que quizás sean muy pocos, demasiadamente pocos, aquellos que han logrado la capacidad de amar. ¿Por qué!

Porque nadie da lo que no tiene

Nadie puede entregar lo que no posee en sí mismo; nadie puede dar aquello que más bien le ha-

ce falta. Tanto eres, tanto das; esta es la norma que rige el amor y su constante de entrega. Aquel que puede ofrecer de sí es porque él mismo ha crecido en el bien que implica ese amor. Pues, como lo hemos venido repitiendo, lo que doy a través de mi amor son mis alegrías, la felicidad, la comprensión, la apreciación de mi propio ser, cuya manifestación me enriquece cada día y me ofrece la posibilidad de darme a los demás en esa misma proporción.

Si el ser humano no concentra en sí mismo el amor, no puede pretender darlo a nadie; debe ser antes una posesión personal, propia, esencial.

Empero, lo que vemos a diario son personas que van por la vida cargando y soportando un vacío interno a causa de su propia necesidad de cariño y felicidad. Son personas necesitadas de amor, todos ellos buscan incansablemente ser amados, y van por el mundo casi con el único fin de procurar a toda costa un poco de afecto, cuyo logro les deje una sensación de alivio para ese vacío existencial. Si el ser humano no concentra en sí mismo el amor, no puede pretender darlo a nadie; *debe ser antes una posesión personal, propia, esencial,* que le permita desarrollar su capacidad para amar, para dar de sí el mayor de los bienes que le enaltece.

Por esta razón, si no hemos sabido desarrollar en nosotros esta facultad, no podremos dar, no tendremos qué dar; y ello nos coloca en una situación de indigencia amorosa. Podremos "querer" ser queridos, pero sólo lograríamos demostrar carestía, incapacidad de amar; en otras palabras, "querer", con todo y los altibajos señalados para este tipo de relación sentimental. Recordemos que el que "quiere", quiere porque necesita de la otra persona para ser querida; así, quiero para que me quieran, y quiero en tanto me quieran, es decir, en tanto se mantenga la correspondencia que alivia mi angostura y mi carencia.

Las familias distan mucho de ser testimonios de amor, y paradójicamente es ahí donde se aprende a amar.

El problema se agrava cuando descubrimos que la inmensa mayoría de las personas no han nacido en una familia amorosa, donde se les haya permitido germinar en la cuna del amor y crecer en su seno. Las familias distan mucho de ser testimonios de amor, y paradójicamente es ahí donde se aprende a amar. Los padres de familia educan conforme les educaron, trasladan la forma de amar de sus familias a su propia progenie, y si hubo carestía en una, la habrá en la otra en tanto no se haya subsanado tal necesidad. Dentro de este marco, amamos a los demás conforme hemos sido enseñados a amar, la situación de escasez produce que los miembros de la familia estén siempre pendientes de buscar el cariño deseado, y como esto no va a ser posible porque todos están en las mismas condiciones, tendemos a trasladar esa búsqueda hacia una persona fuera del hogar que llene nuestras expectativas, esa es la pareja, el novio, la novia, o el cónyuge. De esta forma nos comportamos, si hicimos rabietas por conseguir lo que queríamos cuando niños o jóvenes y que nos hacía felices, cuando grandes continuamos haciendo rabietas al quitársenos quien nos daba el cariño deseado o nos mantenía contentos.

El "querer" como una relación de conflicto

La falta de amor en nuestras familias es la que hace emprender a sus miembros una búsqueda interminable y destructiva del cariño carente. Deseamos, exigimos, procuramos apasionadamente que la otra persona satisfaga nuestras necesidades y apetencias más básicas y prioritarias. Pero resulta que esta búsqueda termina, por lo general, encontrando a alguien que a su vez desea, quiere y exige lo mismo que nosotros: ser amados por él. Esta re-

lación se convierte, pues, en una *relación de conflicto*, tirante, hostil y compleja; donde cada uno desea ser amado y ninguno de los dos está en capacidad para dar lo que el otro solicita encarecidamente.

El conflicto asoma cuando nos encontramos con que cada uno desea del otro lo mismo: que le amen para ser alguien.

Jean-Paul Sartre, en *El ser y la nada*, sostendrá que el amor es el proyecto de hacerse amar: "cada uno de los amantes está enteramente cautivo del otro en tanto que quiere hacerse amar por él con exclusión de otro cualquiera; pero al mismo tiempo, cada uno exige del otro un amor que no se reduzca en modo alguno al "proyecto de ser amado"; [esto es] un embaucamiento y una remisión al infinito, puesto que amar es querer que se me ame y, por ende, querer que el otro quiera que yo lo ame: de ahí la perpetua insatisfacción del amante". (1976, p. 468)

La ausencia de amor me hace sentir vacío, me hace sentir nada, pero esa nada se vuelve algo cuando alguien decide amarme y me convierte en su valor, en su amor. Con su interés por amarme trasciendo en él y soy a través de él todo cuanto quise ser, esto en tanto soy amado por alguien como único ser entre muchos. Esa persona va a justificar mi existencia vacía al elegirme, al querer mi amor. Mas el conflicto asoma cuando nos encontramos con que cada uno desea del otro lo mismo: que le amen para ser alguien, y como ninguno de los dos va a poder salirse de ese esquema, la relación termina destruyéndose y acabando con las ilusiones de ambos de ser amados por el otro.

El sufrimiento en la relación de conflicto

Al entender la dolorosa querella que envuelve a las personas en su insatisfacción afectiva y que los

El mayor sufrimiento es la soledad, la falta de amor, el no tener a nadie en el mundo.

lleva a convertir el amor en el proyecto de ser amados, comprendemos también la causa y el meollo del sufrimiento humano. La madre Teresa de Calcula estaba convencida de esta desventurada relación, y lo dejó manifiesto en vida cuando afirmaba que no había mayor sufrimiento que el de no ser amados: "... el mayor sufrimiento es la soledad, la falta de amor, el no tener a nadie en el mundo. Cada vez me doy más cuenta de que el peor mal que puede sufrir cualquier ser humano es el sentirse rechazado, superfluo". (Madre Teresa, 1989, p. 93) Esta expresión, más que simbolizar una exhortación hacia la solidaridad, representa la explicación del porqué los seres humanos no logran superar el sufrimiento que les acaece. Se crece necesitado y se proyecta alcanzar la dicha en una pareja que satisfaga la penuria. Pero cuando la desilusión acontece, debido a la relación de conflicto antedicha, la fantasía que constituía dicha ilusión se derrumba, y como al niño que siente que ha perdido a su papá o a su mamá, se advierte desesperanzado, sin motivo ni voluntad para vivir. Llegan a perder, incluso, el significado y sentido de la vida, y transforman su existencia en un constante sufrimiento. Si la carestía y la dependencia que ello implica se ahondan, el sufrimiento será mayor, será dañino y amargo, la persona se vuelve propensa al odio, a la venganza y a la autodestrucción.

Y **este sufrimiento es desolador y destructivo**. Destructivo de la persona de quien solicitan ser amados, destructivo de ellos mismos al aferrarse a una ilusión de principio ya inalcanzable, destructivo de cualquier otro que intente acercarse a esta relación que hemos llamado de conflicto. La búsqueda de amor entre personas así dispuestas se convierte en una relación insatisfactoria, atrofiante

hasta de las mínimas capacidades humanas. El sufrimiento aflora por no poder compensar la carencia de afecto, por verse en la necesidad de dar cuando requieren más bien que se les dé. Todo se mira, se mide y se sopesa, a través de este cristal, ya de por sí con intrincados intereses existenciales. Por eso, quien así sufre, lo hace con amargura, con desolación, con inclinaciones de aniquilación hacia sí o hacia la otra persona, se devasta y se arruina, se abandona a su suerte o se emperra en conseguir su meta, cueste lo que cueste, hasta tanto no llegue la felicidad deseada.

Se lucha contra un imposible: no se puede dar, y, sin embargo, se quiere que el otro, que tampoco puede dar, dé la felicidad anhelada...

Se entiende ahora por qué las personas vuelven esta búsqueda en su proyecto más importante, y por qué todo se mide según los logros obtenidos a través de él. Cuanto más necesitada esté la persona, más apasionadamente va a empeñarse en la idea esencial de su búsqueda y con más fuerza va a luchar por conseguirla. Mas la desventura humana está precisamente en esa lucha apasionada, porque se lucha contra un imposible: no se puede dar, y, sin embargo, se quiere que el otro, que tampoco puede dar, dé la felicidad anhelada... El sufrimiento se hace presente y deja impávidas a las parejas que no logran entender por qué no pueden ser felices, hasta el extremo de exigir, como niños, que la muralla de la desdicha se desplome sólo porque ellos lo piden, y como no se cae, sufren amargamente desilusión tras desilusión. Este sufrimiento llega a ser tan destructivo como absurdo, pues en la mayoría de los casos son personas que se empecinan obstinadamente en botar esa muralla con su cabeza, en una especie de desafío personal para ver cuál resiste más, si la muralla o su cabeza... Dentro de este marco de conflicto, todo cuanto se emprenda tropezará torpemente una y otra vez, y cada golpe va acompa-

Y he aquí la tragedia y el sufrimiento del ser humano: ¿Cómo dar cuando necesito que me den?

ñado del sufrimiento desgarrador de aquel que no entiende por qué le pasa todo eso. Al final, las personas se aferran a lo único que parece serles claro y que, aunque poco, les brinda pequeñas dosis de dicha: la relación sexual.

En tanto la carestía se mantenga, ésta continuará mortificando aun todavía viejos, hasta que no sea subsanada a través de la creación de la propia fuente del amor en la persona.

Para amar se necesita dar, y nadie puede dar lo que no le pertenece; en este caso, lo que no le es consustancial. Y he aquí la tragedia y el sufrimiento del ser humano: ¿Cómo dar cuando necesito que me den? ¿Cómo me piden que ame cuando necesito que me amen? ¿Cómo entregar algo que no poseo en mí mismo y que por esto todavía busco y sufro? La importancia de contestar bien estas preguntas está en que sus respuestas conllevan la solución, y con ella el abandono, de las peligrosas relaciones de conflicto antes descritas.

El amor no se puede dar como un sacrificio

El tema que venimos desarrollando nos lleva a la conclusión —conclusión que ya afloraba desde un inicio— de que no es posible asumir una actitud de sacrificio para prácticamente forzarnos a amar a las personas.

Nadie da lo que no tiene: con la misma intensidad con que se busca el amor, conque se busca una persona que nos brinde felicidad, con esa misma intensidad se está necesitado de ésa felicidad y de ése amor, y en esa misma medida se concentra el vacío

que procuramos llenar. Aun cuando nos propongamos, con toda nuestra buena voluntad, amar en todo su verdadero sentido, no podremos hacerlo más allá de nuestra propia carencia. Dar aquello que no poseemos no es posible, dar aquello que nos hace falta para nuestro propio crecimiento natural, es sinónimo de autodestrucción o de parálisis. En última instancia, puedo dar el bien que requiero en un momento dado, pero no puedo hacer de esta actitud una constante, porque implicaría mi propio atrofiamiento vital.

Dar en forma de sacrificio puede desviar el verdadero sentido del amor y convertir en virtud un estado de estrechez, de vacío continuo y de ansiedad permanente.

Y como ya indicamos atrás, el amor solamente puede ser cambiado por amor, la vida por vida, el bien por otro bien; la entrega hecha por amor, debe producir más amor, debe ser edificadora para la otra persona, y por ello, hacer que crezca en ella el amor dado, y en ese tanto, convertirla en una persona dadora de amor. No hay bien mayor, retribución mayor para la persona en capacidad de amar, que el florecimiento del amor ofrendado: bien convertido en otro bien, vida que ha hecho crecer más vida. Es la ley natural en todos los seres vivos. Todo debe crecer, mejorar, tender hacia el bien, hacia el mayor de los bienes posibles; lo que se detiene o retrocede en este proceso de crecimiento vital, se destruye, se autodestruye, y es el amor el que mayor bien lleva a toda la creación. Dar en forma de sacrificio, no sólo detiene la posibilidad de desarrollar la capacidad personal de amar, sino que puede desviar el verdadero sentido del amor y convertir en virtud un estado de estrechez, de vacío continuo y de ansiedad permanente. Ello mantiene a la persona en situación de espera imposibilitante, no la deja crecer, la hace suponer que su disposición receptiva es normal, que no es necesario dar sino esperar a que le den aquellos que quieran renunciar a algún bien. La

Semejante camino solamente colabora con el estancamiento emocional y facultativo de los seres humanos.

hacen creer que es mayor virtud sufrir la escasez y la penuria en sí misma, que estar facultada para dar lo que verdaderamente constituye en nosotros nuestra plenitud y entereza.

Comprendemos el que las Iglesias cristianas presten tanto empeño en crear una disposición al sacrificio, en vista de las dificultades históricas que han obstaculizado la instauración de una civilización según el mandamiento del amor. Pero, a partir del análisis que venimos haciendo, semejante camino solamente colabora con el estancamiento emocional y facultativo de los seres humanos. La ley natural del amor exige que dé aquel que esté en capacidad de dar; es decir, que el amor se haya vuelto parte consustancial de su persona: su propio bienestar y felicidad. Sólo así puede dar, y garantizar que ese amor vaya pleno de vida para hacer crecer, en sí mismo y en los demás, mayor vida.

Enseguida, no es posible imponer una ley natural de la vida como un mandamiento o una orden disciplinaria; no se puede exigir lo que no se está en capacidad de dar. No tiene sentido ni el mandato ni el sacrificio en este caso. Nunca nadie podría llegar a entender por qué debe dar si necesita más bien que le den. Y aquí no puede caber ningún resentimiento ni culpabilidad, es una consecuencia lógica que así suceda. Lo que sí queda claro es que el camino es otro, tiene que ser otro, no puede terminar en la *pasión inútil* con que Sartre encasilló los empeños existenciales de las personas, final apocalíptico de la relación de conflicto. Lo cual nos lleva a un desenlace importante, más esencial y primordial:

IV.

El amor empieza con el amor a sí mismo

> ¡Tarde Te amé, Belleza siempre antigua y siempre nueva! Tarde Te amé. Tú estabas dentro de mí, pero yo andaba fuera de mí mismo, y allá fuera Te andaba buscando. San Agustín, *Confesiones*, X, 27,1.

Con esta sección comenzaremos a ofrecer una serie de principios que consideramos fundamentales para la comprensión del amor y de su progreso personal. Este que hemos titulado: *El amor empieza con el amor a sí mismo*, es el primero de ellos. A continuación expondremos su trascendencia dentro del desarrollo de la capacidad de amar.

"El aseo empieza por casa", reza un refrán popular; el amor empieza por nosotros mismos, reza la inferencia a la que hemos llegado. Este es uno de los puntos de mayor trascendencia en el amor; si no se entiende, si no llega a ocupar un espacio en la perspectiva de vida de las personas, nada, absolutamente nada sobre el amor puede llegar a tener sentido.

Hemos venido insistiendo en que el amor es capacidad de dar, dar de nosotros mismos lo más preciado que nos engrandece y nos mejora. Pues bien, si tal es la esencia del amor, éste debe crecer primero

Nada se precia por su legítimo valor si no es a través de una actitud equitativa hacia su propia persona.

en la persona para que pueda estar en posibilidad de ofrecerlo. Nadie puede pretender dar amor si éste primero no se concentra en él. Nadie puede amar a nadie si no se halla creciendo en su propio ser. Debe haber una efectiva *comprehensión* del amor, no sólo de su significado, sino de su génesis.

Como ya vimos, para la persona que no ha podido crecer en el amor, dentro de un ambiente que le asegure amor, le será mucho más difícil encontrar el sentido de tal afirmación; a no ser que, por sí mismo, por su propia toma de conciencia, distinga el carácter envolvente, progresivo y perfectivo del amor en todas las cosas vivas de la creación. En ese tanto, se mirará como parte importante de ese mundo colmado de vida; podrá entender que en él rigen también las mismas leyes naturales del amor y que es su crecimiento en vida y bienestar lo que le va a permitir enarbolar su condición de ser humano digno entre todas las demás especies vivas. Es la contemplación del movimiento continuo y ascendente de la vida la que lo hace descifrar su fundamento esencial. La persona se percata de que es a través de su apreciación como ser vivo en el universo, que llega hasta él la convicción más plena de la génesis del amor, de su principio y de su nacimiento.

El amor empieza por nosotros mismos. Nada se precia por su legítimo valor si no es a través de una actitud equitativa hacia su propia persona; porque el parámetro que uso para aquilatar todas las cosas, es el mismo con que miro mis propias condiciones personales. Tanto valgo para mí mismo, tanto valen los demás para mí. Tanto me comprendo, tanto comprendo a los demás. Tanto enaltezco mi mejoramiento edificador, tanto lo hago con los demás. Tanto soy sensible a mí mismo, tanto lo soy

hacia los demás. Tanto me amo a mí mismo, tanto amo a los demás.

Es mi propia introspección la que dicta cuán preciso y justo será mi juicio sobre los demás.

La existencia más cercana, la más próxima de cualquiera, es sin duda la de nosotros mismos. Porque, antes de sentir a los demás, ya me he sentido a mí mismo, antes de haber hecho contacto con los demás, ya se ha producido en mí, antes de comunicarme con los demás, ya se ha llevado a cabo la comunicación dentro de mi propio ser. Si el acercamiento hacia mí mismo es deficiente, en idéntica proporción será deficiente el contacto con los demás. Es mi propia introspección la que dicta cuán preciso y justo será mi juicio sobre los demás. Por todas estas razones, resulta de vital importancia que toda persona inicie el recorrido hacia su propio ser, que conozca todo lo que ella misma es y significa; se aprecie, se estime, se mire, se considere por lo que propiamente es, y así, se ame.

No ama quien no se ama a sí mismo

Nadie que no vea dentro de su propio ser valores dignos de ser preciados y amados, puede llegar a entender por qué ha de haber alguien diferente de él; es decir, por qué puede alguien ser poseedor de valores que no ha conocido nunca en él mismo. Todavía más, no puede comprender de qué clase de valores se trata, cómo se han de reconocer, si no tiene conciencia propia de tales valores en su persona. Significativo es el hecho de que, si no es capaz de percibirlos en la realidad y de forma franca y clara, sino prevaleciendo una mala interpretación de las cosas, esta misma incomprensión será observada a la hora de que él aprecie a los demás. Así pues, sucede que debemos excluir como

¿Se ama alguien cuya disposición hacia su persona dista mucho de ser conveniente para la búsqueda del mayor de los bienes?

personas capaces de amar a todos aquellos que no demuestren en sí mismos el amor que se supone desean o quieren otorgar.

Enseguida, advertimos que **la fuente del amor somos nosotros mismos**. Todo el amor que nos dispongamos dar, debe, antes que nada, estar presente en nuestra propia persona. Es ahí mismo donde encuentra sitio para anidar y para desarrollarse. El amor se da y éste ha de crecer en la persona para que sea dado, para que sea proyectado a través de sí a los demás. En tanto comprendemos que somos fuente del amor, llegamos a la convicción de que debemos cuidar nuestra propia integridad, como único camino para propiciar al amor una cuna donde pueda crecer. Por eso, tanto asimilo mi cuidado, tanto ayudo a cuidarse a los demás; tanto me valoro como producto del amor, tanto sé valorar a los demás como tales.

¿Se ama alguien cuya disposición hacia su persona dista mucho de ser conveniente para la búsqueda del mayor de los bienes? En concreto, ¿se ama aquel que destruye su propio cuerpo? Todavía más, ¿puede pretender amar a alguien? Si consideramos que el amor es la consecución de un bien, cuya posesión comporta el crecimiento y el perfeccionamiento de la persona como tal, nada que implique lo contrario, es decir, nada que conlleve el mal —sinónimo de destrucción de todo lo vivo— podrá generar los elementos más básicos de la naturaleza de la vida y de su edificación, elevación y perfección.

Es necesario tomar en cuenta que cuando decimos amar a alguien, con nuestro amor queremos ofrecerle un bien. ¿Pero qué clase de bien va implícita en un amor que no ha sido lo suficientemente

bueno como para que nosotros no hubiésemos deseado tomar ventaja de él? Si comprendo mi propia necesidad de crecimiento, por naturaleza me inclinaré a propiciar el bien necesario para que sea dada la construcción de mi propio ser. Pero si no soy capaz de entender mi particular apremio, el cual está en mis propias barbas, ¿cómo voy a serlo para saber cuál es el favor más enaltecedor para otra persona? ¿Cómo voy a saber qué es lo mejor, en todo su pleno sentido, si tal cosa no está clara para mí mismo?

Si no soy capaz de entender mi particular apremio, el cual está en mis propias barbas, ¿cómo voy a serlo para saber cuál es el favor más enaltecedor para otra persona?

La persona que está en capacidad de amar concentra en ella todo el bien que acarrea el amor. Entiende que es el mayor de los dones y se alimenta de él, haciendo que crezca y madure su ser, y con ello, aumenta su propio amor conforme va incrementando la riqueza humana que le provee. De esta manera, el ser humano se observa como fuente del amor. El amor por sí mismo, por lo que verdaderamente es, le va permitiendo apreciarse en toda su verdadera magnitud, lo cual viene a ser gratificante y enriquecedor: es el amor creciendo en la persona.

El amor no nos llega desde afuera

La conclusión que el anterior elemento nos deja es precisamente la que describe el subtítulo. No obstante, suele ser muy común pensar lo contrario, lo hemos demostrado en la descripción de las relaciones de conflicto. El romanticismo ha hecho de esto una bandera a enarbolar: la gente espera siempre que el amor llegue hasta ella como un caballero salvador de doncellas, como un destello de magia que cambia todas las cosas en un instante, como una amante arrebatadora que realiza y cumple los sueños e ideales de su pareja, como un

Sólo se espera percibir aquello que les va a hacer sentir bien, alegres y felices; pero como proviene de una fuente externa a nosotros, estos momentos de felicidad son breves, y muchas veces hasta poco gratificantes.

desconocido gentilhombre que hace verdad momentos extasiantes e inimaginables. Siempre se aguarda a que este llegue franqueando obstáculos con su espada libertadora. Erich Fromm ya había destacado este tipo de actitud como una disposición pasiva y receptiva. Sólo se espera percibir aquello que les va a hacer sentir bien, alegres y felices; pero como proviene de una fuente externa a nosotros, estos momentos de felicidad son breves, y muchas veces hasta poco gratificantes. Si la necesidad de la persona es grande, muy probablemente ésta procure pasar todo el tiempo que pueda con quien le está dando el amor para sentir por más tiempo el bienestar. Desde luego, la relación no podrá ser duradera porque, entre otras muchas razones, la persona que pide, pedirá cada vez más, y la persona que otorga, se cansará al no ver realizado su amor en su pareja —después explicaremos esto mejor—. Como observamos, corresponde al marco delimitado por la etapa del "querer", del buscar ser amados.

El amor no es pasivo, necesita crecer en la persona que lo da y en la persona que lo recibe. Los únicos que pueden relacionarse dentro del *querer* con naturalidad, por su estado de mocedad psico-física, son los niños y los adolescentes, ellos esperan de sus padres y de sus familiares todo el cariño necesario para realizarse. Mas no así las personas adultas, para las cuales una conducta similar se vuelve anormal, y cuanto más pase el tiempo, más fuera de naturaleza se encuentran. Por esta razón se entiende por qué el romanticismo ha usado motivos infantiles llenos de la fantasía y de la fábula propias de los cuentos de hadas; con ellos alimentan la gran mayoría de las historias de amor, en las cuales, siempre sucede que el amor *llega lleno de ensueño a*

las vidas de sus protagonistas. Los adultos que no han logrado superar este período tienden a identificarse con estos romances, imaginando que la solución a sus problemas viaja rauda en la "esperanza", directamente hacia ellos, y por un acto de bondad del destino, presta a protegerlos con su magia.

La persona en capacidad de amar, tiende a proyectarse fuera de sí como una condición natural del amor.

Pero para la persona adulta en capacidad de amar, el amor no proviene de afuera de nosotros, su actitud se contrapone a tal imagen; su amor es maduro porque ha crecido y se ha desarrollado en él. Es el manantial desde donde mana, y parte de él para proyectarse hacia los demás seres de la creación. No espera recibir nada de afuera porque su riqueza interior es el alimento de su propio ser, y por ello mismo se da con ternura; no hay nada que le pueda proveer mayor bien a su persona.

El amor por sí mismo no es egoísmo

El amor por sí mismo es vital para todo ser humano; no es egoísmo como en muchas ocasiones se le ha querido identificar. No lo es porque su proceso natural inicia reconociendo a la persona por lo que es en esencia. Esto, como indicamos, se convierte en un acto de valoración auténtica, de apreciación honrada, en un acto de amor por sí mismo.

Cuando este amor comienza a crecer, provee entereza y bienestar; y el amor es tal que no es posible detenerlo cuando encuentra las condiciones propicias para engrandecer todo aquello que lo hace crecer. La persona en capacidad de amar, tiende a proyectarse fuera de sí como una condición natural del amor; ama, se ama a sí misma y ama lo que le rodea porque está en ella amar, no puede no ha-

El egoísta no piensa en los demás, ni siquiera en sí mismo, porque lo mueve una actitud emocional enfermiza e irracional.

cerlo, ella es el amor, es la fuente del amor que ha crecido fuerte y gratificante.

Por consiguiente, no es posible que se revierta en egoísmo, y si vemos egoísmo en su actitud, esto ya no es amor, porque implicaría un proceso de autodestrucción. El egoísta quiere concentrar todo el esfuerzo en él mismo, no importa el exceso ni el perjuicio que provoque; el egoísta no piensa en los demás, ni siquiera en sí mismo, porque lo mueve una actitud emocional enfermiza e irracional; el egoísta quiere ser más, pero más que los demás, no importa cómo; desea para sí mismo todo lo que cree que le conviene, sin medir consecuencias ni límites. Es la serpiente tragándose a sí misma, consumiéndose hasta desaparecer, cosa inadmisible para el amor, como lo hemos venido reiterando. Es en realidad una persona con muy poco o nada de amor por sí misma. Por otro lado, podríamos estar hablando de lo que hoy se conoce como una persona narcisista, cuyo ego es tan grande, que se cree superior a los demás en genio y figura; nadie está a su altura: por hermoso, por perfecto; sólo él es merecedor de él mismo. Salta a la vista, en consecuencia, que nada tiene que ver con el significado del amor propuesto.

V.

¿Cómo sabemos, entonces, quién está en capacidad de amar?

Si hemos entendido que somos la fuente del amor, donde éste crece y se proyecta a los demás, nada, absolutamente nada que desvirtúe, degenere, corrompa, destruya, arruine, deprave, degrade nuestra persona, nuestra naturaleza humana, nuestra dignidad como tales, va a permitir desarrollarlo, y aún más, ni siquiera va a dejarlo anidar. Cualquier persona que haya asumido una actitud semejante, no puede estar, no puede llegar a estar, en capacidad de amar. Vayamos a casos concretos.

El licor actúa como inhibidor y neutralizador de las facultades más básicas del ser humano, su exceso destruye y envilece.

El licor

Una persona que degrade su dignidad y destruya su cuerpo con el consumo desmedido de licor, no puede pretender amar a nadie, ni siquiera puede existir un poco de amor en ella como para hacerla entender que es merecedora de otro tipo de conducta más edificante. El licor actúa como inhibidor y neutralizador de las facultades más básicas del ser humano, su exceso destruye y envilece. ¿Cómo podría pretenderse dar un bien que no se ha permitido crecer en sí mismo? Si lo suyo ha llegado a ser una enfermedad, si la degradación alcohólica le desgasta a extremos patológicos, debe demostrar fuerza de voluntad y sano orgullo como

El amor por la vida, por sí mismo y por la humanidad, exige de todos nosotros una actitud coherente.

para reconocer su problema y buscar ayuda profesional inmediata.

El tabaco

Un hombre, una mujer, cuya aflicción sea absorber grandes cantidades de tabaco, se extingue a sí mismo a través de la vida que va quitándole esta droga. No puede reclamar amar a nadie si su propia persona, el mayor de los bienes que posee, se está aniquilando poco a poco, lenta y paulatinamente. ¿Qué otro bien, digno del amor, le queda? ¿Acaso entiende lo que significa como fuente de amor si se está ahogando en el humo del cigarrillo?

Las drogas

Un joven, una joven, que se ha dejado atrapar por las redes de cualesquiera de todas las drogas que hoy existen, y se ve envuelto en una conducta farmacodependiente, no puede aspirar a amar a nadie, porque está devastando su propia fuente del amor. El amor por la vida, por sí mismo y por la humanidad, exige de todos nosotros una actitud coherente. La droga esquiva y evade la realidad, le impide a la persona superarse, encontrarse y enfrentarse a sí misma, metas que sólo pueden ser logradas si se cuenta con buena salud. Evadir la propia existencia a través de las drogas, autodestruye al individuo, porque no le permite realizarse y lo consume orgánicamente en lenta y progresiva muerte. (Valverde Brenes, 1997.)

La presencia personal

Una persona descuidada con su propia presencia, cuya apariencia se ve desmejorada por el

poco aseo, la poca diligencia para atender su aspecto, que nada le importa verse desagradable a sí mismo y a los demás, proyectando ajamiento y desidia; es decir, la persona "greñuda", sucia, o poco "convenientemente" arropada, deja ver qué escasa estimación y gratitud tiene para sí misma. Por ejemplo, la mujer escasamente vestida, ella proyecta a los varones que vale por su atractivo físico, por eso lo expone y lo ofrece; probablemente nunca conoció un bien más allá de ese y pronto se verá apresada por el mismo sebo que tiende para "atrapar la felicidad". Si no existe la convicción de ser dignos de favores más enaltecedores, esa misma apreciación prevalecerá a la hora de estimar y amar a alguien. Tales actitudes no demuestran en ninguna forma disposición de amor por sí mismo, mucho menos por otro.

Tales actitudes no demuestran en ninguna forma disposición de amor por sí mismo, mucho menos por otro.

al no tener más valores llega a ~~dar~~ esto

La obesidad

Una persona apática con las secuelas de su gordura, está en las mismas condiciones descritas para la anterior situación. La obesidad, aparte de desfigurar el cuerpo, conlleva las ya conocidas afecciones bulímicas, anoréxicas y cardiovasculares. Y aquí no hablamos de aquellos cuya constitución natural es ser grueso, sino de quienes han descuidado los niveles de grasa que debe concentrar el cuerpo humano para mantenerse saludable. Si la persona no comprende lo importante que debe ser ella para sí misma, no puede entender tampoco cuán han de serlo los demás.

por lo general un obeso tiene baja autoestima.

si no puedo cuidar de mi mismo no puedo cuidar de otros

La patanería

Un individuo que cuando habla, no sabe comunicarse afablemente, sino que vocifera con len-

Aquel que anida en sus adentros la venganza, el odio, el rencor, por cualquier razón que fuera, confirma la poca bondad y nobleza que le alimenta.

guaje grosero, soez, insolente, es ordinario y vulgar, confirma aquel refrán que reza: *De la abundancia del corazón habla la boca.* La patanería que acostumbra, no evidencia otra cosa que la miseria y la amargura concentrada en su corazón. No puede crecer amor en semejante talante, tampoco podría pretender ofrecerle amor a alguien.

El odio

Aquel que anida en sus adentros la venganza, el odio, el rencor, por cualquier razón que fuera, confirma la poca bondad y nobleza que le alimenta. No puede esperar amar a nadie si demuestra que su propio ser no es digno de amor, porque es casa de resentimientos destructivos, de amarguras y de recelos egoístas. Afecciones que terminan por aniquilar a quien les da cabida.

El bárbaro

Aquel que levanta su mano contra cualquier miembro de su familia, haciendo alarde de violencia desmedida, en un claro abuso de poder o de autoridad, deja patente la escasa consideración que éste le profesa a los que se supone son sus más preciados valores. No puede estar en capacidad de amar a nadie, puesto que no comprende el significado y valor de la dignidad de una persona.

El antisocial

El pandillero, el pendenciero, el maleante, son individuos que llevan una vida contraviniendo las normas de convivencia humana más elementales. Asumen una conducta negativa, rompen con los valores y construyen su propio código de "moral",

adecuado a sus intereses y fechorías. Tales individuos generan alrededor de ellos una espiral de destrucción y maldad; cualquier cosa, quienquiera que se les acerque, si no tiene sumo cuidado, será absorbido y arrasado por su mortífera espiral; en el mejor de los casos escapa, pero con daños físicos o emocionales. Nunca pueden pretender demostrarle amor alguno a una persona, cuando ellos mismos son causa de desgracia y decadencia.

Su actitud destructiva lo descalifica y nos hace ver lo peligroso que puede ser una relación cercana con él.

Por todas estas circunstancias, por amor a nosotros mismos, por comprender que somos la cuna del amor que profesamos, por entender que nuestro desvelo está en proporción con nuestro propio amor; es que no podemos querer convivir o congraciarnos con personas que pueden sernos motivo de grave daño. Podemos estimar mucho a una persona, incluso podemos amarle, pero si esta persona no ha demostrado facultad para amarnos por causa de su propia incapacidad de valorarse digno de amor, no debemos permanecer junto a él por amor a nosotros mismos. Si esta persona no entiende que para amar debe permitir que crezca el amor en él mismo, no puede hacer creer a nadie que es poseedor de suficiente amor como para ofrecerlo a la persona escogida. Su actitud destructiva lo descalifica y nos hace ver lo peligroso que puede ser una relación cercana con él —o con ella— si no muestra deseos de cambio positivo por sí mismo; no para hacer que la otra persona se quede junto a él, sino porque ha entendido lo valioso que es él. Por eso, podemos seguir amándole, de hecho fue algo suyo lo que nos impulsó a amarle, pero ello nunca será suficiente como para arriesgar la fuente de nuestro amor en una relación potencialmente peligrosa para nuestra integridad y entereza..., por amor a nosotros mismos. Cada uno de los casos anteriores, y los muchos otros que exis-

Ninguna persona cambia por que otra lo quiera; nadie puede cambiar a otro por más que le profese amor si éste no lo hace por sí mismo.

ten, exigen, en situaciones extremas, la ayuda profesional del terapeuta, de la medicina psiquiátrica, para poder superar el mal que les acaece y les aniquila.

Nadie cambia a nadie

Lo anterior nos lleva a otra conclusión importante: *nadie cambia a nadie si no es por sí mismo.*

Muchas personas tienen la idea de que si se quedan con alguien que, por diversas razones es problemático, como las señaladas anteriormente, van a hacer que cambie con su entrega de cariño. Incluso, podemos hallar que cuando ése se ha dado cuenta de la disposición amable de la otra persona, tiende a aprovecharse de su buena voluntad y la obliga o la engatusa para que haga lo que él o ella desean, o sencillamente para contenerla a su lado.

Cantidad de casos se ven a diario en que una mujer o un varón caen en las redes de alguien que los amenaza con matarse si no se quedan junto a ellos, alegando que es la medicina que necesitan para seguir viviendo. Inclusive, se chantajea a la pareja con volver al vicio que "supuestamente" habían dejado por ella. Este tipo de artimaña es usual en personas con muy bajo amor por sí mismos, piensan que solamente a través de la otra persona pueden cambiar. Lo mismo llegan a creer muchos otros que suponen que su amor es suficiente para sacar del vicio a la pareja y hacerlo(la) que cambie, en un intento por idealizar la relación que desean vivir. Nada más alejado de la realidad.

Ninguna persona cambia por que otra lo quiera; nadie puede cambiar a otro por más que le profese amor si éste no lo hace por sí mismo. La

persona afectada debe entender que cualquier posible cambio favorable en ella, necesita salir antes que nada de sí misma; y esto porque se ha visto y apreciado como una persona digna de tal cambio, digna del mayor de los bienes, digna de valorarse más de lo que ella hasta ese momento había hecho. O sea, por amor a sí mismo dispuso la modificación para crecer, para mejorar, para engrandecer su naturaleza. Si el cambio se ha efectuado de esa manera, podemos esperar, con muchísima seguridad, que será profundo y permanente; y aunque la pareja amada se distancie por cualesquiera razones, no se sufrirá mayor conmoción porque la transformación se llevó a cabo —o se sigue llevando a cabo— por amor a sí mismo, no para impedir una posible ruptura.

Porque se ha visto y apreciado como una persona digna de tal cambio, digna del mayor de los bienes.

Se puede amar a alguien, y por el amor profesado, procurar algún cambio positivo en la persona, siempre y cuando aquella comprenda que la variación debe surgir de sí misma —impulsado por quien le ama— para que tenga tal efecto. Pero si no se produce, es necesario marchar, romper la relación; porque, como dijimos antes, si estamos en presencia de una persona que genera una espiral de maldad a su alrededor, es muy probable que no vayamos a salir ilesos. Y por amor a nosotros mismos, no debemos permitir ningún daño a nuestra entereza, cuna del amor que nos enriquece. Si estamos en capacidad de amar, tendremos seguridad de seguirle amando porque le comprendemos y le perdonamos. Sea como sea, es un ser humano, digno de ser amado, mas fuera de su alcance, si nos implica una amenaza y un riesgo a nuestra integridad.

Este es el caso de mujeres que conviven con hombres sumamente peligrosos por causa de su violencia física o emocional, por su alcoholismo,

Viven con ellos con la esperanza de poderlos cambiar algún día; pero los días pasan y los sujetos mantienen el hogar en agobiante zozobra.

por su machismo, por su carácter celoso, o en el peor de los casos, por todo junto. Viven con ellos con la esperanza de poderlos cambiar algún día; pero los días pasan y los sujetos mantienen el hogar en agobiante zozobra, en constante intimidación emocional, psicológica o moral. Por amor a sí mismos, la familia debe romper el lazo que los ata a este tipo de hombres; deben entender que son más valiosos de lo que suponen y que merecen mayores oportunidades para crecer y madurar en el seno del amor. Quedarse junto a ellos es caer en su juego, envilecerse en medio del infierno que causan. El amor no acepta este tipo de relaciones contranaturales.

VI.

El conocimiento como sustento del amor

"La mente no puede amarse si no se conoce; porque, ¿cómo se ama lo que se ignora? Hablaría tontamente quien afirmase que la mente, en virtud de cierta analogía genérica o específica, cree que es tal como sabe por experiencia que son las otras mentes, y que así se ama a sí misma. ¿Cómo puede la mente conocer otra mente si se ignora a sí misma? No se diga que la mente se ignora a sí misma y conoce a las demás..." San Agustín, *De trinitate*, IX, 3.

¿No se pregona más bien la pasión como su germen?

Este es el segundo de los principios más esenciales del amor: el conocimiento, fundamento del amor.

¿Qué es lo que sostiene el amor? ¿Acaso es la flama del corazón? ¿Qué flama? ¿Será cuestión de química? ¿No se pregona más bien la *pasión* como su germen? Cuando se desea ayudar a una pareja en sus amores, ¿no se les recomienda inyectarle emoción y más sentimiento a su relación, y que es cuestión de encender el fuego de ese amor para que las cosas les salgan mejor? ¿A qué fuego nos referimos sino al furor de nuestras afecciones y sentimientos?

Pero, ¿no habíamos desterrado este tipo de concepción del amor desde que, en un principio, vi-

Si fuera cuestión de "química", como popularmente se ha generalizado, seríamos los seres más desdichados.

mos que no funcionaba como un sentimiento, ni como una afección? Luego, no podemos creer que apasionándonos más por la otra persona, las cosas vayan a salir mejor; sólo estaríamos empeorando la situación al volvernos más afectos; a su vez, nuestro estado de ánimo dependería con mayor fuerza de lo que la otra persona hiciera. En otras palabras, nos volveríamos susceptibles, inestables, emocionales, dependientes, esperando del otro siempre una respuesta acorde para actuar; y esto —ya lo vimos— es el principio del sufrimiento destructivo.

Por otro lado, si fuera cuestión de "química", como popularmente se ha generalizado, seríamos los seres más desdichados, porque quedaríamos a expensas de una relación genética, completamente fuera de nuestro control, donde el papel jugado por la interacción microorgánica, sería más que preponderante para conocer si se es o no se es compatible. Desde este punto de vista, una buena relación amorosa no dependería de nosotros, porque no estaría en nuestras manos elegir; nuestro futuro sería una disposición predeterminada con anticipación por las relaciones químicas presuntamente existentes entre las personas. Por eso se oye decir cuando dos se llevan bien, se da porque existe "química", y si al contrario, porque no hay "química". Desde luego, no hallar "química" en la pareja es condición suficiente para romper la relación y saberse libre de toda culpa por no llegar a empatar. Y ese sería el desafortunado estado de las cosas de aquel que desea "triunfar" en este amor químico. Valga decir que un pensamiento como éste equivaldría a admitir que la dignidad del ser humano es una fantasía obsoleta y sin valor alguno.

Paralelamente, existe la honda creencia de que para afianzar el amor sólo es necesario revitalizar

la pasión sexual, el erotismo de la pareja; como esta es una idea sumamente aceptada y difundida, le daremos un apartado especial más adelante. Por el momento, adelantemos la defensa de la tesis contraria: la pasión sexual no es el verdadero fundamento del amor.

¿Qué debemos entender por conocimiento en última instancia?

Ahora bien, si es cierto que el conocimiento es el sustento del amor, ¿de qué conocimiento estamos hablando? ¿Qué debemos entender por conocimiento en última instancia? ¿Es acaso necesario convertirse en bibliotecas andantes para conocer el amor?

Claro que no. Existe un equívoco muy propagado con respecto al conocimiento y que procederemos a explicar, porque sin su comprensión no podremos dejar claro este principio fundamental. Veamos.

¿Qué clase de conocimiento, de saber, es al que nos referimos? Dijo Aristóteles una vez en su *Metafísica*, exponiendo al mayor de todos los saberes:

> "Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber. El placer que nos causan las percepciones de nuestros sentidos es una prueba de esta verdad. Nos agradan por sí mismas, independientemente de su utilidad...[es] conocimiento de las cosas arduas, aquellas a las que no se llega sino venciendo graves dificultades... En efecto, conocer por los sentidos es una facultad común a todos, y un conocimiento que se adquiere sin esfuerzos no tiene nada de [especial]".

El saber citado no es un saber común, al cual todos tenemos acceso por la capacidad receptiva de nuestros sentidos; incluso, Aristóteles lo reafirma

El saber del que hablamos va más allá de ese conocimiento inmediato, accidental.

como placentero porque a todos nos resulta grato experimentar esta sensación. Se le llama común porque este conocimiento es de aprehensión inmediata, está allí, en el detalle, en la materia misma de las cosas, presto para ser recolectado por nuestros sentidos —o por una ampliación tecnológica de ellos—. A todas las personas, puesto que poseen tal percepción, les es común esta clase de saber.

No tiene nada de especial, nada de diferente; las ciencias modernas se han encargado de indagar a través de este conocimiento, cuya base está en la inquisición de los accidentes de las cosas; y las ciencias mismas se dan cuenta de que exploran en este ámbito; su objetivo, como ciencia experimental, es descubrir o descifrar las leyes más universales de la naturaleza. Sin embargo, por saberse esto prácticamente imposible bajo la mirada del método científico, tal posibilidad queda en la consideración de hipótesis, a partir de las cuales se construye el marco de una teoría. En ese tanto, nada queda en firme, nada es permanente ni universal.

El saber del que hablamos va más allá de ese conocimiento inmediato, accidental; va más allá de las percepciones de los sentidos, de lo ordinario y cotidiano, objeto de trabajo de la ciencia moderna. Para llegar a este saber, dice Aristóteles, es necesario vencer graves obstáculos, grandes dificultades, son las cosas más arduas. Y un saber que no ha sido difícil no tiene nada de especial, todos pueden llegar a él por los sentidos. El saber del que hablamos, pues, no está en la superficie de las cosas, no está en la apariencia de lo que se nos muestra, sino más allá de todo ello; independientemente de nuestros intereses y utilidades mercantiles, lo que buscamos... es la verdad más plena y auténtica.

Podemos mostrar un par de ejemplos para clarificar este punto: es interesante la perspectiva que nos muestra un "iceberg", una montaña de hielo de los mares polares. De ella sólo vemos la punta, lo que los sentidos observan, mas se nos esconde toda su grandeza más allá de su fachada, de la superficie. El iceberg muestra sólo una parte de él, no su totalidad, no vemos lo que verdaderamente es, y nos engañamos torpemente si pensamos lo contrario. Es propio del carácter incisivo sospechar de la apariencia e ir más allá de ella, en busca de su más plena esencia.

Construimos toda una semblanza y suponemos que sabemos bastante como para dejar de pensar en ellos.

El segundo ejemplo lo encontramos en el conocimiento que poseemos de la generalidad de las personas. La gente nos es familiar y conocida porque casi siempre la vemos caminar por la barriada; de una u otra forma hemos tenido contacto con ella y llegamos a formarnos una opinión que creemos razonable —esa es la presunción— como para sentirnos confiados de formular un juicio al respecto. Así decimos: este es mala gente, este es bueno, este es amistoso, este es orgulloso, este es quisquilloso, aquel es noble, este otro odioso, etc. Construimos toda una semblanza y suponemos que sabemos bastante como para dejar de pensar en ellos. No les encontramos nada de especial y los etiquetamos como "conocidos". Pero el asombro surge cuando hallamos que alguien se salió de ese patrón, o que alguien descubrió en alguno de todos, algo tan especial que lo sacó de nuestro estereotipo ordinario. ¿Qué paso allí? Una persona ha descubierto, más allá de la apariencia, a otra, diferente, rompía con el molde familiar predispuesto, tan especial que había pasado de ser alguien ordinaria a ser alguien verdaderamente extraordinaria. Era la misma persona, la que ya de hecho había sido etiquetada, pero vista

La naturaleza tiene una verdad escondida detrás de lo aparente y superficial, falta sentir ese deseo de admiración y de duda para comenzar a entender.

con los ojos de aquel que está seguro de descubrir algo especial en lo que supone ordinario, algo extraordinario en lo que supone común y cotidiano. ¿Fue obra de la casualidad, del destino o de la magia, un hallazgo semejante? No lo fue. Sólo a través de la sensibilidad de aquel que lo develó, a través de una actitud de curiosidad insaciable, a través de una disposición inclaudicable por la cual todo nos parece nuevo y nada es viejo, es que fue posible.

La naturaleza tiene una verdad escondida detrás de lo aparente y superficial, falta sentir ese deseo de admiración y de duda para comenzar a entender que el saber no es el que nos llega de forma fácil y cómoda, sino aquel que requiere de nuestro mayor esfuerzo de apertura a todas las cosas que nos rodean. Llegar a esta verdad no es fácil, ya lo dijo Aristóteles, se necesita vencer grandes dificultades, y para el caso que nos ocupa, tales dificultades podrían ser nuestros propios prejuicios, nuestra visión estereotipada de las cosas, nuestra pereza mental, nuestra soberbia al creer que ya sabemos todo lo necesario; todavía más, debemos agregar las dificultades que la persona por descubrir nos antepone para evitar —por las razones que fueran— ser expuesta.

Este saber se distingue precisamente en lo especial, por esto mismo no es un saber común, sino el más esencial, el más universal de todos los saberes, es el más profundo y verdadero; buscamos en medio de lo aparente y superficial la verdad más plena y extraordinaria; es el saber mismo convertido en sabiduría, no es simple conocimiento, no es información acumulada, sino sabiduría que ha llegado a nosotros para ser parte integral de nuestra esencia y destino en la creación. Podemos saber mu-

cho, llegar a competir con grandes registros acumulativos de información, como lo son las computadoras u ordenadores; pero al ser humano, revestido por la más plena verdad hecha sabiduría, lo diferencia su sensibilidad para captar las cosas por su verdadera dimensión existencial, su capacidad para contemplar, valorar y apreciar todo lo que le rodea, su afición a la reflexión introspectiva, su calidad de vida y su capacidad para amar. Este es el saber que pretendemos, aquel que encierra la esencia de cada uno de nosotros, aquel que encontramos en cada una de las cosas que forman parte de la creación, y que son dignas de ser estimadas por estar ahí, con toda su magnificencia.

Sólo unos ojos amorosos logran tener conciencia de la calidad humana revelada.

Volvamos, ahora bien, al asunto que nos ocupa. Hemos diferenciado entre un conocimiento cotidiano, común, y aquel que conlleva la esencia misma de las cosas, la verdad más auténtica de las personas. El amor, entonces, se sustenta en esta especial clase de conocimiento, porque es a través de él que logra verse engrandecido. Cualquier otro conocimiento vuelve aparente e ilusorio mi apego por la otra persona.

Cuando nos vemos frente a una persona y nos permitimos una disposición de ánimo semejante, sensibilidad característica del que ha aprendido a valorar la vida, comenzamos a captar en aquella persona calidades extraordinarias que estaban en ella y que hasta ese momento fuimos capaces de descubrir. Develar en ella esta verdad es comenzar a apreciarla por su propia riqueza personal, por sí misma, independientemente de que en apariencia nos resulte físicamente hermosa o simplemente saludable. Sólo unos ojos amorosos logran tener conciencia de la calidad humana revelada; sólo ellos

Cada conocimiento nuevo revelado aumenta su belleza como persona, y aumenta mi complacencia, mi felicidad.

pueden aquilatarla y contemplarla en su más pleno y verdadero sentido, y esta calidad es precisamente la que alimenta mi amor por la persona. De esta forma nos vamos dando cuenta de que, cuanto más llegamos a conocer su verdadera riqueza, más nos prende y más crece nuestro amor por ella, más le amamos y más deseamos seguir conociéndole. Porque cada conocimiento nuevo revelado aumenta su belleza como persona, y aumenta mi complacencia, mi felicidad, siento mi ser henchirse pleno con aquel bien que se me muestra; es el amor aumentando en mí, es el amor dándose en la persona revelada.

Mas, existe una riqueza todavía superior: la persona misma. Porque, por naturaleza, ella nunca podrá ser conocida ni abarcada por completo. He aquí el mayor de todos los dones otorgados por la creación: no es posible que una persona llegue a conocerse completamente ni que otro logre hacerlo. Precisamente por ser inconmensurable su humanidad, incuantificable e indeterminable, y por estar en constante construcción y edificación, es que *el amor no puede acabar nunca.*

El amor no puede acabar nunca

> "Pero si el amor con que el alma se ama deja de existir, cesa el alma de amar; como cesa el conocimiento si cesa el alma de conocerse a sí misma." San Agustín, *De trinitate*, IX, 4, 6.

La fuente del amor puesta en el conocimiento más pleno —su sustento y fundamento— llega a ser infinita en la persona. Por esto, se puede afirmar que el amor nunca se acaba, es eterno; cuando logramos estar en capacidad de amar, no hay posibilidad al-

guna de que dejemos de amar. Esta es la razón por la cual hallamos parejas que tienen más de cincuenta años de unión, donde aún el viejito puede decirle a la viejita: "te amo como el primer día en que nos unimos". La relación entre una pareja en capacidad de amar, debe ser tal que cada día que pase se convierta en un momento singular para develar un nuevo tesoro en la persona amada. Ella llega a ser como una cajita de sorpresas, cada día una sorpresa nueva, cada día un tesoro mayor que nos hace amarle aún más. Y aquí rompemos con la costumbre muy difundida de creer que el amor se acaba...

Enamorarse de un cuerpo bonito, o de una cara linda, es tan veleidoso como querer perseguir y atrapar el viento.

Si nuestro amor se aferra a algo diferente del conocimiento, como puede ser —y bien que lo es— la apariencia física, nos toparemos un día con la decepción de observar que la razón por la cual amábamos a aquella persona, se ha ido esfumando con los años transcurridos; es decir, ha ido envejeciendo, y con este proceso, ha ido perdiendo la belleza física que poseía. Al final, rompemos la relación porque aquello que nos unía no era otra cosa que la apariencia, lo superficial, lo perecedero. Con un nuevo vínculo, el resultado seguiría siendo el mismo si volvemos a afianzarnos en este voluble cimiento. Cualquier persona que crea que el amor se da a partir de las características físicas y anatómicas de la mujer o del hombre, se verá prontamente desengañada. Enamorarse de un cuerpo bonito, o de una cara linda, es tan veleidoso como querer perseguir y atrapar el viento, como querer sostener el agua entre manos sarmentosas. Por supuesto que no negamos la función cautivante que cumple —dentro de cualquier relación— la atracción física, ella es parte importante del cortejo entre hombres y mujeres, pero por ningún motivo la relación debe quedar fundada en ella, a riesgo de verse prontamente desencantada,

Es simplemente imposible fundamentar un amor de pareja cuando no existe el tiempo necesario para dedicarse al descubrimiento primordial del otro.

o de verse inmersa en una cadena de insatisfacciones muy poco gratificantes y desdichadas.

El amor a primera vista no existe

Ya en este punto del desarrollo, no va a causar mucha impresión una afirmación como la titulada. Los argumentos que desarrollamos en un principio, se unen con este nuevo elemento; con él terminamos de refutar uno de los pilares del romanticismo de todos los tiempos. Recordemos que el *amor a primera vista* se basa en la idea de que, por alguna razón inexplicable y mágica, yo puedo enamorarme de una persona extraña sin mayor meditación ni juicio; simplemente por estar ahí los dos, en un momento dado y en una situación dada.

El nuevo contexto aunado expresa que no es posible amar a alguien como pareja si no tenemos ningún tipo de conocimiento sobre éste. Si el sustento del amor es el conocimiento, y nos referimos a él como el saber más pleno y verdadero, el más esencial y profundo, es simplemente imposible fundamentar un amor de pareja cuando no existe el tiempo necesario para dedicarse al descubrimiento primordial del otro. Y aquí no hablamos de un mes, tampoco de seis meses ni de dos años. Como podemos estar frente a un estado de cosas que exija un mínimo de tiempo —cuyo período ha sido sugerido en dos años por aquellos entendidos de la sicología humana—, podemos estarlo también frente a aquel que exija una mayor compenetración por parte de los dos, y así iniciar una adecuada relación amorosa.

Para que el supuesto amor a primera vista se dé, las personas deben estar en una situación afecti-

va sumamente receptiva, por lo general las domina el sentimiento y la emotividad; no piensan ni razonan, solamente obedecen a la pasión que en ese momento emerge. Es una posición muy similar a la que explicamos como enamoramiento. Por esto se hace necesario denominar de otra forma este tipo de acercamiento pasional, esto es: *querer a primera vista*. Aquí sí responde verdaderamente a todos los pormenores que suelen reconocerse como parte de esta experiencia emocional.

Se supone que no se ven los defectos del otro y se tienden a magnificar las "virtudes" y cualidades más allá de su verdadera dimensión.

Pero veamos otra consecuencia lógica que surge del desarrollo de este segundo principio fundamental del amor.

El amor no es ciego

He aquí otro gran pilar del romanticismo. Nadie tendrá duda de que se suele afirmar que *el amor es ciego*, y esto porque se supone que no se ven los defectos del otro y se tienden a magnificar las "virtudes" y cualidades más allá de su verdadera dimensión. Creemos que, a estas alturas, no hay mayor confusión para el lector. Veamos: no es posible que el amor sea ciego porque su sustento básico es el conocimiento, y tal como hemos delimitado el conocimiento, esa afirmación queda muy lejos de ser verdadera. Lo que sí es cierto es que el "querer" es ciego —como lo indicamos cuando desarrollamos esa sección—, y esto sucede porque la persona que "quiere", lo hace emocionalmente, la domina la necesidad de cariño que impera en ella. En ese tanto —y en medida proporcional a su carestía de amor— va a aislarse del mundo y de las personas que la rodean.

Por su misma ceguera, su mundo será la persona de la cual se enamoró.

Por su misma ceguera, su mundo será la persona de la cual se enamoró; para ella no habrá más gente que aquella que le alienta y le aprueba su relación. Nadie la podrá persuadir de otra cosa porque está totalmente "convencida" de que todo lo que le conviene está en la otra persona a manos llenas. Aquélla puede llegar a verse ante sus ojos como un ídolo, un dios, una diosa, un ser con cualidades apolíneas o afrodisíacas, no obstante diste mucho de ser siquiera un ser humano sensible. Y esta es la tragedia humana para estas personas: no pueden llegar a entender lo que significa el conocimiento para el amor, ni tampoco tienen tiempo para ello —ni para sí mismos— porque todo lo dedican a tratar de aliviar ese vacío interno que les ciega.

Nos introduciremos ahora en el que hemos denominado tercer principio básico y fundamental del amor.

VII.

El que ama a uno, ama a todos

¿Cómo es posible amar a dos hombres o a dos mujeres a la vez?

"Pero la mente puede amar otras cosas fuera de sí, con el mismo amor con que se ama a sí misma." San Agustín, *De trinitate*, IX, 4,5.

Aquel que está en capacidad de amar a una persona, debe estarlo para amar a todas. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es posible amar a dos hombres o a dos mujeres a la vez? Pues esta es una verdad que distingue al auténtico amor de cualquier otro inventado por el romanticismo moderno.

Hemos visto que el amor no proviene de afuera, del exterior, sino de sí mismo —yo soy la fuente de ese amor—, sumemos ahora el hecho de que por provenir de la persona y proyectarse desde ella al resto de la creación indistintamente, *el amor debe ser uno y único*. La diversidad se halla en los objetos de nuestro amor; es decir, las personas o los seres vivos a los que va dirigido el amor. Erich Fromm distingue aquí varias clases, estos son: el amor conyugal, el amor fraterno, el amor erótico, el amor materno, el amor a Dios y el que ya hemos visto, el amor a sí mismo. Nos hemos internado en ellos en la medida de nuestras necesidades.

Mi capacidad de amar incipiente va enriqueciendo mi ser y va a comenzar a desplegarse hacia fuera de mí.

Cuando nos referíamos al amor a sí mismo y advertíamos la dimensión de su importancia para el crecimiento de la capacidad de amar del ser humano, hacíamos notar que este amor a sí mismo debía partir de una honrada introspección de la propia persona. El significado de dicha proposición envuelve, entre muchas cosas, su particular valoración, apreciación, descubrimiento de su ser, de sus cualidades y defectos, de su posición dentro de su propia perspectiva; es decir, sentir, palpar, experimentar, intuir la vitalidad humana que le constituye; reconocerse persona digna, con facultades e intelecto propio, capaz de maravillarse a sí mismo y de extasiarse de toda la vida que le rodea; esto es, percibirse sencillamente como un auténtico ser humano.

Si vemos lograrse esto, hemos empezado a abrir el espacio para que el amor inicie su desarrollo en nosotros. Cuando yo voy notando todas estas calidades dentro de mí y me valoro por ellas mismas, me observo como una persona que va, poco a poco, aprendiendo a amarse. Enseguida, mi capacidad de amar incipiente va enriqueciendo mi ser y va a comenzar a desplegarse hacia fuera de mí. Se proyectará hacia los demás porque me doy cuenta de que todas las demás personas son también seres humanos como yo, que poseen parecidas calidades y una grandeza natural que está allí, aun cuando ellos mismos no lo hayan advertido. Si he aprendido a reconocerme en mi auténtica verdad, y este saber crece en mí como sabiduría; si he comprendido lo que significa padecerme a mí mismo, sentir mi propia conmoción, mi propio dolor y tristeza, mis propias alegrías y felicidad; entonces he comenzado a comprender, por extensión y proyección de mi personal naturaleza hacia seres con idéntica naturaleza humana, qué caras son las alegrías y tristezas

de las demás personas. He aprendido a conmoverme con los demás, a compadecer a y con los demás. Y es que sólo compadece aquel que ha sabido padecerse a sí mismo; sólo se conmueve aquel que ha sabido sentir su propia afectividad.

En la percepción de mi propio ser diviso a los otros.

Así pues, en la percepción de mi propio ser diviso a los otros, y si soy capaz de amar a una persona, cualquiera que esta sea, debo estar también en capacidad de amar a todos a través de ella, a través de mí. Amando a mi hermano, amo a todos los hermanos del mundo, este es el amor fraternal; en mí veo a mi prójimo, y en mi prójimo veo a todos los prójimos de la creación. Amando a mis hijos, amo en ellos a todos los hijos de todas las familias. Amando a mis padres amo a todos los padres del planeta.

Son la vida y el calor humano los que llego a percibir en los demás; esos mismos que he aprendido a palpar en mi ser, esos mismos que encierran el carácter más pleno de la humanidad.

Pero el amor dirigido a mi esposa, el amor conyugal, por el manoseo indiscriminado de que ha sido objeto, le daremos una sección aparte.

VIII.

El amor conyugal

La conclusión inmediata del razonamiento que veníamos desarrollando es: *amando a mi esposa amo en ella a todas las esposas del mundo*. Es muy probable que aquí más de uno se cuestione tal enunciado con la siguiente pregunta: ¿Quiere decir que cabe amar a una o varias mujeres a la vez —o varones, para el caso contrario— como pareja?

Se le tiene miedo a la idea de que podamos amar a varios, y esto, dentro de la concepción del amor que manejamos, es no sólo factible, sino necesario.

El romanticismo de todos los tiempos ha propiciado la imagen de que sólo es posible llegar a amar a una mujer o a un hombre en la vida. Y si de casualidad, o por diversas circunstancias, a alguien le tocó amar a dos, descalifican a alguno en conformidad con tal idea, para terminar creyendo que en verdad sólo uno de ellos había sido su verdadero amor y, por tanto, sólo a éste se le había profesado amor. Se le tiene miedo a la idea de que podamos amar a varios, y esto, dentro de la concepción del amor que manejamos, es no sólo factible, sino necesario. Expliquémoslo un poco.

? - donde queda la fidelidad, el respeto, el compromiso ¿Que clase de amor es este?

Dentro del amor conyugal, mi amor va dirigido hacia una persona, la cual he elegido, por los diversos acontecimientos de la vida, como objeto de mi amor, para dedicarme a ella y entregarle todo lo mejor de mi propio ser en unión matrimonial. Esto porque de alguna manera he sido cautivado por sus

El milagro del amor conyugal está en que, siendo dos personas plenas, se manifiestan como una sola; si se separan, no se destruyen ni se disminuyen

dotes y deseo comenzar una relación que me permita acercarme más a ella. Si estoy en capacidad de amar, mi amor debe ser tal que, a la hora de ser entregado, encuentre dónde anidar en la otra persona, crezca y dé los frutos de bienestar que han enriquecido mi ser y mi amor —recordemos que sobre esto ya habíamos hablado con anterioridad. Así, el amor ofrendado debe potenciar en ella más amor, es decir, convertirla en una persona dadora de amor hacia mí, en una relación de tú a tú, de dos seres idénticos en su esencia pero distintos en cuanto a su autonomía y madurez, son dos corazones plenos que se unen para formar un sólo corazón, un sólo lazo.

El milagro del amor conyugal está en que, siendo dos personas plenas, se manifiestan como una sola; si se separan, no se destruyen ni se disminuyen; su unión fue dada para producir en ellos mayor crecimiento, mas por sí mismas poseen su propia entereza. Este es el contraste existente con el romanticismo que fomenta el "querer", en el cual nos encontrábamos con personas sumamente dependientes una de la otra, hasta el extremo de no poder asimilar bien una separación, como observamos en su oportunidad.

El amor conyugal establece una relación auténtica entre dos personas en capacidad de amar, entre dos seres maduros, posibilitados por sus propias condiciones para amar; no dependen uno del otro para ser felices, porque por sí mismos están facultados para dar la felicidad interior que les alimenta. Son de esta forma, dos corazones enteros y autónomos, no dos mitades esperando que la otra mitad le traiga su vida y su alegría para estar bien. Si por alguna razón no logran convertir al otro en persona dadora de amor hacia ellos, terminan su relación sin

ningún desprecio ni enfado, porque comprenden y entienden la disposición de la otra persona. No pararán de amar, seguirán haciéndolo, porque en ellos está el darse, pero en amor fraternal, como parte de la humanidad que son. Sea como sea, lo que los unió en un principio debió ser una cualidad especial advertida, y ésta sigue allí. Por esto mismo, son dignos de seguírseles amando como seres especiales, como parte de la vida que llena la creación.

Percibiendo su riqueza como persona, percibo por extensión la riqueza de todas las demás personas.

En suma, y recogiendo el inicio de esta sección, los argumentos dados nos indican que, en efecto, amamos conyugalmente a una sola persona, pero mi amor debe ser tal que amándola a ella, debo amar a todas —mujer u hombre, según sea el caso—, porque en mi esposa(o) veo, siento, comprendo a todas las esposas(os) del mundo. Percibiendo su riqueza como persona, percibo por extensión la riqueza de todas las demás personas. Así, si he elegido como objeto de mi amor a la que es mi esposa, en ella me recrearé y en ella alimentaré mi amor, por eso le entrego mi ser y mi cuerpo, y me uno a ella en una sola carne. Este es el amor erótico, en el cual nos adentraremos adelante; mas mi amor —no el amor erótico— no puede quedarse allí porque su riqueza debe permitirme ver en las esposas del mundo, toda la grandeza que encierran como seres humanos.

¿Qué sucede, entonces, con el que efectivamente dice amar a uno solo?

Estar en capacidad de amar a uno es estarlo para amar a todos. Sólo así se demuestra la grandeza del amor, no confinado a uno, sino que, a través de aquel, amar a todos, porque la riqueza del

Su ilusión es tal que se obsesionan con la idea de que ése es su gran amor, impidiendo que la relación se abra a los demás y convirtiéndola en un egoísmo a dúo.

ser humano les pertenece a todos, y es su conocimiento el alimento de este amor. Y si mejor todavía se devela la verdad implícita en una persona en especial, por su personal singularidad, mi amor será mucho más grato y estará mucho más complacido. Esta es la naturaleza del amor, no permanece estático, sino que se despliega desde su centro a toda la creación.

Consecuentemente, el que ama sólo a uno, no demuestra más que la pobreza y la estrechez de su gracia; está imposibilitado para ir más allá de sí en el encuentro con su pareja, porque su interés está puesto en la búsqueda de alguien que le ame. Su disposición es receptiva en tanto espera ser amado, es pasiva en tanto que ama —si y sólo si— le aman. Así, amará en tanto le amen, y si encuentra a esa persona, se sentirá tan ligado a ella como jamás creyó estarlo. Su carencia le predispone a atarse a una sola persona, aquella que le ofrendó su cariño más honradamente; para estas personas no hay más realidad ni más amor, más vidas ni más mundo. Su ilusión es tal que se obsesionan con la idea de que ése es su gran amor, impidiendo que la relación se abra a los demás y convirtiéndola en un egoísmo a dúo. De esta manera, su visión de las cosas, les hace creer que están en lo correcto cuando creen "amar" sólo a uno. Y si por alguna circunstancia se rompe la relación, construirán la suposición de que aquella fue la única que les amó y la única a quien amaron.

Estamos, pues, frente a lo que hemos llamado "querer", es decir, "buscar ser amados". Una persona así dispuesta no se encuentra en capacidad de amar; se inclinaría a uno solo aunque el cariño entregado no fuera más que una miseria. Por el apuro que sufre lo acepta sin mayor miramiento, sin ma-

yor detenimiento; lo importante para ella lo está logrando, y se aferra a él con ardor y con pasión, emociones que normalmente son dominantes cuando nos encontramos en el "querer".

Temen jamás encontrar quién les dé amor, por ello se entregan de pleno cuando creen haber hallado a su pareja "ideal".

De esta forma, pueden suceder dos cosas: Primero, que la persona así enamorada crea que no existe otra que le vaya a dar su amor, y en consecuencia, la idolatre y la idealice, se entregue completamente a ella —o por lo menos intente hacerlo— para no "dejar escapar" a quien le está trayendo bienestar y felicidad. Y, amparada en la idea de que sólo a una persona se ama y de que más allá de ella no hay nadie más, se dispondrá a hacer cualquier cosa para tenerle a gusto y permanecer juntos.

Este tipo de personas sufren mucho cuando se hallan ante una posible ruptura, pues no soportan la idea de la separación; llegan a ser sumamente dependientes de su pareja debido a su poca autonomía y a su baja autoestima, todo producto de la carestía de amor en que han vivido. Pasan la vida esperando un alma gemela que venga a ofrendarles todo su amor, y con él obtener la felicidad que nunca tuvieron. Su receptividad es completa y su miedo a la soledad también; temen jamás encontrar quién les dé amor, por ello se entregan de pleno cuando creen haber hallado a su pareja "ideal". Por lo general sucede que, si el otro es una persona en capacidad de amar, éste pronto entenderá que su amor no puede convertir a la pareja en dadora de amor hacia él, que aquella persona permanece aún en un estado de receptividad infantil o adolescente, y por ello, se haga necesario romper el lazo que les unió. No dejará de amarla, porque, sea como sea, ella es digna de ser amada como ser humano que es, y aquello que le atrajo, todavía

Personas que presumen deben ser "arriesgadas" a la hora de haber topado con lo que ellas suponen su esperado único amor.

permanece en ella, pero su cercanía no es ya el amor conyugal, sino el amor más humano de todos, el amor fraternal.

En el segundo caso encontramos la reacción contraria, personas que presumen deben ser "arriesgadas" a la hora de haber topado con lo que ellas suponen su esperado único amor. En este caso, su carácter no las hace entregarse, sino más bien actuar a la ofensiva, es decir, intentar "atraparle". El presupuesto se halla en la creencia de que si no proceden así, no encontrarán a nadie más como él o como ella; porque, creen, es por quien han esperado toda la vida; incluso, no se sienten capaces de poder vivir sin esa persona. Ante esa disyuntiva, intentan tomar la iniciativa para "cazarle" o "engatusarle" a como dé lugar, de manera que no tenga oportunidad de "escapárseles". Tales personas defienden su comportamiento en la idea de que no podrán amar a nadie más; pero como la unión resulta forzada, vivirán con el temor de que alguien quiera hacerles lo mismo, y les separe de lo que suponen su verdadera y única felicidad. Estamos ante un tipo de personas que se sienten muy seguras de emprender un acto como este, pero que en la realidad están escondidas de sí mismas; sienten miedo de su soledad y no toleran la idea de volver a ésta. Como el caso anterior, tenemos enfrente a un espíritu voluble y desamparado, que se esconde tras un escudo de seguridad para impedir quedar al desnudo, hasta el extremo de estar dispuestas a hacer todo lo necesario para retener a su pareja, sello de su esperanza. Esto significa protección y confianza, solapada tras la máscara romántica de la existencia de un solo amor destinado para ellas.

Solamente una vez amé en la vida

La experiencia cotidiana está llena de ejemplos de aquellos que no fueron capaces de amar más que una vez en la vida.

Existe una canción que ha sido todo un himno en los corazones de muchísimas personas. El título de la canción es *Solamente una vez*, del cantautor mexicano Agustín Lara. Veamos unas oraciones de su letra: *Solamente una vez... amé en la vida,// solamente una vez... y nada más,// una vez nada más en mi huerto brilló la esperanza, la esperanza que alumbra el camino de mi soledad. // Una vez nada más se entrega el alma// con la dulce y total renunciación...//*

¿Por qué la traemos aquí? Porque representa con fidelidad las relaciones amorosas de aquellos que opinan que sólo se ama a una persona y que esto llega a suceder una única vez en la vida. Como hemos visto, pretender amar a una única persona, admite la incapacidad de amar y evidencia el sufrimiento de la soledad. La letra es honrada en este sentido: *una vez nada más brilló la esperanza, la esperanza que alumbra el camino de mi soledad.* Su característica principal es la receptividad de la persona a la hora de buscar el cariño que la haga un poco feliz, esto está representado en la esperanza que brilla y que alumbra a un alma apesadumbrada.

La experiencia cotidiana está llena de ejemplos de aquellos que no fueron capaces de amar más que una vez en la vida, posiblemente porque todas las otras veces, si las hubo, fueron desilusiones, es decir, se encontraron ante parejas que no les satisfizo su enorme carencia de cariño. Como quizá sólo una de ellas pareció haberse acercado más a su ideal, se figuran que fue la única a la que ciertamente amaron. Pero esto en verdad es lo contrario. Por lo general, la persona en capacidad de amar intenta con insistencia que su amor crezca en su pareja; si no lo

Para el que piensa que sólo se ama una vez en la vida, sus oportunidades se ven reducidas al mínimo.

logra, simplemente se aparta y retira el cariño que se deseaba —cariño conyugal, por supuesto—. Indudablemente, para el que piensa que sólo se ama una vez en la vida, sus oportunidades se ven reducidas al mínimo, si las desaprovecha, supone que no tendrá otras; aún más, ni siquiera hace el intento; tal es su incapacidad para darse, de amarse a sí mismo y de superar su soledad. Pueden pasar muchos años y tales personas no se sentirán capaces de ofrecerle amor a nadie más, viven con la idea de que sólo ese amor hubo para ellas y continúan su existencia subsistiendo a un recuerdo que le quita la paz, porque el que estaba para ellas se fue, no volvió, o lo perdieron para siempre. Si sumado a ello se obstinan en conmiserarse, nos encontraremos con que no serán lo suficientemente tenaces como para anticipar el desenlace y abrirse a alguien más, agregando el abandono y la apatía a su impotencia, y mostrando todavía mayor pobreza espiritual.

IX.

El amor erótico

Este es el más controversial de todos los objetos del amor y el menos entendido. Ha sido sacudido, manoseado, alabado, vituperado, y sigue teniendo el mismo significado desafortunado entre viejos y jóvenes, entre mujeres y hombres. El amor erótico ha llegado a ser desvirtuado hasta el límite de transformarse simplemente en la relación sexual, y ésta en la esencia del amor y su expresión supuestamente más excelsa, encumbrada al mayor de los pedestales de nuestro tiempo. Hablar de amor de pareja constituye, en última instancia, la evocación de la relación sexual. Todo gira y se mueve al alrededor de ese significado. Las relaciones íntimas, coitales, sexuales, eróticas —como quiera llamárseles— se han llegado a preciar e idolatrar a tal extremo que ha sido casi imposible evitar el deslumbramiento y la explotación comercial resultante, hasta confundir su éxito con el verdadero amor, y con ello, elevárseles como la más suprema felicidad que el "amor" humano es capaz de ofrecer. ¿Por qué razón? Y si no es así, ¿cuál es su verdadera expresión, entonces? Veamos.

Cuando las personas no vislumbran un superior horizonte en su búsqueda de la dicha deseada, llegan a postrarse delante de la actividad que les brinde mayor dosis de felicidad.

Cuando las personas no vislumbran un superior horizonte en su búsqueda de la dicha deseada, llegan a postrarse delante de la actividad que les brinde mayor dosis de felicidad. Si nos encontra-

Si una de las dos personas no es diestra, es decir, no es una buena "amante", esto será suficiente razón para predecir su fracaso.

mos fracasados en nuestro propio crecimiento realizador, y nuestra visión de las cosas se reduce a una búsqueda interminable del cariño ausente, o de la persona ideal o compañera(o) perfecta, es muy probable que nos hallemos, tarde o temprano, desilusionados con los resultados.

Una relación con estas expectativas no logra trascender, la pareja no consigue mayor fruto el uno del otro, porque —como hemos venido señalando— en tales circunstancias ninguno de los dos está en capacidad de darse en el amor; el único incentivo, entonces, que los puede acercar más allá de su limitada condición, es la relación sexual. Pero ésta, como no puede fundarse a sí misma, por principio mismo, dentro de este rol se verá disminuida en su esencia y en su sentido, quedando confinada a un "juego" insustancial de caricias y posiciones eróticas, cuya habilidad y dominio llegará a representar un valor sumamente importante para nuestra sociedad: la relación sexual se convierte, así, en una práctica indispensable para el éxito de la unión como tal. Al extremo de que, si una de las dos personas no es diestra, es decir, no es una buena "amante", esto será suficiente razón para predecir su fracaso.

Una vasta mayoría de los enamorados llegan al matrimonio con la convicción de haber encontrado el amor de su vida, y eso significa que en verdad esperan de la otra persona la felicidad anhelada. Como por lo general ambos son incapaces de cumplir con tal aspiración —recordemos el análisis que hicimos de la *relación de conflicto*— la única opción disponible, desde esta óptica, es disfrutar de lo más cercano y semejante a la felicidad que conocen, esto es, el goce elemental de la relación sexual. A partir de aquí, se vuelve fundamental el desarrollo de to-

da clase de técnicas, mañas y pericias, por parte de las parejas, educadores especialistas o sexólogos, para poder responder a esta clase de éxito amoroso. Comprensible, al fin y al cabo, en vista de que en las relaciones de este tipo no se encuentran otros disfrutes superiores a los placeres del sexo.

La incapacidad de amar ha puesto en lo más alto la práctica sexual; se asume que no hay mayor felicidad que ésta.

La incapacidad de amar ha puesto en lo más alto la práctica sexual; se asume que no hay mayor felicidad que ésta, y que, por tanto, todos deben, de alguna forma, contar con la experiencia necesaria, para permitir el disfrute más pleno de su pareja a la hora del matrimonio o, en última instancia, de demostrar el "amor" sentido hacia la otra persona. Si ese disfrute no se logra, será seña segura de que las cosas no andan bien, de que no hay "amor" y de que pronto toparán con el fracaso. De cualquier forma, este amor sólo adquiere algún significado cuando las relaciones sexuales han sido espléndidas o explosivas.

Estando así el ambiente amoroso y percatándonos de que la dicha no parece hallarse en ninguna otra parte diferente de la relación sexual, cabe preguntarnos seguidamente, ¿qué clase de felicidad es ésta que se nos ofrece con bombos y platillos? ¿Será lo suficientemente realizadora como para sostener sobre sus hombros los anhelos de las personas, y con éstos, el destino del ser humano? Expliquemos esto un poco.

La extremada importancia que se le ha otorgado a la consecución de la dicha a través de los goces de la relación sexual, ha producido abundantes fábulas y artilugios como propulsores del momento. Cantidad de inventos, fetiches y "juguetes sexuales", intentan complacer a toda clase de gustos, con la intención explícita de hacer que la pareja pase

La confianza puesta en él es completa e incondicional, pues se nos presenta como el mayor delirio y la mayor felicidad a la que el ser humano puede aspirar.

una experiencia estremecedora a la hora de ser estimulado el orgasmo.

Aunque por lo general la preparación del orgasmo dura alrededor de diez minutos a media hora, y su estremecimiento resulta relativamente breve —unos diez segundos—, la confianza puesta en él es completa e incondicional, pues se nos presenta como el mayor delirio y la mayor felicidad a la que el ser humano puede aspirar. Desenlace de esto son los enormes esfuerzos por asegurar la dicha con toda clase de artificios. Después de todo, ¿qué más puede quedarle a alguien que no ve otro sentido en la vida?

Como consecuencia tenemos que se vuelve un requisito indispensable probar con antelación la compatibilidad sexual de las personas que se van a unir: si notan que no van a satisfacerse a su gusto, quedan legitimados, por esta visión de las cosas, para separarse y buscar quien sí lo haga.

El problema se presenta cuando tomamos conciencia de lo ínfimo que resulta ser un momento de "felicidad" en la relación sexual. ¿No podemos alargarla más? Hay quienes quisieran vivir eternamente en éxtasis sexual, no parar sino seguir hasta donde el cuerpo aguante, porque definitivamente se termina pronto un orgasmo, y sólo repitiendo el acto se puede volver a sentir esa dicha. Incluso, encontramos personas entre tantas desventuras y dificultades que, como una especie de droga, buscan con ardor la relación sexual para que les permita olvidarse de todas esas penurias, vivir el momento excitante y, ojalá... eternizarlo.

Pero cuando todos los denuedos se centran en conseguir esos ínfimos momentos, llega un tiempo

en que, como toda droga, no satisface más en la forma tradicional. Nos aburrimos de lo mismo de siempre, le perdemos el gusto al orgasmo y a la pareja. Solución: variar las técnicas, introducir artefactos sexuales, incluir nuevas posturas.

La que otrora era la mayor felicidad por la que podíamos afanarnos, se ve ahora como una aburridora rutina.

Mas, como también esto llega a cansar, por la misma desafortunada vaciedad inherente, nos vemos en la necesidad de variar las personas y los lugares. Lamentablemente, esto igual hastiará, así que los "juguetes" nos brindan mayores posibilidades y lo hacemos más interesante.

SEDE DE OCCIDENTE
BIBLIOTECA
San Ramón
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

Cuando la relación sexual es el centro de una pareja, y no hay nada más allá que los una, por su propia incapacidad de amar, pronto se pierde el sentido de esa unión, así que también los "juguetes" pierden sentido. Resultado, volver todavía más atractivo el sexo: admitir a una persona más... o varias más... o, en los extremos, animales... La depravación no tiene límites en estos casos; el uso de drogas suele acompañar también a estas prácticas, así que el suicidio no queda tampoco lejos cuando se pierde la dirección de lo que hacemos.

La que otrora era la mayor felicidad por la que podíamos afanarnos, se ve ahora como una aburridora rutina, cuyo realce sólo se logra trayendo toda clase de instrumentos extraños a la humana naturaleza de la relación sexual. El ser humano se ve inmerso en un círculo difícil de romper, vacío y con una experiencia absurda de su vida y de la vida en general; casi dándole la razón a J. P. Sartre cuando finiquitaba la realidad de la persona, con todo y sus esfuerzos, como una "pasión inútil", y ahí finalizaban sus aspiraciones...

Es la entrega plena donde dono con mi amor el tesoro que encierra mi carne, mi sensibilidad, mi calor y mis caricias.

El ser humano es un animal de costumbres —se suele decir— y nuestra experiencia está llena de ejemplos, pues no tarda una persona en habituarse a una actividad, cuando nomás le está perdiendo su sentido global, luego buscará interesarse cambiando, innovando o refrescando aquella ocupación. Estando así las cosas, es vano seguir creyendo que las relaciones sexuales nos proveen de la dicha buscada.

¿Cuál es, entonces, el significado que deben tener las relaciones sexuales dentro del amor humano?

Cuando dos personas están en capacidad de amar, y se eligen como objeto de su amor; es decir, dirigen su atención y su amor hacia aquel ser especial, *y consiguen que el otro se convierta en persona dadora de amor hacia ellos*, nace el lazo de una unión edificante y sublime. Su disposición para el amor y el descubrimiento de la riqueza personal de cada uno, les va permitiendo identificarse generosamente. Aman su vida y aman la vida que otorgan en la otra persona, aman hasta ansiar el conocimiento de los más recónditos placeres físicos que conforman el bien de aquel ser: momento insigne de la experiencia sexual. El amor profesado busca recrearse corporalmente, sensualmente, es la entrega plena donde dono con mi amor el tesoro que encierra mi carne, mi sensibilidad, mi calor y mis caricias. En medio de esta consagración al amor, el varón procura penetrar en su consorte para darle la mayor gracia de su haber, y ella, en su entrega afectuosa, desea poseer al varón muy dentro de sí para llevarlo consigo por la eternidad.

Nace el milagro mayor de la creación: dos personas plenas, maduras, amorosas, se han hecho una

en la carne, se han vuelto una sola carne; el amor los ha unido y el amor los ha recreado; han encontrado un sentido maravilloso en el acto sexual que antes no tenía: el milagro del amor se ha hecho carne en la unión. Pero tanto amor no puede ser improductivo, no puede quedarse inactivo, su amor es verdadero y buscará crecer y promover un mayor bien y una mayor vida. Y una pareja unida por el amor, solo más amor, más vida, puede engendrar, y este amor y esta vida se hacen carne y dulzura en el hijo que retoña. He aquí el fruto de la vida en el milagro del amor, sublimado a su más alto esplendor: el hijo nacido en la cuna del amor, fruto del amor.

La relación sexual encuentra toda su plenitud en el amor, porque es él quien le da su significado y su grandeza.

Este es el auténtico sentido del amor erótico. La relación sexual encuentra toda su plenitud en el amor, porque es él quien le da su significado y su grandeza. Las relaciones sexuales por sí solas, acaban reduciéndose a una experiencia vacía; al principio "entretienen" por la novedad y la primicia de la sensación, pero conforme nos habituamos a ellas, si no existe nada que promueva el sustento natural que poseen, más allá de la práctica orgiástica, todo su valor intrínseco se pierde en la vaciedad de sus practicantes.

Así pues, una persona madura y en capacidad de amar, necesitaría ineludiblemente —y no tanto por normas de moral religiosa— amar a su compañera(o) para estar en condiciones de iniciar relaciones sexuales con ella. Lo que nos confirma que es el amor auténtico el que le da la energía y toda la vitalidad que precisa el momento. Por supuesto comprendemos y valoramos la urgencia de que la ocasión sea memorablemente excitante, pero la disposición hacia el amor y la dedicación hacia la pareja, como objeto de su amor, conceden un sentido

La infidelidad representa un estado de incapacidad amorosa, desnuda la precariedad de la persona

mayor a la relación sexual; sin lo cual, es posible que no "funcione", sencillamente porque no tendría mayor trascendencia; y aquí estaríamos hablando de una mera aventura sexual, buscada por la simple sensación placentera; mas esto no es aceptable en aquel que entiende el valor implícito de este acto humano.

El amor es fiel por naturaleza misma

Desde esta ennoblecedora perspectiva, la infidelidad no sería más que una quimera importunadora de corazones inquietos; de hecho, no existiría como problema. La persona en capacidad de amar no requiere de que le hablen de fidelidad, porque *el amor es fiel por su misma naturaleza.* La infidelidad representa un estado de incapacidad amorosa, desnuda la precariedad de la persona como dadora de amor hacia sí y hacia los demás; es egoísta porque demanda antes que nada llenar sus propias carestías, por eso no es fiel a nadie sino a sí mismo, y lo buscará en su pareja o en aquella que se le brinde por su gusto o como conquista. La persona infiel necesita ser amada por una o por varias parejas, el número dependerá mucho de cómo perciba su insuficiencia y su reafirmamiento individual. No podrá amar porque no está ni siquiera en capacidad de amarse a sí mismo. De aquí que no pueda esperarse nada de él (de ella) sino en función de su propio egocentrismo.

La fidelidad no es sinónima de dependencia emocional ni de absurda pérdida de intimidad personal. Estos son mitos que se sustentan en la visión del amor romántico, amor que hemos descrito como "querer", como búsqueda de ser amados. Según

describimos en la relación de conflicto, estas personas requieren *ser en los otros*, que el otro las determine y las haga ser. Por eso *soy* en tanto puedo reafirmarme en la otra persona, tomándola, conquistándola, haciéndome interesante en ella y por ella. Todo esto refuerza mi identidad, pero cuando mi escasez es mucha y la inseguridad campea, no van a haber límites para la infidelidad y los alcances suelen ser emocionalmente desastrosos para las dos partes. Es muy natural que dentro de esta búsqueda los adolescentes requieran de varias parejas, es parte de la conformación de la identidad y de la personalidad, mas no se concibe en aquellos que, se supone, han superado la etapa y se han constituido en personas con propia entereza y plenitud.

El amor es fiel a la verdad: a la verdad que existe en mí y a la verdad que se descubre ante mí en la pareja.

El amor es fiel a la verdad: a la verdad que existe en mí y a la verdad que se descubre ante mí en la pareja; no requiere de nada más, ése es su alimento esencial, el conocimiento que prevalece en todos los seres vivos y que sólo es posible preciarle a través del más pleno amor. El amor es fiel al mayor de todos los tesoros humanos, y éste se devela en la persona elegida como objeto de mi amor, quien, si me ha elegido igualmente como el objeto de su amor, sabrá volver en mayor vida el amor profesado. Un bien tan pleno y una dicha tan enaltecedora, son precisamente la gracia más pretendida sobre la Tierra, y estos no pueden jamás dejar de ser lo que son. ¿Cómo imaginar, entonces, que alguien con tan enorme riqueza, vaya a pretender rechazarla por otra menor? La infidelidad en el amor no existe.

"Hagamos el amor" expresa la posibilidad de que, a partir de la práctica de las relaciones sexuales, nazca el amor.

El amor no se hace

"Hagamos el amor" ha sido una frase tan cotidiana, y por ello, tan gastada, que cae en oídos sordos cuando queremos penetrar en su significado. "Hagamos el amor" expresa la posibilidad de que, a partir de la práctica de las relaciones sexuales, nazca el amor. Es muy común observar en jóvenes y viejos, cuánto valor tiene esta solicitud cuando se trata de entablar un vínculo en el cortejo de las parejas. Muchas veces se escucha el consejo de que es bueno tener relaciones sexuales con la compañera(o) antes de la formalización, pues así se puede ver si se "ama" a la otra persona; o todavía más, para ver si es posible que, gustándoles mucho y sintiéndose alcanzar la dicha deseada, observen que nace el amor ahí mismo. Su experiencia se vuelve prácticamente todo un ritual sagrado que posee sus propios ritos, giros y destrezas; de su éxito depende cuánto amor se hará. En consecuencia, la persona ducha en amores se convierte en un "amante", aquel que conquista sexualmente a su pareja y la hace "dichosa". El ideal de toda mujer o varón viene a recaer en la figura de este(a) amante; suponen que si uno o los dos están experimentados en los secretos de la relación sexual, van a poder ser más felices con su pareja, porque siempre habrá una salida salvadora que encienda el fuego del amor, apagado por el aburrimiento o por la inexperiencia.

Esta semblanza del amor está fundada en la convicción de que el amor es dicha, y la relación sexual implica un momento de dicha. "Hagamos el amor" es pues una petición para ser poseedor de ese momento de dicha. El problema está en que, como es un instante de dicha, tan efímero como el estremecimiento orgiástico, se hace forzosa su

práctica asidua; y como es una cuestión que termina siendo "mi necesidad", si la persona no resulta satisfecha, está en libertad de buscar quién le dé gusto. Y así hasta que recobre la conciencia de su situación, o caiga en la depravación inexorable.

No han podido descubrir al otro más allá de sus propias necesidades, más allá de su propia esfera ególatra.

Reducir el amor a la relación sexual, es un argumento decisivo para suponer que tales personas no están en capacidad de amar a nadie, pues no han podido descubrir al otro más allá de sus propias necesidades, más allá de su propia esfera ególatra. Por esta razón, el acto del matrimonio termina siendo un contrato que se rompe inmediatamente de que sus cláusulas principales —la satisfacción sexual y la fidelidad— son contravenidas o violadas. Y como los sentimientos y las emociones son los que acaban manejando este tipo de dificultades, no tiene mayor sentido preservar un matrimonio sostenido sobre columnas, en principio, mal edificadas. Ni siquiera es posible garantizarlo como pedestal de la institución familiar. Y es que este enfoque del amor como acto sexual —como hemos visto— es caprichoso, voluble, apasionado, dependiente de los gustos y sentimientos; no es extraño esperar, entonces, apreciaciones insospechadas de parte de las personas movidas por el arrebato pasional. Experiencia patente, desgraciadamente, en las estadísticas de divorcios en el mundo entero.

En resumidas cuentas, la expresión "hagamos el amor", representa una "tomadura de pelo". Por ningún motivo resulta admisible pretender "hacer el amor", esto no tiene razón de ser ante las consideraciones que hemos hecho sobre el auténtico amor. Si de algo estamos seguros es que constituye una crasa equivocación pensar que son las relaciones sexuales las que le dan sentido al amor. Más

El sentimiento de posesión implícito es una forma de exteriorizar mi propia impotencia e incapacidad para poder brindarme como un bien a la pareja.

bien, constatamos, es el amor el que le da todo su sentido y grandeza a las relaciones sexuales.

El fondo de la expresión "fuiste mía(o)"

La expresión "fuiste mía" refleja muy bien el carácter orgiástico que predomina entre la gente cuando se habla de amor. Es muy común y su uso está muy extendido, principalmente en la composición de las canciones de corte romántico, sea cual fuere su ritmo.

El mensaje que se intenta enviar es la declaratoria de triunfo de una persona sobre la otra. El sentimiento de posesión implícito es una forma de exteriorizar mi propia impotencia e incapacidad para poder brindarme como un bien a la pareja. Si no puedo darme, entonces poseo. Y al poseer me reconforto, porque en este consuelo está la posibilidad de sentirme a mí mismo como ser vivo.

Debido al fracaso que experimentan la mayoría de las personas para experimentarse a sí mismas como seres potencialmente creadores de bien para sí y, a través de ellas, para los demás, es que necesitan imperiosamente que los otros les estén expresando de alguna forma que todavía pueden sentir —aunque sea la más primitiva de las sensaciones—; y que sus capacidades vitales aún son potentes, no ya para ser su propia fuente revitalizadora, sino al menos para saber que pueden llegar a ser poseedores del otro.

Esta disposición crece cuando el número de posesiones crece también en una innegable ostentación de poder. A partir de esta perspectiva de las

cosas, llego a ser alguien sólo en tanto evidencie, pruebe a todos, y por supuesto a mí mismo, que soy vigoroso, que no he fracasado en la más propia y esencial de las tareas de la naturaleza entera: ser capaz de amarme y de amar a todos los seres humanos. Se hace imprescindible, entonces, que no sólo yo lo note, sino que lo deben notar —y hacer notar— todas las demás personas. Si no sucede así, el sentimiento de frustración se incrementa, porque tal seguridad no parte de la personal potencialidad humana, sino del beneplácito de aquellos a los que espero impresionar —dado que mi inseguridad me impide impresionarme a mí mismo—. Por eso se debe gritar a los cuatro vientos las proezas logradas a través de la posesión; ello me garantiza el favor de la aceptación. Experimentar la posesión del otro es también adueñarme de su persona, de lo más íntimo y escondido en ella, de su felicidad, del tesoro guardado, de la integridad oculta, de sus esperanzas y, en suma, de su esencia vital. *Soy* en tanto acumule victorias y me sean reconocidas, *soy* en tanto mis triunfos se equiparen a mis trofeos de posesión.

Soy en tanto acumule victorias y me sean reconocidas, soy en tanto mis triunfos se equiparen a mis trofeos de posesión.

Gran cantidad de canciones románticas son odas a este sentimiento de impotencia. Con la expresión "fuiste mía(o)" grito a todos que ya no deben preocuparse más ni tampoco deberé preocuparme más, porque aquella persona es o fue mía, la he conquistado y el laurel ha sido mío, digan lo que digan y llegue el que llegue después. La posesión es un grito de victoria que lanzo para convencerme de que aún puedo, de que aún soy potente, de que aún puedo sentir, de que aún estoy vivo(a). Es declararme dueño(a) de la felicidad que el otro otorga, y que por supuesto, no se quiere perder; pero si se pierde, la frustración que produce de-

Hablar de "mío" o "mía" en una pareja, es ignorar que en ella existe algo más que un cuerpo presto a ser penetrado, o a cegarse ante la condición primaria de ser únicamente depositaria y recipiente del falo.

be permitir el consuelo de experimentarme igualmente triunfador ante la opinión pública.

Ya sea el hombre o la mujer la que posee, en el fondo está inmersa una persona incapaz de verse a sí misma como dadora de amor, dadora del bien que le engrandece, y que lo entrega como un sublime obsequio presto a florecer en su pareja. La condición fálica más primitiva de la conquista del varón, y la fisonomía receptora de la mujer, hacen que la disposición en la relación sexual convierta a uno en *pene*trador y a otra en *pene*trada. Pero esta visión obedece a una interpretación irracional, deshumanizada, y completamente animalizada de la relación de dos seres humanos; sin mencionar, asimismo, que le quita a la mujer su calidad natural más esencial, la de ser germinadora de la vida.

Por consiguiente, no es coherente con el amor hablar de posesión, sino de entrega. Pero esta entrega no es la de nuestros cuerpos para sobre-estimularlos en el mero y puro placer orgiástico, sino la entrega de toda mi potencialidad amorosa, vibrante y fructífera; que otorgo como el más preciado bien, y que como tal, sólo se espera de él que produzca, crezca, edifique y engrandezca la condición de la persona a la que se ha dirigido tan espléndido regalo.

Hablar de "mío" o "mía" en una pareja, es desconocerse ambos como personas plenas, ya sea el varón o la mujer, es ignorar que en ella existe algo más que un cuerpo presto a ser penetrado, o a cegarse ante la condición primaria de ser únicamente depositaria y recipiente del falo.

X.

La edad dentro del amor

El amor no tiene edad es una expresión es muy acostumbrada entre aquellos que requieren justificar una relación amorosa dispar en cuanto a las edades. Por ejemplo, varones con mucho más edad que su compañera; o bien, mujeres cuya edad es mucho mayor que la del varón. Sobre esta posibilidad se tienden muchas historias románticas, alimentadas principalmente por el cancionero popular. A pesar de su recurrente empleo, la afirmación resulta ambigua y se hace necesario aclarar su significado, porque, si bien es cierto que el amor no tiene edad, no lo es para aquellos todavía inmersos en la etapa denominada por nosotros como "querer" —o sea, buscar ser amados.

Si bien es cierto que el amor no tiene edad, no lo es para aquellos todavía inmersos en la etapa denominada por nosotros como "querer".

¿Cuándo es verdadera esta afirmación? Cuando ambas personas responden a una actitud de genuino amor; es decir, cuando han madurado plena y conscientemente, han adquirido una visión contemplativa y reflexiva del mundo que les rodea, gozan de la conciencia de su propio ser como fuente de felicidad para sí y para los otros, asimismo poseen una disposición amorosa de búsqueda de la verdad, cuya experiencia se ha transformado en sabiduría. Todo lo cual viene siendo, a estas alturas, una reiteración más de los alcances del amor. Tales personas así edificadas, no tienen impedimento al-

Porque un asunto es madurar y otro envejecer –es decir, hacerse más viejo–.

guno para elegir y ser elegidas por alguien como objeto de su amor. Desde esta perspectiva, el amor no tiene límites de edad, porque sea cuando sea, si están en capacidad de amar y de darse, siempre constituirán un bien magnífico para aquel a quien va dirigido su amor; siempre estarán en posición de hacer crecer su amor en las personas, e intentar volverlas dadoras de amor hacia ellos, lo cual significa que la pareja los elige también como objetos de su amor. Lo demás está ya contado.

Pero, ¿qué sucede en los casos en que uno de los dos no está en capacidad de amar? Pues aquí es donde se presenta la mayor dificultad, porque debemos, forzosamente, diferenciar la relación entre uno y otro.

Aquí haremos una distinción necesaria para comprender mejor de qué hablamos, porque **un asunto es madurar y otro envejecer** —es decir, hacerse más viejo—.

El proceso de maduración de las personas implica, aparte de alcanzar un desarrollo físico completo, lograr un avance sustancial de sus capacidades y facultades humanas, lograr efectiva conciencia de su propio ser y del mundo que le rodea; permitirse el crecimiento perfectivo de su capacidad amorosa y, por amor a sí mismo y a toda la creación, permitir su marcha hacia el mayor de los bienes posibles. ¿Ha quedado algo afuera? Quizá, pero para nuestros intereses con eso tenemos.

Si madurar encierra todo eso y más, una persona que deja avanzar su edad, no necesariamente es madura, pero sí se hace más vieja. Podemos toparnos con individuos que por su edad son considera-

dos adultos mayores, incluso con mucho "camino recorrido"; empero, si sus largas vidas no llegaron a ser asimiladas e interiorizadas, su larga experiencia no habrá significado mayor crecimiento humano y mucho menos habrá sido *comprendida* y juiciosamente aprovechada. En otras palabras, no llegaron a cimentar una verdadera sabiduría que les permitiera percibirse como únicos e irrepetibles en el universo. Tales desaciertos vitales impiden tener claridad a la hora de valorar nuestro ser individual y nuestro entorno. Y esta va a ser la característica predominante en las relaciones sentimentales. Vayamos al caso que nos ocupa.

Veamos lo que muestra la experiencia cuando hallamos muchachos con deseos de cortejar chicas mayores.

Con mucha frecuencia vemos una mujer unida a un hombre mayor que ella, esto no encierra gran contrariedad, principalmente porque las féminas se adelantan al varón en su desarrollo biológico y emocional desde la adolescencia. Sin embargo, ocurre otra cosa muy distinta cuando la mujer no ha madurado sustancialmente como para confirmar esta diferencia.

Veamos lo que muestra la experiencia cuando hallamos muchachos con deseos de cortejar chicas mayores. Al ser éstas de más edad, y posiblemente con atenciones hacia los chicos mayores, el muchacho intentará medidas extremas para persuadirlas e impresionarlas; como por ejemplo fingir que son personas afines en gustos e intereses, y aun aparentar ser más "serios" y formales para parecer de más edad; o por lo menos, que a pesar de su menor edad, pueden comportarse "maduramente", como para responder por una relación con una chica mayor.

La muchacha que desea conquistar a un varón de mucho más edad que ella, hará lo propio para

Estas consideraciones pertenecen a personas que no llegan a mantener un proceso de madurez continuo desde su adolescencia, sino que acaban saltándose esa etapa.

asegurarse de haber terminado con el aire de chiquilla que tuviere, y aparentar ser lo suficientemente "madura" como para ser tomada en serio por su contraparte, y esto implica también volver semejantes las aficiones y las inclinaciones de ambos.

No hay problema hasta aquí. Entre los muchachos más jóvenes —hombres y mujeres— es muy común que esto sea parte del cortejo, una triquiñuela para atraer a la pareja; no obstante, poco después, conforme va avanzando la relación, se van permitiendo mayor honestidad y se dejan ver tal y cual son.

¿Y si tal cosa no sucede? Si no llegan a revelarse tal y cual son, muy probablemente se deba a que ellos mismos se creyeron así; en otras palabras, el engañador terminó engañado por su propio embuste. Por otro lado, la persona mayor pudo no darse cuenta de la trampa y continuar con la relación, lo cual "obliga", compromete al otro, a sostener esa posición indefinidamente. Una razón más es que le haya gustado entablar relaciones con parejas mayores, y por ello no desee quitarse la careta, abandonando su círculo normal de amistades para cambiarlo por el otro de mayor edad.

Estas consideraciones pertenecen a personas que no llegan a mantener un proceso de madurez continuo desde su adolescencia, sino que acaban saltándose esa etapa. Tales personas no maduran, se vuelven viejas. Así otros muchos, donde, por diversas razones, deciden que no les agrada el momento que viven, se arrojan a experimentar vivencias para las cuales no están aún preparados; esto los hace sentirse mayores, con más pericia, les gusta y abandonan todo aquello que los relaciona

con motivos consonantes con su verdadera edad. Lo lamentable es que el cuerpo —su integridad— les va a exigir, en algún momento de su adultez, la etapa no vivida; de aquí que encontremos personas comportándose como adolescentes cuando su edad supera los 30 o 40 años.

Esperan por lo general a un hombre con vida y fortuna hechas; una especie de príncipe, caballero con patrimonio propio, que esté dispuesto a cargar, cariñosamente, con ellas.

Encontramos cantidad de muchachas en estas condiciones; están como dijimos las que les atraen los hombres mayores, de mucho más edad. Si el varón es una persona madura y en capacidad de amar, su relación con una chica mucho menor —que no ha alcanzado una madurez aceptable— puede traerle serios problemas, porque va tener que sostener un vínculo con alguien que espera de él todo el amor del mundo, pero ella es incapaz de darse, de amarlo. Esto es tanto como aceptar ser el papá amoroso que ella, quizá, nunca tuvo, y que está dispuesto a darse a su hija para que crezca plenamente; pero esto está muy lejos de cumplir con los requisitos del amor conyugal. De hecho, la inclinación psicológica de la chica es precisamente esa, buscar un papá que la ame, la guarde entre sus protectores brazos, la "chinee", la proteja de todo mal y... la saque de la casa; la cual, la mayoría de las veces, no soporta ya. Semblanza muy común en muchachas con problemas en el hogar; esperan por lo general a un hombre con vida y fortuna hechas; una especie de príncipe, caballero con patrimonio propio, que esté dispuesto a cargar, cariñosamente, con ellas, y así las rescate de las "garras" de una familia con la cual nunca congeniaron. Un vínculo matrimonial de este tipo está destinado a fracasar o a crearle una relación tormentosa, en este caso, al varón.

La muestra más común podemos hallarla cuando alguna jovencita —16 a 19 años, cifra que

Resulta muy tentador para los varones mayores de nuestros tiempos tener la oportunidad de congeniar muy de cerca con jovencitas.

subiría según sea el alcance de la inconsciencia — se fija en un hombre maduro. Resulta muy tentador para los varones mayores de nuestros tiempos tener la oportunidad de congeniar muy de cerca con jovencitas así, máxime cuando el ideal de belleza y sensualidad moderno está situado justamente en las adolescentes. Si el hombre, por alguna razón acepta intimar con alguna, creyendo que las cosas pueden ser distintas con ella, quizás porque la ve *especial*; por muy buena fe de la muchacha, se hace necesario pensar con la cabeza fría, entender que se trata de una chica que se encuentra en la adolescencia, o finalizando ésta, y esta etapa se caracteriza por contener cantidad de cambios emocionales. Año con año se van presentando modificaciones importantes en la persona de la adolescente, las cuales permiten ir madurando y dejar atrás comportamientos ya no propios para su edad; y eso abarca sus gustos hacia los varones y su particular visión como mujer. Nada de lo anterior garantiza al varón estar tratando con una personita con identidad y personalidad estable. Si el varón no quiere enfrentar una relación muy propia de un padre con su hija, y muy lejos de un verdadero vínculo conyugal, deberá darle tiempo al proceso de maduración de la jovencita, sin ninguna intervención de su parte.

Por el otro lado, tenemos a los muchachos jóvenes que gustan de las mujeres mucho mayores. Si la mujer está en capacidad de amar, va a hallarse en una relación obstaculizante de su misma condición amorosa. Este tipo de varones suele buscar mujeres de más edad por varias razones: la primera es procurarse experiencias sexuales con la mujer, bajo la suposición de que la mujer mayor no va a andar con reparos ni escrúpulos a la hora de ser solicitada sexualmente. Por supuesto que tal suposición no tie-

ne sentido para una persona en capacidad de amar, como hemos venido explicando; sin embargo, si la mujer por algún motivo acepta sostener estas relaciones con el chico, es justo darle crédito a la experiencia que nos muestra a estas mujeres con problemas psico-emocionales y que, por lo tanto, aún no han obtenido una conveniente madurez, sufriendo, por lo general, de estados significativos de soledad destructiva; todo lo cual representa, con el tiempo, un serio riesgo para la primaria estabilidad emocional y el sano crecimiento del chico.

Quieren ser amados y mimados con ternura, esperando que la mujer les cubra todas las carestías emocionales de su madre.

La otra razón responde a la búsqueda, por parte del chico, de una mujer mayor y madura para sustituir, inconscientemente, a su madre, fuera porque nunca la tuvo —por ausencia física o psicológica— o porque fue sobreprotectora. Quieren ser amados y mimados con ternura, esperando que la mujer les cubra todas las carestías emocionales de su madre, y que le mime y haga todas las tareas domésticas de la casa, igual como lo hubiera hecho su mamá.

Cuando la mujer se da cuenta de semejante embuste, acabará el ligamen tan pronto como le es posible; pero si no se llega a enterar, el primer día de bodas amanecerá junto a un hombre extraño, completamente diferente a aquel que había conocido y con quien, supuestamente, se había casado. Esto sucede porque, habiéndose cumplido el cometido principal del varón, ya no se hace necesario seguir fingiendo una madurez y una formalidad que no posee; ahora puede descubrirse y volver a ser quien en verdad era...

Volviendo a nuestro asunto inicial, dejemos sentado que tales personas en estos trances, no lle-

Para que el amor no tenga edad se hace indispensable que las dos personas estén en capacidad de amar, sean seres humanos plenos y no dependientes uno del otro.

gan a estar en capacidad de amar a otro. El amor exige un proceso de madurez tal y cual lo detallamos; sin él, muchas de las condiciones necesarias no se darían.

En consecuencia, estamos de acuerdo en que el amor no tiene edad, pero sí lo tiene el "querer". En todo caso, para que el amor no tenga edad se hace indispensable que las dos personas estén en capacidad de amar, sean seres humanos plenos y no dependientes uno del otro; de esta forma, la edad no va a tener gran trascendencia entre ellos, no obstante seguir contando para situaciones extremas; por ejemplo, diferencias enormes entre una edad y otra; cada cual habrá de tener, por supuesto, su propio examen.

Cualquier relación diferente que se quiera sostener, como en los casos anteriores, exige de parte de la persona madura, dejar que la otra también madure, crezca y se identifique por su amor a sí mismo y su proyección hacia los demás. Pero este desarrollo no debe tener ninguna injerencia afectiva por parte del otro. ¿Por qué razón no debe intervenir? Porque el amor ama en libertad.

XI.

El amor ama en libertad

Existe un proverbio muy conocido entre los adolescentes que dice: *Si amas a alguien, déjalo libre; si vuelve a ti, es tuyo; si no, nunca lo fue*. Valga indicar, por cierto, que no les agrada en absoluto; comprensible, al fin y al cabo, si recordamos que los adolescentes son sumamente emocionales y muy dados a abandonarse a sus sentimientos; no pueden aceptar que alguien a quien "quieren" mucho, deba ser dejado libre. La dependencia entre ellos es tal, que no desean ni medio imaginar semejante posibilidad; presumen que si dan libertad, la persona querida se va para nunca regresar. La inquietud, por supuesto, es valedera para ellos, y frecuente es escuchar sus cuestionamientos al respecto, como: ¿cómo voy a dejarle libre si le quiero? ¿Y si se me va? ¿Y si no regresa? ¡Yo le quiero mucho y no deseo que se vaya!

La dependencia entre ellos es tal, que no desean ni medio imaginar semejante posibilidad; presumen que si dan libertad, la persona querida se va para nunca regresar.

Lastimosamente, esta disposición a la dependencia no suele ser superada por muchos adolescentes; algunos llegan a la juventud, e incluso a la adultez, sin haber logrado autonomía emocional. Así nos encontramos personas adultas que no aman, "quieren" todavía como si fueran adolescentes temperamentales; y sus relaciones afectivas se tornan peligrosas cuando vemos que cuentan con mayores recursos para persuadir, instigar, ensañarse contra o a favor de aquel por quien están intere-

No existe mayor gloria para el que ama que ver a la persona amada crecer en plenitud, libre y plena de bienestar.

sadas. Las novelas de la televisión, y muchas de sus series, están llenas de ese tipo de conflictos pasionales, presentados para hacerle creer al público que la forma como se comportan es normal, que así es todo el mundo, que no hay nada de malo en ello.

El amor ama en libertad porque no existe mayor gloria para el que ama que ver a la persona amada crecer en plenitud, libre y plena de bienestar. Mas, la gloria es aún mayor cuando esa persona, capaz de amarse y de amar, hace de otra semejante, por propia libertad, su objeto de amor más preciado. Una relación de personas así, unida en libertad, es el mayor don que la gracia del amor puede otorgar. Por eso, si estoy en capacidad de amar, no necesito coaccionar a la otra persona para que me ame; soy yo quien más bien buscará amarla y hacerla dadora de amor hacia mí, y si no lo logro, por cualquier razón que fuera, he de dejarle libre para que por sí misma elija el camino que más convenga a su integridad. Pero si mi deseo me inclina a fijarme en una personita que no está aún en capacidad de amar, tengo que dejarla libre para que crezca y madure, para que germine y florezca por sí misma, en la relación consigo misma y con los demás, sin intervención afectiva de mi parte; porque lo contrario significaría que estoy emocionalmente necesitado y ansioso por ella, prueba que desnudaría mi situación afectiva y mi precariedad para amar.

Un caso que merece mención especial es el de aquellas **madres cuya adolescencia no llegó a ser superada**. Debemos pensar, en primera instancia, que tales mujeres no consiguieron desarrollar su capacidad de amar. A pesar de lo que se dice, que el amor de las madres es natural y desinteresado, que

lo traen las mujeres de forma innata, es necesario indicar que eso no es del todo cierto, pero tampoco se puede juzgar de manera apresurada.

Una madre en capacidad de amar, le permitirá a sus hijos el crecimiento, la libertad, la orientación necesaria para que ellos adquieran su propio espacio, su propia identidad, su propia personalidad.

Si una mamá está en la situación citada, ella llegará a amar a sus hijos mientras estén pequeños, se sentirá feliz con ellos porque ha conseguido que sean su compañía, su esperanza, todo lo que nunca tuvo. Su cuidado, su alimento y su protección, no representarán un serio problema porque será cuestión de apelar a su condición biológica para que surja su disposición natural a la procreación y a la maternidad. Pero conforme sus hijos van creciendo y exigen su propio espacio vital, conforme se va dando el proceso de independización —de desimbiotización, nos afirman los psicólogos—, el terror irá marcando la faz de la madre. Aquellos que le significaban su vida, su felicidad, quieren irse, quieren dejarla sola, quieren hacer vida aparte. Esta es la tragedia de infinidad de madres en tales condiciones y que no logran asimilar la partida de los hijos.

Una madre en capacidad de amar, le permitirá a sus hijos el crecimiento, la libertad, la orientación necesaria para que ellos adquieran su propio espacio, su propia identidad, su propia personalidad, y de esa forma prontamente lleguen a estar en capacidad de unirse a un mundo con amor, con deseos de mejorar con él y en él. Nada mejor hará feliz a esta madre, porque los ha criado con una disposición amorosa hacia el mundo. Sus hijos volverán a ella por la gratitud y por el amor que existe entre ellos, pero sabe que deben partir, que deben "ser" ellos mismos, que su misión como madre ha concluido; pero de ninguna manera su misión como ser humano, ésta todavía continúa.

El temor de las otras madres es que sus hijos partan y no vuelvan, las dejen donde comenzaron: en su soledad.

El temor de las otras madres es que sus hijos partan y no vuelvan, las dejen donde comenzaron: en su soledad. Se lleven consigo el motivo que las hacía felices, aquello que les proveía la vida y les permitía olvidar, aunque fuese temporalmente, la desventura y el desamparo que arrastran desde su adolescencia. Ante tales desenlaces, muchas mujeres intentan por todos los medios mantener a sus hijos bajo su dominio, inutilizándoles psicológicamente como varones o como mujeres, o castrándoles emocionalmente para mantenerlos a sus faldas. O bien, aparentar dolor y enfermad para crear un sentimiento de culpa, conmoverlos con su desgracia y lograr que permanezcan junto a ellas. Los ejemplos en la vida cotidiana sobran.

El amor ama en libertad. No es posible retener a nadie bajo ninguna pretensión sentimental. Sería tanto como dejar evidencias claras de inseguridad, de soledad, de la miseria que corroe el sano cariño, y por supuesto, de la incapacidad para amar a alguien. Por eso aquel proverbio inicial está en lo correcto; si amamos a alguien, comenzamos por permitirle la libertad, porque es un bien para nosotros verle libre, expresivo, lleno de vida y de alegría —una relación que asemeja las cadenas de una prisión, es sencillamente insufrible— y con mucho más razón es un bien para el otro crecer en libertad. Si nuestro amor fructifica en la pareja con todo su esplendor, y logramos volverla dadora de amor hacia nosotros, es decir, que se fije en nosotros como objeto de su amor, sin ninguna atadura, sin ninguna presión ni coacción, hemos conseguido sellar un vínculo con el más auténtico amor humano. No se irá porque su amor se enriquece con el nuestro, no necesita de prevenciones ni advertencias, no teme una partida porque es una persona plena, no es de-

pendiente del otro, ni éste de aquella. Mas si por alguna razón no le hacemos interesarse por nosotros, no debemos dolernos, le dejaremos en libertad para que vuele por sí misma donde desee; nuestro amor seguirá ahí, porque ella, o él, lleva toda la gracia que nos hizo amarle, y sea como sea, es un ser humano digno de ser amado.

XII.

¿Soporta todo el amor?

En esta sección intentaré aclarar una afirmación muy propagada entre la gente, principalmente por la influencia altruista que la moral religiosa ha inyectado a la concepción general del amor. La sentencia "el amor lo soporta todo", proviene en esencia del himno bíblico paulino a la caridad, traducido de su original griego "αγαπη" (agápe) como amor. Dicen sus versos (Biblia Latinoamericana, 1. Cor. 13,4-8):

> El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante. No actúa con bajeza, ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo (el amor cubre todas las faltas (Pr. 10,12); todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. El amor nunca pasará.

Los versos iniciales corresponden a la naturaleza del amor, como bien hemos visto. El primero, *El amor es paciente*, deriva su sentido de la paz, la tranquilidad y la seguridad que otorga la entereza cuando se está enriquecido por el amor. Los componentes *servicial y sin envidia*, caracterizan al amor

Conozco a mi pareja, la comprendo, la siento en mí, la llevo conmigo, y entiendo sus deslices; en ese tanto la perdono y la continúo amando.

como la más excelsa de las bondades de la providencia, porque la cualidad de *servicio a los demás* es una actitud muy propia del amor. Y por supuesto, *no anida la envidia,* no necesita incomodarse por que alguien tenga algo material que él no posee, eso dejó de ser preponderante. Los bienes materiales han sido superados por el más espléndido de todos, el amor; incluso, prevalece sobre aquellos bienes menores, es decir, momentáneos, perecederos, como alegrías y placeres efímeros. Por eso no necesita envidiar a nadie ni codiciar nada. Y siendo la envidia el origen de odios y rencores, la perturbación maldiciente no será ya más problema, su alma reposará en una benévola paz y su juicio racional será más claro y distinto como nunca.

Siguiendo con los versos encontramos que *el amor no es vil, interesado ni aparenta ser lo que no es.* Todas estas negaciones las hemos visto en el transcurso de las diferentes secciones, principalmente cuando tales atributos los presentamos como *pasiones* que distinguen la emotividad del "querer", su voluptuosidad y su egocentrismo.

El amor *olvida las ofensas y perdona,* nos dice; esto se unifica en la sentencia "el amor es comprensivo". Un pensamiento —recogido de una película de amor de los años setenta— recitaba lo siguiente: *Amor es nunca tener que pedir perdón;* pues bien, ciertamente el amor que une a una pareja debe ser tal, que las faltas y los errores cometidos sean perdonados por la misma condescendencia que encierra la relación. Así, el perdón sale sobrando. Conozco a mi pareja, la comprendo, la siento en mí, la llevo conmigo, y entiendo sus deslices; en ese tanto la perdono y la continúo amando. Empero, si estas faltas llegan a ser causa de una situación límite, gene-

radora de daño para uno de los dos y que, por ello, obligue a la separación, la persona en capacidad de amar estará en condición de perdonar —por el conocimiento, y a través de éste, por la comprensión que posee de su pareja; mas esta vez su consorte dejará de ser el motivo y dedicación de su amor. Por todo lo que significó no le dejará de amar, pero en el amor fraterno hacia todas las personas. En el caso de dos amigos o amigas, o de cualquier otro vínculo, rige el perdón por el amor que enriquece a las personas, tantas veces como sea necesario —y dentro de los límites que el primer principio del amor nos había enseñado ya.

Son cosas muy diferentes hablar sobre la comprensión del amor y afirmar que el amor lo disculpa todo, lo cubre todo, todo lo cree, todo lo espera, y peor aún, todo lo soporta. Una cosa es ser manso y otra "menso".

No obstante, son cosas muy diferentes hablar sobre la comprensión del amor y afirmar que *el amor lo disculpa todo, lo cubre todo, todo lo cree, todo lo espera,* y peor aún, *todo lo soporta.* Una cosa es ser manso y otra "menso". ¿Qué quiero decir con esto? Pues que si hemos entendido bien lo que implica el amor a sí mismo como principio esencial del amor a todos, no es posible suponer que yo mismo descuide la fuente de ese amor. El amor disculpa las faltas, mas no las encubre como quien quiere disimularlas o desaparecerlas, porque si éstas representan un daño o un mal para la persona, por amor a ella es necesario intentar persuadirla. Pero si no desea cambiar y no adquiere la más mínima conciencia del daño que se ocasiona; y peor aún, del daño que nos causa, por amor a nosotros mismos y en protección a la fuente de ese amor, es perentorio apartarse para no verse envuelto en la espiral destructiva que muchas de tales conductas generan, alrededor de personas ciegas y obstinadas.

El amor tampoco puede *creerlo todo* ni *esperarlo todo,* sencillamente porque tiene su fundamento en

Creer todo a quienes desean engatusarnos, está en contra de la integridad y dignidad de la persona.

el conocimiento, en el saber más auténtico, esencial y universal; y a esto le hemos llamado la verdad más plena, en la cual se sustenta la riqueza de las personas y de la creación entera. Hablar de creencia es hablar de fe, y la fe lo espera todo porque sus ojos están cerrados, esa es su condición, ser ciega; y esto, como ya lo hemos visto, ha traído cantidad de problemas a quienes pensaron que bastaba la fe para cambiar una conducta destructiva de sus parejas; o bien, para que sus compañeros(as) se reformaran por obra de un tercero o de una divina intervención.

No dudamos de la fuerza de la fe cuando está basada en Dios Todopoderoso y en nuestra capacidad amorosa; es precisamente este binomio el que nos permite crecer como seres humanos; pero una fe pasiva, receptiva, donde todo se espera, no conviene a la edificación de la persona, sino aquella que, primero que nada, pone en manos de Dios su confianza, y lucha arduamente para aumentar los dones y las facultades dadas por la Gracia. Referencia clara a la parábola bíblica de los talentos: aquel que tuvo miedo de hacer uso de su talento, lo guardó, lo escondió, lo cubrió, y cuando llegó el día, lo entregó tal y cual se le había dado, sin crecer, sin mejorar, sin haber hecho de él la mayor de todas las riquezas de su persona; se le quitó el talento y fue entregado al que sí les había permitido prosperar; después fue castigado.

Dejar que el tiempo pase, sin hacer mayor esfuerzo para el engrandecimiento propio y de los seres que nos rodean, creer todo a quienes desean engatusarnos, está en contra de la integridad y dignidad de la persona, y por supuesto, del auténtico amor. En consecuencia, contraviene al amor afirmar, sin mayor explicación, que lo soporta todo. Es-

te malentendido ha causado mucho daño y sufrimiento a todas aquellas mujeres que, creyendo en verdad que el amor lo soporta todo, toleran cuanto hace la pareja con ellas, con sus hijos, con sus bienes y con su dignidad. Incluso, la sicología ha tipificado estos casos como *síndromes de mujeres maltratadas*, cuando la problemática es profunda y ha dejado serias secuelas emocionales y físicas. En tales extremos, la solución vislumbrada requiere de todo un tratamiento de psicoterapia, e incluso así, la médula de la cuestión sigue inserta en la equivocada apreciación del amor.

Creyendo en verdad que el amor lo soporta todo, toleran cuanto hace la pareja con ellas, con sus hijos, con sus bienes y con su dignidad.

Igualmente advertimos la intervención de terceros en cantidad de uniones afectivas, en las cuales, por no resultar una estimulante relación de amor, de bienestar y de felicidad, y por acabar siendo causa de quebranto y de deterioro personal. Incontables ocasiones un allegado, que por lo general está honradamente interesado en que conserven su enlace, les aconseja tener paciencia, soportar las "cosas" del otro, y "darle tiempo al tiempo", para que vuelvan las aguas a su cauce, porque así es el amor... Considerado de manera aislada, el supuesto de que el amor es paciente, todo lo soporta, todo lo cubre y lo espera, genera la creencia mágica y ciega de semejantes recomendaciones; el desenlace de estos consejos produce que la pareja termine viviendo en constante tensión y bajo una tirantez emocional peligrosa.

El amor por nosotros mismos, tal y como lo desarrollamos, exige, obliga, reclama proteger, sobre todas las cosas, la propia fuente del amor, principio del enriquecimiento personal; porque lo contrario impediría la indispensable capacidad de mejorarse a sí mismo. Y para aquel que por su propia entere-

No es posible amar olvidándose de sí, este pensamiento no cabe de ninguna forma dentro del concepto del amor auténtico.

za sí posee esa capacidad, no le está permitido creer que el amor lo soporta todo, porque, por amor a la creación, no puede consentir que se maltrate, se mutile o se destruya la vida alrededor de él. Si está en poder de hacer algo al respecto, debe hacerlo.

La conexión entre el amor y la verdad, de la que nos habla el himno paulino, es una distinción que ya hemos hecho cuando nos referimos al conocimiento como sustento del amor.

La semblanza paulina que hasta aquí hemos analizado, promueve la exhortación muy conocida de los cantos de iglesia que dice: *"Amor es entregarse olvidándose de sí..."* Creo que sería una reiteración insistir en lo mismo. Sin embargo, la traigo hasta aquí porque la opinión de la gente sobre el amor, proviene muchísimo de su participación en las iglesias.

No es posible amar olvidándose de sí, este pensamiento no cabe de ninguna forma dentro del concepto del amor auténtico; su altruismo, antes que impulsor de la caridad, es atrofiante y, en casos extremos, hasta flagelante. Sería tanto como creer que puedo dar amor sin poseer en mí mismo esa capacidad; incluso —razón de peso, además— **contraviene el segundo mandamiento cristiano en importancia: "amarás a tu prójimo como a ti mismo"**. Necesito amar partiendo de mí mismo, de mi propia integridad; soy yo el parámetro del amor que ofrezco; por eso, tanto me amo a mí mismo, tanto amo a mi prójimo, tanto me reconozco como digno de ser amado, tanto reconozco a los demás como dignos de ser amados. Porque amándome, amo a mi prójimo; en mí veo, valoro, aprecio a mi prójimo. ¿De dónde parto si mi entrega a los demás

me excluye como fuente del amor? Por supuesto entendemos que se trata de un esfuerzo eclesial para que las personas, a pesar de todo, a pesar de no estar en capacidad, intenten dar aunque sea como sacrificio, altruistamente. Pero cosa muy distinta es hacer creer a sus fieles que "ése" es el amor.

Las personas pueden perfectamente llevar a cabo inmolaciones sin mayor consideración amorosa.

De hecho, son muchos los que atienden a esta exhortación, y a modo de oblación, realizan donaciones y cantidad de obras. Existen personas cuya privación resulta muy a su pesar —porque precisan de aquello— también los que, aprovechando cualquier oportunidad, calculan sacar provecho particular. En ambas actitudes está ausente el valor promovido por la Iglesia a través del sacrificio, esto es, que se llegue al amor a través suyo. Las personas pueden perfectamente llevar a cabo inmolaciones sin mayor consideración amorosa, de estos ejemplos *farisaicos* están llenas las Sagradas Escrituras; por lo mismo rezaba con vehemencia aquel verso bíblico que decía: *Porque yo quiero amor, no sacrificios; conocimiento de Dios, más que holocaustos.* (Os. 6, 6; Mt. 9, 13) Cualquiera presenta una ofrenda como sacrificio, mas no es cualquiera el que está en posición de ofrendarse por el amor que le gloría.

XIII.

El sufrimiento en el amor

Está igualmente generalizada la creencia de que *el amor es sufrimiento*, que es necesario mortificarse para poder llegar a amar. Este enfoque depende mucho de la perspectiva con que se vea. Si hablamos de una relación entre dos personas en capacidad de amar, la expresión no tiene razón de ser. Y no la tiene porque por su propia naturaleza el amor es proveedor y generador de bienestar, tanto para quien lo posee como para quien lo recibe.

Para el amor, el sufrimiento es causa de engrandecimiento humano, porque promueve que la persona se levante con mayores bríos de su lecho de postración.

Aunque el sufrimiento no puede dejar de estar presente en la vida de todo ser humano, éste no tendrá el significado desolador y sin sentido que a través de los tiempos nos han presentado, porque, para quien está en capacidad de amar, no llega a manifestarse como motivo de destrucción y de devastación, de miedo y de soledad, sino como estimulador de la disposición perceptiva y sensitiva del cuerpo humano; como exaltador de la fortaleza de la voluntad y de la capacidad para elevar su espíritu a niveles donde la vida halla mayor plenitud. ***Para el amor, el sufrimiento es causa de engrandecimiento humano,*** porque promueve que la persona se levante con mayores bríos de su lecho de postración. El amor conoce el coraje, la fuerza, pero también conoce el dolor y la tristeza, y de ellos juntos crea un bien fortalecido que hará madurar a la persona. El movimiento

El avance y el crecimiento del ser humano es producto del enardecimiento vital de grandes espíritus que han sabido alentar el amor en ellos.

enaltecedor que ha comenzado con el amor, convierte todo tropiezo —obstáculo, impedimento, problema, desventura de las fuerzas de la naturaleza, incluso la enfermedad propia o de sus familiares, y cuanto acaezca exterior a ella— en una oportunidad inapreciable para crecer, para aprender, para corregir, para comprender mejor lo que le rodea, para entender mejor a sus semejantes y a sí mismo. En síntesis, el amor vuelve la experiencia amarga en una dosis de sabiduría cuya posesión ennoblece y sublima a la persona, la levanta y la dignifica.

En la persona que ama, las cicatrices del sufrimiento no son penas del corazón, sino glorias que han fortalecido su espíritu, y sabiduría que ha alimentado su conciencia de ser. No desprecia el sufrimiento, es aliada de él, porque a través suyo consigue la energía necesaria para reanimar sus potencias edificadoras y sobreponerse a la desventura, al infortunio y a la desgracia. En la historia, el avance y el crecimiento del ser humano es producto del enardecimiento vital de grandes espíritus que han sabido alentar el amor en ellos.

En cuanto al sufrimiento como dolor, hemos venido hablando de aquel que surge del alma, mas el dolor físico —la enfermedad—solo conociendo sus orígenes y nuestra responsabilidad con respecto a él, es que podemos vislumbrar los caminos por seguir, para detenerle o para sobrellevarlo, siempre dentro del espíritu de enardecimiento vital que venimos desarrollando.

Pero **cuando la persona no está en capacidad de amar y no tiene conciencia de su carestía, el sufrimiento sí puede serle un compañero pernicioso, desolador y destructivo**. Estas personas padecerán

todavía más si son sumamente emocionales; es decir, si su único motor de acción son las emociones, las pasiones o los sentimientos; en ese tanto se circunscriben dentro de lo que hemos llamado "Querer", y esto implica falta de amor a sí mismas y búsqueda continua del cariño ausente. Cuando los problemas les acaecen, y el sufrimiento se hace presente, no adquieren noción de su origen, no saben de dónde nació ni por qué les sobrevino; tampoco saben cómo sobrellevarlo, sino que, impávidos, su espíritu sucumbe ante él. Sólo entienden que sufren, las cosas no salieron como ellos esperaban y se obstinan ciegamente en que así sea. Su susceptibilidad los hace aferrarse y luchar tercamente contra imposibles, incluso arruinarse en el intento de la forma más absurda. Son como niños indefensos que no entienden el porqué del sufrimiento, y cada vez que se hallan en tales trances, sólo atinan a increpar y cuestionar a sus mayores o a Dios. Las razones sobran, entonces, para entender por qué el amor es sufrido para ellos; su emotividad los hace volubles, inestables, y su necedad y necesidad de cariño los envuelve en una vorágine de pasiones interminable, acompañada siempre por el sufrimiento destructivo y perturbador.

Su susceptibilidad los hace aferrarse y luchar tercamente contra imposibles, incluso arruinarse en el intento de la forma más absurda.

Quien bien te quiere te hará sufrir. Aquel que nos quiere, en verdad nos quiere, y muchas veces nos quiere por la fuerza, por la insistencia, o al contrario, por su aire engatusador de bondad, descripciones que hemos dejado en limpio en la sección correspondiente. Cuando las cosas se imponen de esa forma, no hay ninguna seguridad ni garantía de crear, por capacidad propia, un bien vitalizador en la persona querida, y mucho menos para el que quiere; por eso resulta terminante la popular expresión "*quien bien te quiere te hará sufrir*". Por otra parte, cuando esta sen-

¿Demuestra la muerte –el suicidio– de sus protagonistas, la expresión más meritoria del amor?

tencia se dirige a los padres de familia —en capacidad de amar—se puede revertir en "*quien bien te ama te hará sufrir*". Y esto se explica porque los hijos, por lo general en edades que comprenden la preadolescencia y adolescencia, en su forcejeo con los padres por lograr mayores libertades, llegan a lamentarse del "sufrimiento" que les causa tener que ceder ante las reglas de disciplina del hogar. Imaginan que sus progenitores no les aman y que lo hacen sólo para mortificarlos. Esta es, normalmente, la necesidad que tienen los papás de orientar, de regular, de normar la conducta emotiva y temperamental de sus hijos, de forma tal que vayan aprendiendo a manejarse por sí solos con capacidad madura de respuesta. Intentan crear un bien en ellos a largo plazo, mas esto no lo entienden los muchachos de buenas a primeras, sino hasta que han logrado un poco más de edad; antes de eso, suponen invariablemente que se les hace sufrir de modo inútil.

El sufrimiento y los romances tipo Romeo y Julieta

La tragedia de Shakespeare, Romeo y Julieta, ha sido identificada por los corazones enamorados de todos los tiempos, como la historia de amor por antonomasia, el romance más elogiado y admirado, el esplendor de la gloria de todo apasionado. Ella es la inspiración de cantidad de relatos románticos en la literatura y en el cine moderno. Sin embargo, ¿es verdaderamente una historia de amor? Todavía más, ¿Demuestra la muerte —el suicidio—de sus protagonistas, la expresión más meritoria del amor?

Se ha llegado a suponer que si una persona está dispuesta a entregar su vida por amor, está demostrando con ello la grandeza de su corazón. Esto

es cierto en casos muy especiales, pero no lo es cuando se trata de idilios, y mucho menos con desenlaces tipo Romeo y Julieta. En realidad, la famosa tragedia, escrita con especial belleza literaria e ingenio, dista mucho de contener una historia de auténtico amor.

La famosa tragedia, escrita con especial belleza literaria e ingenio, dista mucho de contener una historia de auténtico amor.

Describamos, brevemente, las condiciones anímicas en que se desenvuelve la trama. Primero, encontramos a sus héroes guiándose por el arrebato de sus emociones y de sus pasiones. Son sumamente jóvenes —Julieta no había cumplido los catorce años—y están determinados por su carácter veleidoso y temperamental. Esto no es ninguna novedad, la mayoría de los adolescentes son así. Por supuesto, se creen incomprendidos, así que, enamorados y llevados por los acontecimientos, fraguan un plan para casarse a escondidas de todos; de ese modo intentan burlar las trabas de la moralidad de su tiempo y las férreas disputas entre las castas de sus familias. Las cosas se les complican, y en la hora final, por el capricho de los incidentes, son llevados a creer que el otro falleció; en consecuencia, toman la fatídica decisión de autoaniquilarse, antes de aceptar vivir separados.

Así que, en la escena final desarrollada en la cripta, Romeo, afectado por la aparente muerte de Julieta, se suicida envenenándose; después despierta Julieta de su dormitación, ve a su amado tendido y, bajo los mismos afectos, procede a suicidarse con la daga de Romeo. Valga decir que resumimos la obra porque nos interesa el final como consumación de lo que se ha tenido como una actitud universal de auténtico amor, y por supuesto, darnos pie para explicar la relación entre la muerte y el amor, y hasta qué punto puede llegar a ser devastadora.

Si la muerte acaba con una vida, ninguna razón es válida para justificar la ruina de otras vidas que no estaban en su camino.

La muerte de un ser amado

El fallecimiento de un ser amado es un dolor que conmociona a todos sus allegados, la tristeza los inunda y, muchas veces, se cometen acciones irracionales a causa de ese dolor. Para la persona que está en capacidad de amar, la vida es el regalo más precioso que otorga el amor; por ello, perderse una vida es motivo de dolor, pero también es motivo para fortalecer la que poseemos.

Si la muerte acaba con una vida, ninguna razón es válida para justificar la ruina de otras vidas que no estaban en su camino. Es decir, el dolor que causa la partida de una vida no debe provocar la destrucción de otra. Y esto lo sabe muy bien la persona que anida el amor —la vida— en su ser, puesto que por sí misma se advierte como un don, germinado por la gracia que ha logrado cultivar en ella. Su ligamen con la persona fallecida era una relación de libre correspondencia, sin ataduras ni dependencia; porque, antes que nada, se busca amar a la otra persona ofreciéndole nuestro bien más preciado, no exigiendo retribución ni condicionando nuestro cariño. Existe necesidad de ella, pero en tanto deseamos verla enaltecida, pues el amor ofrendado constituye un bien magnífico dispuesto a florecer en la otra persona, libremente, sin coacción alguna ni represión restrictiva. Por eso, si los acontecimientos privan la vida de un ser amado, lamentaremos muchísimo el fatal desenlace, mas nunca como para pretender cercenar nuestra propia vida, fuente de nuestro amor y del amor que ofrendamos a todas las personas. Sus recuerdos, antes de significar un motivo de mortificación, serán ocasión grata para congraciarnos con la providencia, por la posibilidad que tuvimos de

crecer y mejorar junto a aquella persona, o por la posibilidad de haber estado cerca de alguien a quien pudimos otorgar los mayores dones de nuestro amor, cuyo fruto medió para engrandecer su existencia.

Quienes no logran entenderlo son todos aquellos que sufren dependencia extrema respecto de la persona que ha partido.

En consecuencia, llegamos a amar la memoria y cada una de las añoranzas que dejó en nosotros, y ellas serán el motivo de una sonrisa en nuestros labios, y la satisfacción de haberle dado la riqueza mayor que alimenta nuestro ser. Nunca habrá dolor destructivo ni desesperación; podrá rodar una lágrima, muestra de nobleza, pero siempre acompañada por la dulce presencia espiritual y amorosa de su recuerdo.

Dolorosamente, quienes no logran entenderlo son todos aquellos que sufren dependencia extrema respecto de la persona que ha partido, porque les daba todo lo necesario para sentirse bien, les suministraba la felicidad, la seguridad y la esperanza que buscaban arduamente, y esto, letra por letra —como vimos en la sección sobre el "Querer"—los ciega y los vuelve susceptibles de hundirse en toda clase de emociones dispares. La dependencia viene siendo, en estos casos, síntoma de la incapacidad de hacer, de ellos mismos, una cuna donde germine la dicha anhelada. Ahora que se les ha ido aquel cuya presencia les significaba su soporte emocional, se vislumbran devastados e infelices, su débil confianza termina por derrumbarse y acaban perdidos en un mundo que se torna demasiadamente real para ellos. Miedos y miserias que permanecían encubiertos y casi olvidados, regresan con fuerza, y las personas vuelven a quedar solas frente a sí; la soledad inicial retorna con más ímpetu —aunque en realidad nunca la superaron— y esta vez lo resienten

Cuando muere uno, el otro se siente angustiado, desolado y abatido, piensa que no es capaz de vivir por sí mismo.

más, debido a que el ser querido y fallecido les ayudaba a tolerar y sobrellevar su existencia.

La vida se aprecia por lo que significa en sí misma: vitalidad, crecimiento, creatividad, maduración. Todos son elementos propios de la capacidad de amar, por eso no llega a disminuir una persona porque pereció la otra. La historia de *Romeo y Julieta* es el relato de un par de adolescentes muy dependientes uno del otro, no sabían lo que era existir por sí mismos y valorar su vitalidad a partir del crecimiento amoroso engendrado en ellos. Cuando muere uno, el otro se siente angustiado, desolado y abatido, piensa que no es capaz de vivir por sí mismo —hasta ese punto la pobreza de amor por ellos mismos—, resulta ser como el niño pequeño que se aterra cuando se da cuenta de que está solo, sin sus padres que le cuiden y le protejan. Es precisamente la carestía de amor lo que los hace quitarse la vida. ¿Historia de amor? Es en verdad una historia de desamor, de pasiones irracionales desbordadas. Entre niños y adolescentes son naturales las sensaciones elementales de este tipo, su condición de crecimiento y su inclinación a la emotividad, así los predispone; pero no debe ser igual para personas que se supone han logrado una identidad y una madurez adecuada; de lo contrario, debemos creer que no consiguieron tal crecimiento. Alcanzaron envejecer, cierto; cambiaron sus gustos e inclinaciones, cierto; pero en definitiva no llegaron a madurar amorosamente.

Nadie muere de amor

Consecuentemente, nadie muere de amor. El amor crea la vida y la sublima, no la destruye. No se

muere de amor, se muere por falta de él. Hasta donde hemos visto, resulta absurdo pretender que una verdadera historia de amor finalice con la autodestrucción de los amantes.

La tragedia renacentista promueve la creencia de que no hay mayor sacrificio para demostrar el amor hacia alguien, que la inmolación de la persona.

No obstante, la tragedia renacentista promueve la creencia de que no hay mayor sacrificio para demostrar el amor hacia alguien, que la inmolación de la persona; y esto ha llegado a imponerse como punta de lanza en la actitud desviada de muchas personas: Se suele "amenazar" a la pareja con autoinflingirse daño para persuadirla de cualquier intento de rompimiento de la relación; o bien, si se ha marchado, para que regrese indefectiblemente con ellos. Todo bajo la suposición de que la autodestrucción es prueba suficiente de amor por alguien. Y bajo esta perspectiva de las cosas, el enamorado presume que, haciendo ver a la otra persona cuánto la necesita, la desea y se aflige por ella, le demuestra no solo el amor, sino la cantidad y calidad que tiene para ella.

Cuántas veces hemos escuchado a un varón, a una mujer, intimidar a la compañera(o) con volver al licor, a las drogas, a sus vicios, o bien con suicidarse, con dejar sus estudios, con tal de sostenerle a su lado. Por supuesto que genera gran preocupación semejante disyuntiva; una provocación como esta debe ser de cuidado, porque, dependiendo de la estabilidad emocional del amedrentador, la amenaza puede llegar a representar un serio peligro. Con todo, debe prevalecer una actitud generosa consigo misma y permitir protegerse como fuente de su amor, y antes que nada, *entender que ese problema no lo puede resolver la persona amenazada*, sino el propio querellado, o los familiares cercanos, con la ayuda de un especialista o profesional en la materia.

Sufrimos porque no tenemos aquello que nuestro ánimo, o bien nuestro capricho, desea poseer, y por ello rechazamos todo lo que a nuestro alrededor se halla.

Es suficiente saber que el amago está en pie para darse cuenta de que, en verdad, la otra persona no le ama; más bien intenta retenerla en contra de su voluntad, únicamente con el propósito de ver sus intereses satisfechos, no importando a quién lastime para ello.

Por el lado de la persona intimidadora, si el amago no es de cuidado, sino una medida desesperada para conservar a la pareja que supone es su vida y su felicidad, a sabiendas de que ella no desea estar más a su lado, podemos recomendarle un pensamiento hermoso del poeta indio Rabindranath Tagore, que dice: *Si lloras porque no puedes ver el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas...* ¿Qué quiere decir esto? Pues que en innumerables ocasiones sufrimos porque no tenemos aquello que nuestro ánimo, o bien nuestro capricho, desea poseer, y por ello rechazamos todo lo que a nuestro alrededor se halla, ni siquiera lo volvemos a ver; nuestro corazón se compunge porque no estamos con, o no le tenemos a él, o a ella.

Y esto rige para el que pierde un "amor" como para el que padece el fallecimiento de un ser querido. La creación es sumamente hermosa y plena de la complacencia que origina el desarrollo de la vida; descubrir en ella la excelsitud de las personas y su riqueza interna, la sonrisa de los niños, el reverdecer de la flora, el milagro de nuestra propia existencia..., hace que valga la pena vivirla y engrandecerla. Si lloramos porque hemos perdido a alguien que estimábamos mucho, las lágrimas no nos dejarán ver el esplendor y la belleza que encierra nuestro propio ser y los millones de seres vivos a nuestro alrededor. Tampoco nos permitirán apreciar a todos aquellos, amigos, parientes, familia, nuevos pretendientes,

personas en general muy cercanas a nosotros, que habían estado esperando tan sólo a que nosotros volviésemos la vista hacia ellos..., merecedores también, de nuestra alegría, de nuestra vida y de nuestro amor.

XIV.

La Humildad, condición básica para el amor

El mayor obstáculo con que el amor se topa para anidar en las personas, es hallar las condiciones básicas para que éste crezca.

Si hasta ahora no hemos encontrado nada fácil el camino hacia el amor, es porque realmente no lo es. No es cuestión de apretar un botón para que el amor surja y todos sean felices—en estos días en que todo se maneja mediante control remoto—. Ya lo hemos visto en el recorrido de cada una de las secciones; tampoco es posible llegar a él con una actitud pasiva y meramente receptiva, como quien espera al Espíritu Santo para mover sus pies y recorrer un sendero que por sí mismo debía andar. Sabio es el refrán popular que reprende diciendo: "Ayúdate, que Yo te ayudaré".

Pues bien, el mayor obstáculo con que el amor se topa para anidar en las personas, es hallar las condiciones básicas para que éste crezca. El amor no se desarrolla en alguien por obra de un prodigio milagroso, nace por un milagro de la vida, que es distinto, pero requiere de una disposición de ánimo y de una actitud especialmente apropiadas para crecer. De esto vamos a tratar ahora en la presente sección. Y la primera de las dos disposiciones que veremos será *La Humildad*.

Definiremos la humildad como *la capacidad de todo ser humano de reconocerse con franqueza tal y cual es*. ¿Por qué es condición básica para el amor? Por-

Entre más adversos a nosotros mismos seamos, más aguda deberá ser nuestra actitud de franqueza y de honradez.

que el amor inicia con el amor a nosotros mismos, su cuna y su fuente están en nosotros, y para que se desarrolle maduramente requiere de su principal pilar: el conocimiento; aquel saber que habíamos definido como el más pleno, universal y esencial de todos, por el cual se reconoce al ser humano como un valor trascendental y sublime. Ahí comienza a crecer el amor, con la visión clara e indefectible del auténtico valor de la persona; y esto no lo logramos sino vía introspectiva, a partir de una concienzuda búsqueda de sí mismo. Sólo por el reconocimiento auténtico de nuestra esencia como personas, podemos tener conciencia de cuánto somos, de cuánto valemos y de cuánta es nuestra gracia; a partir de la cual nos destacamos como dignos de ser amados, dignos del mejor de los tratos por parte nuestra y dignos de propiciarnos las condiciones más excelsas para crecer en el amor. Nada de esto se logra si no es a través del conocimiento más verdadero que obtengamos de nosotros mismos.

Ahora bien, la humildad va a ser la actitud y la disposición imprescindible para poder tener acceso a este preciado conocimiento, por esto la concebimos como una capacidad creciente, franca y honrada; no puede ser de otra manera. Este conocimiento propio nos permitirá revelarnos y descubrirnos por lo que somos, tal y cual somos; con defectos, virtudes, yerros y aciertos. Entre más adversos a nosotros mismos seamos, más aguda deberá ser nuestra actitud de franqueza y de honradez, porque sólo así adquirimos la entereza necesaria para vernos tal y como somos, con todo lo que no nos gusta, con todo lo que siempre ocultamos a los demás de nuestra única realidad. De ese modo, poco a poco iremos logrando reconocernos sin tapujos, sin autoenga-

ños, sin pretender esconder lo feo; vamos dejando al descubierto y con claridad la verdadera belleza que nos configura. Sólo de esa manera se pueden desnudar y luego reformar los defectos más denigrantes. Y aquellos otros que se determinen como alteraciones irremediables de nuestra natural constitución, han de ser aceptados con sabiduría y con amor. La humildad debe ser, entonces, una disposición progresiva que gradualmente vaya perfilando a la persona, hasta alcanzar niveles de dominio aptos para el desarrollo del amor.

La humildad debe ser, entonces, una disposición progresiva que gradualmente vaya perfilando a la persona, hasta alcanzar niveles de dominio aptos para el desarrollo del amor.

Conforme la persona avanza en su introspección, avanza también en su autoconocimiento y se va encontrando con cualidades que creía no poseer; esto la alegra y la satisface; sin embargo, también topará con defectos no muy gratos: vicios o hábitos nada deseables, muchos de los cuales generalmente acostumbraba a señalar en las otras personas como inaceptables y bochornosos, y ahora los descubre en ella, quizás en mayor grado. De aquí que llegue a ser urgente un poco de grandeza y nobleza de corazón como atributos humanos esenciales, para poder enfrentar con hidalguía nuestra propia miseria; porque son muy pocos los que, con sinceridad, advierten en sí mismos tales defectos, y son muy pocos aquellos que llegan a ser capaces de corregirlos por amor a sí mismos. La humildad, por consiguiente, resulta para muchos una pesada carga de proporciones escatológicas, principalmente cuando poseemos un ego inflado o una endeble autoestima; no obstante ser el único camino preparado por la naturaleza para iniciarnos en el discernimiento de nuestras propias entrañas; las cuales, en muchos casos, llegan a ser tan oscuras e intrincadas como lo sea la aversión hacia nosotros mismos.

pertenecientes o relativo a los excrementos y suciedades.

Los miedos y temores internos emergen con fuerza cuando se trata de enfrentarnos a nuestros abismales secretos.

Los miedos y temores internos emergen con fuerza cuando se trata de enfrentarnos a nuestros abismales secretos. Muchas cosas nos hemos ocultado con el propósito de parecer más gratos a los ojos de los demás. Incluso, como defensa de nuestra buena conciencia, acusamos a los otros de los mismos defectos que padecemos para sentirnos menos culpables, o para hacernos y hacerles creer que en realidad somos menos malos de lo que parecemos, porque existen otros seres más despreciables que nosotros.

La humildad se puede considerar como una bendición en la persona que ha logrado desarrollar esta capacidad. Pese a esto, no es nada fácil internarnos en nosotros mismos, principalmente cuando no tenemos idea de qué tan inexpugnables somos. La experiencia diaria muestra cantidad de personas tratando de ocultarse, huyendo de los demás y evadiéndose a sí mismas. Por lo general nos encontramos con que no les gusta quiénes son, porque el que es moreno quiere ser blanco; el blanco quiere ser moreno; el negro quiere blanquearse; el pelirrojo quiere ser castaño; el castaño desea ser rubio; el gordo desea ser flaco; el flaco quiere estar más gordo; el alto desea ser bajo; el bajo alto; el de ojos negros los quiere azules; el de azules verdes; el de verdes negros; y así hasta la saciedad, los ejemplos podrían seguir incansablemente.

Lo cierto es que no les agrada cómo son, desean ser otros, aborrecen como nacieron y lo que tienen; se la pasan deseando lo que otros tienen o son, aunque aquellos estén envidiándoles a ellos mismos. Pesa desde luego, el deslumbramiento causado por la vida de derroche, de placeres y posesiones materiales de algunos; o el triunfo amoroso de otros, que han obtenido cuanto desearon a

través de una figura corporal estilizada; todo según los parámetros de éxito y fortuna de la sociedad actual. Esta aparente felicidad es motivo de frustración y desesperación entre aquellos que no están en condiciones de alcanzar tales metas, y que por supuesto, son la inmensa mayoría de los seres humanos. Ante esto, la única alternativa consolable es intentar "ser como...", aunque terminemos pareciendo burdas imitaciones.

Aceptar la propia apariencia física se convierte en tarea de titanes cuando los parámetros, a partir de los cuales nos juzgamos, se manejan por el ir y venir de los caprichos de la moda.

Aceptar la propia apariencia física se convierte en tarea de titanes cuando los parámetros, a partir de los cuales nos juzgamos, se manejan por el ir y venir de los caprichos de la moda. La humildad dicta en estos casos una dura lección: no se puede vivir la existencia de otro. La única forma de alcanzar la felicidad y el contento propio es iniciando un proceso de aceptación de sí mismos, con honradez, con franqueza, con nobleza. Y con ello, corregir con urgencia los defectos más dañinos y degradantes de nuestra persona, por amor a nosotros mismos; lo mismo que comprender y tolerar aquellos imposibles de cambiar, por estar alejados de nuestras manos, pues contra estos es inútil combatir, resulta tiempo vital perdido y una actitud irracional. Lo que es imposible, inaccesible se quedará. Para ello hace falta volver los ojos hacia los mayores dones obsequiados por la naturaleza, de los cuales hemos sido ciegos poseedores. Se necesita recobrar la auténtica dimensión de tales dones para que vuelvan a ser determinantes en la integridad de nuestro ser, y conforme esto se vaya dando, iremos viendo que son más las cualidades que nos conforman, que los defectos difíciles de mudar.

La humildad es capital para aceptarnos tal y cual somos; solamente así llegamos a la verdad ple-

na de nuestra persona, sólo así podemos apreciar y valorar por su genuina grandeza cuánta vitalidad concentra nuestro amor. Por todo lo cual sentenciamos en un inicio que, la humildad es condición básica para el amor.

XV.

El autodominio, condición básica para la Humildad

Pero la humildad no está sola, su dificultad como actitud creciente en la persona estriba en que requiere de un elemento más para poder darse en su pleno sentido, y esta es la segunda disposición que mencionamos: *el autodominio.*

Nada haríamos si al comenzar nuestro autoconocimiento, variamos o adornamos las cosas que no nos gustan para hacerlas menos pesadas.

¿Autodominio de qué? El autodominio —o lo que otros podrán entender como autocontrol— lo definiremos como *la capacidad que posee un ser humano para dominar sus emociones, sus pasiones y sus sentimientos, de forma tal que pueda apreciar las cosas por lo que son en sí mismas y no por lo que él quisiera que fueran.* Lo concebimos como una capacidad porque, como dijimos, es una disposición creciente en la persona. No se logra de buenas a primeras; al emprenderse el viaje introspectivo, se hace necesario cultivar el autocontrol para no permitir que dominen nuestros afectos a la hora de toparnos con las propias miserias. Nada haríamos si al comenzar nuestro autoconocimiento, variamos o adornamos las cosas que no nos gustan para hacerlas menos pesadas, o para congraciarnos con nosotros mismos o con quienes nos escuchan. Las pretensiones basadas en enfoques torcidos, según nuestra conveniencia, no llevan más que a hundir con mayor fuerza la verdad, y a hacer más difícil el reconocimiento. Todavía más cuando se trata de apreciar la Creación

Del mismo modo que unos anteojos con lentes de colores cambian la apariencia del mundo, así nuestras emociones transforman la percepción de las cosas.

por su propio valor; en ella prevalecería la perspectiva de cada uno, según sean los estados de ánimo o los sentimientos, los intereses individuales o los económicos. Del mismo modo que unos anteojos con lentes de colores cambian la apariencia del mundo, así nuestras emociones transforman la percepción de las cosas.

La humildad no puede llegar a darse si no existe en la persona una conducta de autodominio responsable, si no se permite ella misma una autonomía interior libre de las ataduras pasionales que suelen impedir una visión auténtica de nosotros y de la Creación. Ya lo había dicho el sacerdote y filósofo español del siglo XIX, Jaime Balmes, *la vida del hombre virtuoso es una lucha constante con sus pasiones*. Y así también lo entendía Baruch Spinoza en su *Ética*, cuando afirmó: "*el que se esfuerza solamente a causa de la pasión que le afecta en que los demás amen lo que él ama y viva con arreglo a su propia complexión, obra únicamente por impulso, y por esta razón es odioso...*" (IV°, Prop. XXXVII, esc. I). En efecto, sólo un ser humano con la capacidad de liberarse de sus propias ataduras pasionales está facultado para decidir honestamente sobre sí mismo y sobre las cosas que le rodean. Pero esto tampoco se logra con el puro deseo.

El que la libertad sea un derecho humano, no licencia a nadie para presumir su capacidad de ser libre: una cosa es creerse libre, tener el derecho de ser libre, y otra muy distinta estar capacitado para ello. Sólo el que ha emprendido el camino hacia su libertad interior, está siendo libre en verdad, y sólo éste puede ayudar a otros a conseguir su libertad: enseñanza espléndida proveniente de la Humildad. Dominar las pasiones se hace un factor imprescindi-

ble para confrontarse consigo mismo; de lo contrario, no puede crearse la honradez esencial para propiciar la humildad. Estos son las razones por las cuales consideramos al autodominio como condición básica para la humildad.

Así las cosas, no es de extrañar que las familias amorosas sean tan sólo una quimera en la mente de mil idealistas.

En síntesis, el autodominio se hace fundamental para lograr una capacidad de aceptación honrada consigo mismo, y la humildad se hace básica para lograr el conocimiento honrado de nuestra propia verdad, sustento trascendental de la capacidad de amar. ¿Se comprende ahora por qué no se puede llegar a amar tan fácilmente como se predica, si no se parte de una actitud consciente, viva y madura? ¿Se entiende por qué crear una actitud amorosa está más allá de una predisposición al hábito?

Así las cosas, no es de extrañar que las familias amorosas sean tan sólo una quimera en la mente de mil idealistas, y que, tristemente, predominen las conductas egoístas y afectadas, con un resultado nefasto que sólo se hace entendible si volvemos la vista hacia el modelo de persona interpuesto por nuestra sociedad consumista. Éste es precisamente nuestro próximo tema.

XVI.

El amor en nuestra sociedad de consumo

Quizá no tendríamos tantos problemas a la hora de encaminarnos hacia el amor, si no fuera por las políticas consumistas practicadas en todo el planisferio; empeñadas en difundir modos de vida alucinantes y desvirtuados como modelos de éxito y fortuna. Tal es la punta de lanza de los medios de comunicación masiva. Dentro de este conglomerado de gustos y modas resbalan niños, adolescentes, jóvenes, adultos, viejos; consciente o inconscientemente, todos se ven envueltos en la misma situación. Indaguemos en algunas de estas cuestiones. (Estos temas tienen directa relación con los anotados en mi libro *Ética y Salud*, EUNED, 1997.)

Las políticas consumistas practicadas en todo el planisferio; empeñadas en difundir modos de vida alucinantes y desvirtuados como modelos de éxito y fortuna.

La tecnología

Los alcances que ha logrado la tecnología en cuanto a mecanismos y objetos para facilitarnos la vida, son más que evidentes en todas las áreas de la convivencia humana. Desde los años setenta, la ciencia viene siendo representada por una tecnología incipiente, vertiginosa y veloz. Las grandes compañías multinacionales se han encaminado hacia una carrera sumamente competitiva y absorbente. Ofrecen cada día más y mejores artículos para el mayor *confort* de sus clientes potenciales. Si en un

La mentalidad que se intenta generar con estas actitudes es que el cliente se vuelva un cliente potencial permanente, para que se mantenga, engolosinado por la propaganda, comprando artículos de toda clase.

principio la persona era la que decidía lo que compraba, porque así lo necesitaba, hoy día es la compañía la que le ofrece al cliente los aparatos que necesita; y si aquel no está seguro de lo que quiere, se toman la libertad de hacerle ver que siempre había esperado y querido algo parecido. De esta manera termina comprando lo que no necesitaba y no entiende; y tras eso, el fabricante rediseña y mejora el modelo del producto en cuestión de tres meses, dejando el anterior con la etiqueta de viejo.

La escalada de artículos de consumo es imparable a como está estructurada. Las compañías, en su afán por vender, cambian o "mejoran" el producto cada período de tiempo, y conforme aumenta la tecnología, aumentan los cambios en el menor tiempo. Consecuentemente, podemos encontrarnos en la situación de haber comprado un artículo hoy y esperar que en tres meses haya sido superado; y lo que hoy compramos como lo más novedoso e impresionante, al transcurrir aquel período se convierte en obsoleto, rudimentario, antiguo y... pasado de moda. La mentalidad que se intenta generar con estas actitudes es que el cliente se vuelva un cliente potencial permanente, para que se mantenga, engolosinado por la propaganda, comprando artículos de toda clase. Por lo general sucede que el artículo que se compra, poco responde a nuestras verdaderas necesidades; es común encontrar en los hogares aparatos comprados hace un año que no se han llegado a manejar más allá de un 25% de sus componentes. Esto pasa igual con un horno de microondas de gran capacidad —que en el hogar se usa sólo para calentar agua— como con un sistema de sonido de alta potencia —el cual se usa en sus funciones mínimas, y pocas veces porque no se tiene la menor idea de para qué sirve el resto.

Este fenómeno ha arrastrado a toda la sociedad, y ha creado un hambre de cosas nuevas cada vez más imparable. La velocidad con que los artículos cambian, obliga a aumentar la tecnología, y con ello todo lo que trabaja a partir de ella, ya sean las modas, los autos, los libros, los transportes, las comunicaciones, etc. Las personas se ven inmersas en un enorme mercado de consumo que las obliga casi maniacamente a comprar cosas que no necesitan, y a gastar el dinero que no tienen en artículos superfluos, muchas veces por el mero afán de poseer más que los demás, aunque esto no signifique mejor calidad de vida. Los ejemplos claros son los individuos adinerados que compran por sumas exorbitantes objetos inservibles, con el mero propósito de poseer algo que fue de alguien famoso; la pretensión es: poseyendo su pertenencia, le poseo a él y a su fama. La manía de la posesión admite también poseer lo más nuevo lo más pronto posible. Lo cual representa seguir la norma de "estar al día con la tecnología". Poseer algo con más de dos años de antigüedad, es perder la posición social valorada por la generalidad, porque sólo lo nuevo tiene presencia.

Las personas se ven inmersas en un enorme mercado de consumo que las obliga casi maniacamente a comprar cosas que no necesitan.

Una tecnología que no acorte distancias es una tecnología que debe desecharse. El mismo efecto logrado en las comunicaciones internacionales se intenta producir en el hogar: más rapidez, más comodidad: Los aparatos deben impedir que las personas tengan que hacer algún esfuerzo para estar cómodas, y el elemento más representativo de esta política son los controles de mando a microondas, los cuales se fabrican para dominar prácticamente todos los artefactos de la casa. El sueño de los años cincuenta se convierte en una realidad en las últimas décadas del milenio.

La prisa engendra sentimientos de retraso e inseguridad, nos vuelve entonces ansiosos y angustiados.

La prisa

Toda esta escalada arrastra al sistema social a una competencia por llegar primero, por lanzar el artículo antes, por trabajar más rápido y mejor, por acelerar la producción. No hay forma visible de parar la velocidad que el mundo ha alcanzado. Y tras estas conductas de consumo, de posesión y de competencia, se genera otra que caracteriza a los hombres contemporáneos de la sociedad tecnológica consumidora: la prisa. La prisa engendra sentimientos de retraso e inseguridad, vemos que el tiempo se nos escapa y que no podemos cumplir con las metas previstas; nos vuelve entonces ansiosos y angustiados. Yepes Stork recalca uno de los síntomas que consideramos más graves: "El estado habitual de prisa origina, entre otras, dos tipos de consecuencias: la incapacidad para la reflexión es una de ellas. Cuando el quehacer técnico exige una concentración muy alta de nuestra mente, porque es de muy rápida ejecución (conducir o manejar un ordenador), la lucha y el esfuerzo de llegar al término en la operación que se está ejecutando impide detenerse. Si surgen obstáculos y la prisa aumenta, ya no es posible ni siquiera pensar. Cuando esa situación se hace permanente, la velocidad se ha cobrado su precio: hemos perdido el sosiego y la capacidad de contemplación." (*Las claves del consumismo*, 1989, pág. 39)

La velocidad con que cambian todas las cosas obliga al consumidor a estar pendiente de lo nuevo para poseerlo. Este modelo de orientación induce en los individuos una conducta paralela, pero nos interesa la consecuencia que emerge de ella. El querer avanzar con la velocidad de cambio que se impone, hace que la persona valore poco lo que tiene

"viejo", y quiera cambiarlo o desecharlo por nuevas y más atractivas cosas. Aquí sucumbe, en una actitud enfermiza, todo lo que haya adquirido el rango de posesión: desde objetos útiles hasta inútiles, desde recuerdos hasta personas, desde placeres hasta el amor.

Los consumidores de las modas son personas angustiadas y ansiosas a la vez.

El hombre de hoy se define por lo que posee: tanto poseo tanto soy, tanto tengo tanto más soy. De esta manera, las personas son lo que poseen y no lo que "son"; todo se mide a su alrededor bajo este estigma. Ya Erich Fromm había estudiado este fenómeno en su oportunidad cuando decía: "...consumir es una forma de tener, y quizá la más importante en las actuales sociedades industriales ricas. Consumir tiene cualidades ambiguas: alivia la angustia, porque lo que tiene el individuo no se lo pueden quitar; pero también requiere consumir más, porque el consumo previo pronto pierde su carácter satisfactorio. Los consumidores modernos pueden identificarse con la fórmula siguiente: yo soy = lo que tengo y lo que consumo." (*Tener o ser*, 1993, pág. 43)

Por ejemplo, los consumidores de las modas son personas angustiadas y ansiosas a la vez, porque deben mantenerse al tanto de lo último que los diseñadores o la industria textil, junto con la publicidad, lleven al mercado. La hechura puede ser disonante, pero si su lanzamiento va acompañado con una casi mágica promoción de latitudes hemisféricas, el consumidor muerde el anzuelo y pronto lo compra, aunque tenga poca diferencia con el anterior producto comprado.

Esta mágica promoción, en la mayoría de los casos, incluye la sensación de "ser como..." el mo-

Cuando el mundo se maneja bajo tales parámetros, se ven arrastrados todos aquellos otros elementos que no se suponía fueran comerciales, como por ejemplo, las personas y el amor.

delo que luce y promociona el producto, el dueño del original, o el símbolo sexual del momento. La ilusión que se maneja es la posibilidad de no ser quien soy para llegar a ser aquel que quisiera ser, o por lo menos, obtener "algo" de aquél que me haga creer que le poseo a través del objeto que compré. Así funciona la compra de unos zapatos tenis, como los que luce en el comercial algún famoso jugador de baloncesto, o la posesión de determinada marca de ropa, con el fin de "estar a la moda de hoy", sin más justificación que saber que fue promocionado por los "famosos".

Los valores en la sociedad de consumo

De todos los efectos perniciosos de las actitudes consumistas de nuestra sociedad, resalta la tergiversación de los valores. La velocidad con que cambian todas las cosas en la actualidad, obliga a los individuos a medir sus conductas según estas "sirvan" a sus propósitos, produzcan bienes materiales o no lo hagan, sean funcionales para el momento o no lo sean. Aquello que me sirve es porque produce el efecto deseado, con la precisión deseada y a la velocidad deseada. Lo contrario hará que el objeto sea considerado inservible o prescindible. Pero el mal no está aquí. Cuando el mundo se maneja bajo tales parámetros, se ven arrastrados todos aquellos otros elementos que no se suponía fueran comerciales, como por ejemplo, las personas y el amor.

Incluso, bajo la norma consumista de que todo es comercializable y adquirible, cabe la posibilidad de ser consumido y poseído todo aquello que no era material. Es cuestión de ponerle precio. Amparado por esta regla, el dinero permite adquirir no sólo

objetos sino personas, y todo lo que de ellas proviene. Bajo esta concepción de las cosas, objetos y sujetos dejan de ser lo que son y pasan a ser susceptibles de publicidad y venta. El valor de una persona ya no es delimitado por su dignidad; llega a ser ajustado por la publicidad a las necesidades, según lo requiera el mercado (ley de la oferta y la demanda). De esta forma, un candidato a puesto público podrá adquirir una imagen prediseñada para un evento determinado, con sólo permitir que se promocionen los rasgos personales necesarios para insertarle en el mercado pretendido. Nos vuelve a indicar Yepes Stork (*Idem*, pág. 57): "Nada triunfa por sí mismo, por su propio valor, si antes no pasa por esa tupida red de la publicidad y de la imagen. En el mundo de hoy cualquier actividad humana que destaca se acaba convirtiendo en producto de consumo."

Bajo esta concepción de las cosas, objetos y sujetos dejan de ser lo que son y pasan a ser susceptibles de publicidad y venta.

Es fácil ver ahora cómo todas las cosas han ido perdiendo su valor al quedar al alcance de cualquiera que posea un poco de dinero y al alcance del capricho del consumidor enajenado. Será cuestión de ponerle precio o ajustar sus atributos a la ley del mercado. Para ello debe perder, o hacer que pierda, su auténtico valor, y otorgarle uno que sea fácilmente comercializable. Desde este punto de vista, cualquier cosa puede ser vendida o hacer que venda. Desde la figura de un santo, hasta la figura de un prominente científico, y prueba de ello es la evolución que tuvo la figura de San Nicolás de Bari, para llegar a convertirse en una especie de monigote de la publicidad.

La cúspide del triunfo de toda persona "exitosa" es la riqueza en posesiones, y esta actitud es imitada por la gran generalidad. Frecuentemente estas "exitosas" personas se quejan de no tener verdade-

Han comprado todo con dinero y han hecho ver a los demás la posibilidad de tener lo que se quiera con sólo poseer el dinero para comprarlo.

ros amigos y sucumben ante las drogas y el alcohol, otros mueren solos o llegan al suicidio. Y en el mejor de los casos, mueren a raíz de conductas escandalosas o degeneradas. Han comprado todo con dinero y han hecho ver a los demás la posibilidad de tener lo que se quiera con sólo poseer el dinero para comprarlo. "¿Cómo pueden los ciudadanos más pobres y comunes satisfacer su pasión de adquirir, conservar y aumentar la propiedad? La respuesta es: lo logran extendiendo el campo de la propiedad hasta incluir, amigos, amantes, salud, viajes, obras de arte, Dios y el propio yo." (Fromm, 1993, pág. 78).

Este ideal se transmite a través de los medios de comunicación masiva, encargados de encumbrar el tipo de posición social modelo de éxito de la sociedad. Paulatinamente se adquiere su forma de pensar, de ser y de vivir. Pero la paradoja nace angustiante e incomprensible en medio del mercado: los hombres viven para conseguir tal éxito, y con lo poco que son intentan tenerlo aunque sea en pequeño. Así, se desviven por comprar con lo que no tienen, compran la copia del original con la promesa del expendedor de sentirse como el auténtico. Al final obtienen una posición social ficticia pero que vale por la verdadera a precio módico. El trato es "justo" cuando se promete a cambio la felicidad que otorga tener más que los demás, es decir, ser superiores a los otros, y esto significa en última instancia, poder y capacidad de conquista.

Los ideales representados están vacíos de trascendencia, porque al tiempo de ser adquiridos, por sí mismos agotan su atractivo, y la persona se siente aburrida al ver deteriorado su valor conforme deja de ser "nuevo". El círculo se cierra cuando el

individuo se ve precisado a seguir comprando conforme se le vaya desgastando el artículo. Esto funciona para todo el que acepte las leyes del consumo. El vacío aumentará en la misma proporción, paralelo con las enfermedades nerviosas, ya de por sí propias de nuestra época.

Le dicen a los jóvenes que no se promiscúen en los placeres vanos, pero permiten el bombardeo de frecuentes imágenes eróticas, propicias para la exaltación y excitación sexual.

Asimismo, es fácil observar cómo se ha dirigido el ideal de belleza hacia los adolescentes. La cultura venera la juventud y la energía de los adolescentes como punta de lanza para un mercado que no había sido aún explotado. Así se ve una bien montada campaña publicitaria dirigida hacia los adolescentes para que consuman todos aquellos productos que fueron hechos para ellos. Hoy día es bello el mozuelo y la mozuela de esbelta o atlética figura, y se le presenta con una contextura tan extremadamente estilizada que le hace parecer el ideal a alcanzar por todo aquel que quiera ser o mostrarse como bello. Por demás está indicar que tal figura, por su obligada y sacrificada contextura, es prácticamente antinatural, pero suficiente para que jóvenes y viejos muerdan el anzuelo y lo acepten como un valor digno de ser alcanzado.

En el ámbito de las relaciones sexuales ocurre algo parecido, el joven se ve en medio de una poderosa fuerza publicitaria que le envía constantemente mensajes sexuales subliminales, mensajes que no sólo los captan ellos, sino todos aquellos adultos que absorben el mercado de consumo, y que ahora dirigen sus deseos sexuales a los adolescentes como ideal de placer. La doble moral sigue jugando un papel importante en la sociedad: le dicen a los jóvenes que no se promiscúen en los placeres vanos, pero permiten el bombardeo de frecuentes imágenes eróticas, propicias para la exaltación y excitación sexual.

Cuando no hay nada en qué creer ni qué defender por sí mismo, no queda otra alternativa que dejarse llevar por el engolosinamiento del consumo fácil y creciente.

Sin ir muy lejos, cabe aquí destacar los vídeos de las canciones populares juveniles, que no sólo sus imágenes están llenas de erotismo, sino también su letra.

Consecuencia de todas estas desviaciones son las angustias que muchas personas adquieren al ver que no pueden ser como la sociedad les promociona social y amorosamente. Su esfuerzo por "ser como..." les dificulta el desarrollo normal y la adquisición de una identidad madura. Por ello nos encontramos todos los días con personas que prácticamente no desean crecer, con miedo a asumir responsabilidades y roles vocacionales, sin capacidad de decisión y todavía jugando a ser adolescentes. Las secuelas más lamentables están en pérdida del verdadero sentido y trascendentalidad de los valores esenciales —por supuesto por uno más comercial—. Valores tales como el amor, que construye y fortifica a los hombres, que los mejora y los ennoblece, que los eleva y perfecciona, se transforman tan solo en "hacer el amor".

Cuando no hay nada en qué creer ni qué defender por sí mismo, no queda otra alternativa que dejarse llevar por el engolosinamiento del consumo fácil y creciente. La pérdida de valores enaltecedores produce una situación de inestabilidad emocional y existencial. Cuando la vida no se sostiene por el crecimiento, por el desarrollo de sus potencias, por la energía del amor, por el trabajo digno, por el esfuerzo creativo, y por todos los fines superiores que engrandecen al ser humano, toda la creación se ve envuelta en un vacío existencial y espiritual mortífero.

El valor consumista del amor

Si de algo se aprovecha el mercado es de los vaivenes de las emociones de las personas, porque de ellas se nutre la oferta y la demanda.

Dentro de este tipo de sociedad, todos los valores sucumben ante las leyes del mercado; el amor no va a ser la excepción, pues adquiere también un estatus comercial utilitario, donde el bien prevalece en tanto nos sea útil, sirva a nuestros propósitos prácticos, o sea sustituido por obsoleto. La mentalidad está hecha para que creamos que todo debe tener una utilidad inmediata con resultados inmediatos. Si no obtenemos un producto así de práctico, lo desechamos y procuramos otra cosa. Pero el amor no trabaja así, no ofrece prontos frutos como se espera; el amor requiere de un proceso esforzado y a largo plazo, vital y personal, como ya hemos visto. Si aunamos a esto lo poco que lo entendemos, debido a nuestra propia incapacidad para amar, con mucho más fuerza será rechazado por nuestra mentalidad consumista; terminando por aceptar como único valor verdadero, lo que más se acomode al vaivén de nuestros sentimientos.

Más siendo los sentimientos tan variables y mudables, nuestras relaciones amorosas se vuelven imposibles de entender; fácilmente cambiamos de opinión con respecto de una persona o de otra, de una cosa o de otra, y esto lo sabe el sistema mercantilista. Si de algo se aprovecha el mercado es de los vaivenes de las emociones de las personas, porque de ellas se nutre la oferta y la demanda, y por ellas se fabrican cada vez más nuevos artículos y se dejan de usar muchos otros todavía en buenas condiciones. Esta ventaja se presenta altamente benéfica cuando es explotada por la propaganda y la publicidad. Cómodamente se les puede hacer creer a los consumidores que ya no necesitan de aquello y que sí requieren de esto, tan sólo apelando a los instru-

Conviene al sistema que las personas se manejen a través de sus emociones, que no hagan uso de una atinada libertad, sino que se dejen conducir por el capricho.

mentos mercantiles más refinados de la propaganda; de hecho, existen disciplinas especialmente creadas para influir en los gustos de éstos de forma cada vez más sutil y depurada.

Desde este punto de vista, conviene al sistema que las personas se manejen a través de sus emociones, que no hagan uso de una atinada libertad, sino que se dejen conducir por el capricho. En compensación, con el paquete ofrecen un poco de la felicidad buscada: la compramos con los electrodomésticos nuevos, y cada vez que adquiramos más cosas, más felicidad obtendremos. Aquí se destaca con fuerza la afirmación "*soy lo que tengo y no lo que soy*". Entre más cosas obtenga, más feliz se supone soy. Por supuesto, la felicidad casi perfecta se halla en manos de los personajes famosos por sus riquezas, fortuna y poder. Todo esto es símbolo de éxito en la vida. No obstante, como la felicidad ofrecida no resulta nada provechosa, se acaba pronto y nos deja tan vacíos como al principio, el comerciante deberá replicar con más artículos nuevos, pero la tónica será la misma.

Dentro de este juego sucumbe el amor, pues éste no tendrá ya su trascendencia natural ni será sinónimo de crecimiento; desde luego implicará felicidad, pero esta se encuentra enlatada en lo que compramos. Las relaciones amorosas trabajarán de la misma forma: al entenderse el amor como un sentimiento maleable, descubrimos que se puede intensificar y multiplicar a través de la dicha otorgada por el orgasmo sexual; así que, a la hora de tener relaciones sexuales, *hacemos el amor*, y lo hacemos tantas veces como sea necesario. Si nos aburre, porque todo lo viejo, lo de siempre, lo habitual, llega a fastidiar —según dictan las leyes del mercado—, esta-

mos en nuestro derecho cambiarlo por otro más nuevo, de mejor y mayor rendimiento. Por tanto, si las relaciones sexuales ya no producen la felicidad afanada, podemos cambiar de pareja —a lo mejor ya cansaba o estaba poniéndose vieja— y procurarnos una más nueva y funcional. Esta mentalidad utilitarista está metida con fuerza, tanto que los datos estadísticos de divorcios son prueba fidedigna de ello: matrimonios cansados de lo mismo cambian de pareja las veces necesitadas; incluso, jóvenes parejas que se casan llevando desde el inicio el pensamiento de divorciarse si no funcionan o se llegan a aburrir. Así de fácil.

Si el amor se desarrollara en todos sus aspectos como debe ser, no sería posible sostener un mercado como el actual.

Sucede, pues, que la persona puede ofrecerse como objeto de posesión por su bien estilizada figura, y llegar a una transacción con otra que acepte los términos mediante un contrato matrimonial. Intercambia su figura por ratos de felicidad, pero el envejecimiento o el desgaste de ésta, provoca el rompimiento y se hace legal cambiar. Como quien desecha un objeto porque perdió su brillo y lo canjea por otro más nuevo. Por supuesto, aquí no hay garantía de nada. Esta es la influencia del mercado.

Las personas llegan a danzar según las notas que les suene el sistema, y como a éste le interesa vender sobre todas las cosas, necesita que ellas permanezcan caprichosas; es decir, como niños veleidosos y volubles, a los que se les da un juguete nuevo cada vez que queremos verles alegres. La situación es, de hecho, atrofiante y degeneradora del crecimiento natural de la persona. **Si el amor se desarrollara en todos sus aspectos como debe ser, no sería posible sostener un mercado como el actual, por eso les sirve que la gente se estanque en una especie de síndrome de Peter Pan, con miedo a cre-**

Si el aburrimiento acecha, compran juguetes cada vez más caros como aliciente para recuperar su alegría.

cer, con miedo a asumir su libertad responsablemente, con miedo a reconocerse a sí mismos y a vislumbrar un futuro amoroso.

Es muy común escuchar la siguiente comparación, a modo de chiste: cuál es la diferencia entre un hombre y un niño; y contestan: el precio de sus juguetes... La gente ríe. Mas la risa puede ser un síntoma vergonzoso de la verdad de esta sentencia. La diferencia entre un hombre y un niño se encuentra en el precio de las posesiones personales, y se le llaman juguetes porque han sido adquiridos como si fueran tales. Si el aburrimiento acecha, compran juguetes cada vez más caros —o simplemente nuevos— como aliciente para recuperar su alegría; pero como en realidad tales juguetes no son más que paliativos de su desidia y de su vacío, no habrá forma de detener el incremento de la frustración personal ni la escalada consumista. Fromm afirmaba que el ser humano vive todavía en la infancia, en la adolescencia, que no ha madurado; y con todo lo que hemos visto hasta acá, pareciera no estar lejos de la verdad.

De hecho, uno de los íconos que dejan entrever tales sospechas, son las ingenuas historias que rodean el mito de Santa Claus y su directa relación con la red de consumo. Su intención es premeditada y está dirigida a defender su leyenda a toda costa, haciendo creer a los adultos que todavía son niños porque todos llevan uno por dentro, que es hermoso ser así, y que nadie debe sentirse orgulloso de lo contrario, aunque aquello signifique crecer y madurar. Bajo esta pretensión, los juguetes para adultos llegan a ser tan populares como los juguetes para niños.

XVII.

El amor es fundamento de la dignidad humana

En otro lugar escribía lo siguiente: La dignidad es el tratamiento que se le otorga a una persona para que sea digna de su condición de ser humano, según lo establece su naturaleza esencial. De esta forma decimos "digno" porque reconocemos en el ser humano una naturaleza que lo constituye como especialmente diferente de las demás especies que habitan el mundo, por su capacidad de ser consciente de sí mismo y de su entorno, por sus facultades racionales, por su nobleza y conciencia moral, que lo conforman como un ser de naturaleza dinámica, evolutiva y, principalmente, de naturaleza perfectiva (*Ética y salud*, 1997, pág. 61).

La dignidad es reconocida, entonces, por el hecho de determinarnos como específicamente singulares frente a todas las demás criaturas del mundo, y por el acto de afirmación que cada uno hace de las personas que nos rodean.

La dignidad es reconocida, entonces, por el hecho de determinarnos como específicamente singulares frente a todas las demás criaturas del mundo, y por el acto de afirmación que cada uno hace de las personas que nos rodean. De ambas perspectivas, la principal es la primera. Porque yo puedo precisarme digno a partir de la auto-conciencia de mis propias calidades, y esto a pesar de que los demás no se hayan dado cuenta de tal distinción. Así pues, soy digno, no porque ellos me honren con tal derecho, sino porque, dentro de mi valoración personal, he encontrado todo aquello que responde a un tratamiento especial como ser humano, como persona y

Ser digno no es un título que se otorga sin más, conlleva el reconocimiento de la propia persona, la capacidad de verse tal y cual esa dignidad le impele ser.

como conciencia lúcida de mis yerros y de mis logros, de mi presencia evocadora del más excelso de los ideales, y de mi búsqueda permanente del mayor de los bienes posibles.

Todo cuanto se escribe no llegaría a tener razón de ser, ni podría rendir sus frutos, sino en tanto que yo, por el amor que crece en mí, me doy plena cuenta de la riqueza existente en mi ser, y de toda aquella que puede —y debe— germinar, como elemento edificador y sublimador de mi existencia. En ese tanto soy digno, me reconozco como digno, y me hago ver digno. Si la persona no permite que el amor crezca en ella, como potencia edificadora de su ser, nunca podrá llegar a estar en conocimiento propio de cuánto valor implica ella misma. Pueden venirle de todas partes a decirle que haga respetar su dignidad, pero, como no sabe a ciencia cierta lo que aquello significa en sí misma, la amonestación terminará siendo una de tantas exhortaciones que suelen hacer los activistas de los Derechos Humanos y las personas de buena voluntad. Ser digno no es un título que se otorga sin más, conlleva el reconocimiento de la propia persona, la capacidad de verse tal y cual esa dignidad le impele ser. Mas, como tal cosa no se lleva a cabo fuera de la persona, sino en ella y a partir de ella misma, es su auto-identificación quien la determina digna y quien le exige este tratamiento según haya podido señalarle su auto-comprehensión.

Porque sé quién soy y cómo soy, por qué es que soy así y no de otra forma, es que, por amor a mí mismo, y en reconocimiento en mí de esa potencia de amar, me hago determinar en toda mi justa presencia humana, haciéndome valer como fin último, como fruto del amor y generador de la vida y

de más amor; y no como medio, como instrumento o herramienta presta para ser utilizada por egoístas intereses. Y cabe allí desde ser mero objeto sexual, a ser objeto de compra y venta mercantil.

Nadie que no haya tomado conciencia cierta de cuánta dignidad es posible en su persona, sabrá qué hacer, cómo asimilar, qué entender, cuando alguien le jure y le perjure que ella es poseedora de semejante calidad.

El amor por la propia persona —como hasta aquí ha sido explicado— crea el ambiente ideal para la dignidad humana, y recrea aquel otro indispensable para revelar en los demás su propia dignidad. Viéndome digno, veo dignos a los otros, porque en la justa estimación de mi dignidad, está también el reconocimiento legítimo de tal calidad consustancial en los demás seres humanos.

Y es que nadie puede llegar a ver en los demás lo que nunca ha sido capaz de develar en sí mismo. Por otro lado, nadie que no haya tomado conciencia cierta de cuánta dignidad es posible en su persona, sabrá qué hacer, cómo asimilar, qué entender, cuando alguien le jure y le perjure que ella es poseedora de semejante calidad. Es así como sucede con tantas mujeres que se dejan maltratar y desgastar por un hombre que les hace creer que él las ama; como ellas nunca han conocido otra clase de "amor", suponen que de eso son dignas, y no esperan, ni advierten, más dignidad que esa. Por más que les aseguremos otra cosa, su ceguera y su pobre conocimiento de sí mismas, le impedirán verse por lo que realmente son, personas plenamente merecedoras de mayores y mejores tratos. Los ejemplos son innumerables en la vida cotidiana. ¿Cuántas mujeres vuelven donde el agresor —o permiten que éste regrese— porque nunca se creyeron verdaderamente poseedoras de dignidad, a pesar de que fueron prevenidas y alentadas a darse su lugar? ¿Cuántas personas llegan a acostumbrarse a vivir y a soportar una situación

asfixiante y tirante, porque suponen que no son meritorias de nada mejor en la vida?

Puede exigirse que la dignidad sea respetada como un "Derecho", pero implícito a tal denuedo es necesario que la persona se *comprehenda*, se entienda, se precise como persona digna, y eso significa tomar conciencia propia de lo que se es, a partir de la apreciación y aprehensión de sí misma; a su vez, aprender a amarse, permitir que el amor crezca en ella y la enriquezca en toda su magnitud. En consecuencia, el amor resulta ser fundamento imprescindible e imperativo de la dignidad humana.

XVIII.

El trabajo es fruto del amor

La gente pasa los días del año pensando en el momento en que vendrán las vacaciones.

Consecuencia de una sociedad movida por las leyes liberales del mercado es la enajenación del individuo con respecto a su trabajo. El trabajo hoy día es una de las cosas más aborrecidas por todos: si el trabajo es salud, que trabajen los enfermos, dice el refranero popular; el trabajo lo dejó Dios como castigo, dice una vieja canción. La gente pasa los días del año pensando en el momento en que vendrán las vacaciones. El empleado pasa las horas del día esperando a que se acerque la hora de salida. Su único aliciente es el salario remunerado, y cuando lo tiene, se dedica a gastarlo en objetos superfluos, en escapes a otros lugares, o en aquello que le dé sentido a su trabajo, porque por sí mismo no lo tiene.

El trabajo que hoy se practica dejó de servirle a su verdadero dueño, y pasó a ser una extensión de la propiedad de los patrones. Perdió su sentido porque ese trabajo ya no es mío, el fruto de mi esfuerzo dejó de pertenecerme, y se trasladó a manos de otro, el cual retribuye con dinero todo el esfuerzo dispuesto. La persona se siente enajenada, extraña ante su propio trabajo, ante su obra, porque, a pesar de ser suya, no lo es más a partir del momento en que sale de ella. Por esta razón, no le hallan sentido alguno a dar su mayor creatividad, porque el fruto

La obra del trabajo es mi mayor realización; en ella soy cada día más, y en ella reflejo mi crecimiento y mi amor.

de tal esfuerzo no es de ellos, no les pertenece, y el único consuelo autorizado, y que lo hacen ver como un premio, es el salario, el cual no llega sino después de treinta días de estar en lo mismo.

Pero el trabajo no nació de ese modo, esta es una invención del liberalismo industrial. De hecho, el trabajo es parte sustancial del ser humano, él es trabajo —sentencia de Karl Marx— porque a través suyo yo realizo mis más preciadas obras de amor. Cuando se crea una obra con mi trabajo, en ella yo proyecto todo mi ser, mis sentimientos, mis emociones, mi alegría, mi tristeza, mis capacidades y facultades, mi visión de mí mismo y del mundo en que vivo. La obra del trabajo es mi mayor realización; en ella soy cada día más, y en ella reflejo mi crecimiento y mi amor. De hecho es fruto de mi amor. Todo lo que creo a partir del trabajo, es demostración del amor por mí mismo y de mi amor por la creación.

Esta es la importancia del trabajo: sentirse activo y no pasivo, sentirse vivo y no fenecido, sentirse creador y no criatura, sentirse persona madura y no infante. La independencia del niño para crear por sí mismo es la que le va permitiendo proyectar su amor. El adulto es tal porque ha logrado crecer en el amor y porque ha sabido ser forjador de su amor y transmisor de éste en su obra. La misma relación existe en aquel que ama a otra, pues espera que su amor produzca fruto en ella, se cree un bien magnífico y le haga mejorar, ésa es su realización y felicidad más plena. Esta semblanza la encontramos también en aquella mujer que siembra una semillita, la cuida y la protege día a día con sus manos amorosas, la ve crecer y florecer, y a través de ella, ve realizarse el don del amor en un ser vivo. Esto realiza a las personas, las llena de la alegría y de la

felicidad propias del ser creativo, del trabajo creativo y dignificador.

Pero este sentido ya no lo tiene el trabajo, ha perdido su espíritu y su verdadero significado, por eso las personas se sienten extrañas ante su propia obra, por eso desean algún paliativo que les alivie su frustración, por eso también gastan en juguetes y en cosas inútiles, con tal de olvidarse que deben volver a un trabajo que aborrecen y que los está liquidando como seres humanos capaces, disminuyéndoles en su esencia, en su dignidad, privándoles de su gusto por la vida.

XIX.

La obra del arte: fruto del amor en la realidad del artista

En ella doy todo mi ser, soy yo quien va plasmado en la obra, soy ella en tanto ella son mis sentimientos, mi propia identidad y mi percepción de las cosas.

El arte es una de las manifestaciones más maravillosas que el ser humano posee para proyectar su visión del mundo, de las cosas y de su propia y muy personal situación. A través de él podemos transmitir todas nuestras emociones, percepciones y sentimientos. Damos a conocer dolor, alegría, tristeza, felicidad, tragedia, ilusión, esperanza, temor, miedo, etc.

La obra de arte viene siendo, así, la extensión de mi propia realidad. En ella doy todo mi ser, soy yo quien va plasmado en la obra, soy ella en tanto ella son mis sentimientos, mi propia identidad y mi percepción de las cosas. Por eso, en el tanto que me proyecto en ella, la obra de arte es irremplazable, única, irreproducible; no hay dos como no existen dos seres de mí mismo. Porque cada una de ellas lleva mi sello personal, mi estampa propia, mi firma que la legitima y le otorga parte de mi singular originalidad.

Las manos del artista son la pluma del escritor, con ella decimos mil palabras con leguaje propio, porque experimentamos cada una de las sensaciones impresas en la obra. Y la riqueza de ésta está en que cada persona que la observa, la revitaliza en su mismo ser, otorgándole sentido,

El artista se revela en la obra en tanto ésta procede de las entrañas de su ser.

sentimiento y sensación propias. Cada significado que brota de sus partes procede de la individual percepción del observador, y de cada una de las experiencias que logra identificar en la obra de arte. Por ello, artista y observador se funden en un solo significado poético y metafórico, son idénticos en la forma y distantes en el fondo. Cada uno vela por lo suyo, y en el encuentro ambos son la misma realidad. Historias distantes y una humanidad que los une y los identifica.

La obra de arte es el producto de mi experiencia y de mi sensibilidad hechas realidad. Porque mi ser va en ella, ella habla de mí, de mis amarguras y de mis dichas. En consecuencia, el artista se revela en la obra en tanto ésta procede de las entrañas de su ser. Por eso necesita haberse sufrido a sí mismo, haberse experimentado, sentido y padecido, real y sinceramente, de manera auténtica y honrada, para poder advertir que cada una de las líneas, trazos y formas de la obra, llevan su estampa esencial y verdadera. De esta manera, proyectaré vida en tanto en mí esté la vida, forjaré la ilusión en tanto en mí esté la ilusión, moldearé la alegría en tanto de mí brote esa misma alegría. Estamparé violencia en tanto sus secuelas hayan dejado marcada mi existencia, directa o indirectamente, sintiéndola en mí mismo o en cada uno de mis prójimos. De aquí que digamos que sólo compadece quien ha aprendido a padecerse a sí mismo, sólo siente quien se ha sentido a sí mismo, sólo puede amar quien ha aprendido a amarse a sí mismo.

La obra de arte es por ello la representación de cada una de mis vivencias aflorando por los poros de mi piel. No podría hablar, forjar, escribir, tallar o moldear cada una de sus partes si éstas no fueron

exploradas antes en la construcción y edificación de mi propio ser.

Cada obra es mi obra personal, mi propia edificación y sublimación; soy en tanto puedo crear y dar vida; en tanto puedo...

Vivenciar los sufrimientos y el dolor en la obra de arte, requiere, más que destreza, sensibilidad; más que conocimiento del hecho histórico, conciencia plena; más que deseos o buena voluntad, humanidad, humanismo, y sobre todo, capacidad de amar.

Consecuentemente, cada obra de arte es irrepetible, no habrá dos iguales, y a partir del momento en que una de ellas quiera ser duplicada, la copia termina siendo sólo eso, una copia que en apariencia es semejante, pero no deja de ser —como nos decía Platón de las cosas de este mundo— un pálido reflejo de aquello infinitamente más bello, y por esto, inmortalizado más allá de las meras apariencias. La copia solo vale para aquel que desea tener una vaga imagen de la auténtica verdad inmersa en la obra del artista, y no le queda más chance que, por ella, anhelar eternamente la esencia de una realidad que no está a su alcance. Desde este punto de vista, cada obra es mi obra personal, mi propia edificación y sublimación; soy en tanto puedo crear y dar vida; en tanto puedo..., en tanto soy potente, en tanto revitalizo la obra de mis manos y la vuelvo un bien para mí y para todo aquel que se acerca a ella a contemplarla. Cada una de ellas son mi propio ser, mi propia existencia desarrollándose, construyéndose, elevándose más allá de las meras apariencias, buscando la autenticidad de una vida que se crea y se erige cada minuto de su singular y vital camino. Cada obra es anuncio antes que nada, antes que denuncia, antes que protesta, antes que pasatiempo, y sobre todo, antes que negocio.

Solo una persona que se abre al artista puede amar con la misma fuerza las entrañas puestas en la obra.

La obra, entonces, transmite el mensaje que el artista ha dejado impresa en ella, y tal mensaje conlleva un anuncio de anhelos de libertad, de independencia, de crecimiento, de aspiraciones, de preocupaciones, de ilusiones y fantasías. Entre más cercana a la realidad, más cercano es su mensaje al observador. Entre más emociones lleve, más abierta es su interpretación, y el observador podrá intercambiar esas mismas emociones con el autor, en un diálogo sincero y apasionado, en una interrelación de sensaciones y sentimientos dispuesta a enmarcarse en la nueva perspectiva que su interlocutor le ha propuesto. Por ello, cuando una obra se ha creado con el corazón abierto, y se deja plasmada en ella las propias entrañas, siendo la obra auténtica y esencial propuesta de mi realidad, sólo otro corazón abierto puede llegar a valorar, apreciar y contemplar su verdadera dimensión existencial; solo una persona que se abre al artista puede amar con la misma fuerza las entrañas puestas en la obra. Sólo quien siente, con-siente a los demás y se revitaliza a través de ellos. La obra sólo puede ser sentida y apreciada por aquellos que han sabido padecer y apreciar las vivencias de la generalidad de las personas, y de ello es que habla la obra de arte, de las personas, y del mundo que les rodea.

En ese tanto, un artista sin capacidad para sentir, para sentirse, para amar, para amarse, no logra llegar a los demás, no logra transmitir un mensaje auténtico, sino aquel que sus devaneos e inconsistencia comunican, aquel que su egoísmo deja entrever, distante y disimulado entre láminas de una persiana. Por ello, este artista no comunica, no anuncia, sino que se oculta, se esconde detrás de una obra que no ha sabido crear y recrear; porque su propia esencia está oculta y escondida para él

mismo; no se ha sentido ni sabe quién es. Esa obra transmite la nada, la ausencia, el sinsabor de una existencia tullida, impotente para crear vida en ella misma, movida entre emociones dispares, la mayoría de las veces atrofiantes y mortíferas.

Una perspectiva del arte que trasciende lo comercial y mercantil, para volverse producto de la mayor de las capacidades y facultades humanas: la capacidad de amar.

Sólo la vida crea más vida, sólo el amor crea más amor, sólo el bien crea mayor bien. Esta es la ley de nuestra naturaleza perfectiva, y la que va impresa en cada uno de nuestros pasos, en cada una de nuestras obras. El artista, así, crea la obra de forma irrepetible, porque sus manos son transmisoras del mayor bien que le alimenta; y en esa misma proporción, de lo mejor o peor que pueda ofrecer.

Bajo estas apreciaciones vitalistas, ofrecemos una perspectiva del arte que trasciende lo comercial y mercantil, para volverse producto de la mayor de las capacidades y facultades humanas: la capacidad de amar. De aquí que en cada obra busquemos siempre al ser vivo, al artista, a su emotividad, a su sensibilidad humana, impresa e impregnada de cada uno de los trazos y rasgos de su obra. Ella habla de su autor tanto como de la apariencia que proyecta. Después, y más allá, buscamos el mensaje personal que captamos en nuestra propia y muy subjetiva percepción de las cosas.

Conclusión

Ama, et fac quod vis.
San Agustín. *In Ep. Io. 7,8.*

Ama y haz lo que quieras. Con esta sentencia de San Agustín se puede finalizar este trabajo, pues ahora se entiende la grandeza que ella encierra. Muy simple y enorme a la vez. Ama y haz lo que quieras significa: estando en capacidad para amar y permitiendo que el amor engrandezca la vida, llene y magnifique mi ser, llevamos a cabo todas las leyes de la naturaleza y caminamos conforme a ellas, sin contrariar ninguna parte de la creación. El que ama —nos afirma Teilhard de Chardin— está siendo partícipe del movimiento universal de la vida y de la evolución, porque toda ella es movida por la energía del amor; a su vez, todo está impregnado de su fuerza y de su nobleza: Sentido del Universo, sentido del Todo.

> *Ama y verás que no puedes hacer otra cosa que bien..., practica este amor y vive tranquilo* (San Agustín, 1994, p. 212).

El amor encierra el engrandecimiento, deja crecer, ayuda a crecer, realiza y embellece todas las obras; ninguna ley natural se le opone ni a ninguna ley contraviene; porque él es el corazón de la ley, es

Amar lo que no es, la muerte, la destrucción, es aniquilar la vida, y con ella el propio amor; es querer ser y, sin embargo, dejar de ser a la vez.

su máximo esplendor; es el fin último deseado del universo entero en su más pura perfección. Ama y haz lo que quieras, porque nada estará vedado para el amor, nadie temerá de él y todos le abrirán las puertas de su ser.

Cumplir con este orden de la naturaleza es prepararse para la gloria más excelsa de todo ser humano: comenzar a vislumbrar el verdadero rostro del amor, a Dios mismo; porque *Dios es amor*. "Porque cuanto más y más quieras ser, tanto más te aproximarás a quien máximamente es..." (San. Agustín, *De libero arbitrio*, 3, 7, 21) El amor ama la vida porque ella es su fruto; amar lo que *no es*, la muerte, la destrucción, es aniquilar la vida, y con ella el propio amor; es querer ser y, sin embargo, dejar de ser a la vez.

Quien no ama no ha conocido a Dios, nos ha dejado escrito San Juan, y nos vuelve a decir casi de inmediato: *Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.* (1 Jn. 4,8. 16) Por esto no existe el temor para el que ama, y buena razón tenía San Agustín para dejar hacer lo que quisiera al que verdaderamente amaba, porque el temor encierra la inseguridad y todos los errores que ella produce; y el amor no conoce el temor porque por sí mismo es alegría y felicidad anidando en el ser humano: única verdad y la mayor de todas, pues él es la mejor prueba de que Dios está con nosotros y permanece en todos aquellos que aman.

Toda la historia de la salvación está condensada en esa solicitud, y nadie puede hacer caso omiso a algo que se nos ha vuelto tan evidente. Y ahora que hemos entendido mejor el significado del amor, no hay marcha atrás, no puede haber marcha atrás,

a menos que deseemos nuestra propia paralización, y esto implicaría una de dos cosas: o estamos sórdidamente desnaturalizados, y por lo mismo, enajenados, o no hemos comprendimos nada.

La vida debe continuar aumentando y embelleciendo toda la creación.

El desarrollo amoroso está conformado por la vitalidad que otorga un Bien cada vez más excelso; busca engrandecerse siempre y nunca se repliega, ni como sacrificio ni como descenso; la vida debe continuar aumentando y embelleciendo toda la creación. Por eso, *deja que los muertos entierren a sus muertos,* el que ha conocido el amor, no tiene excusa para volver su mirada atrás: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.* (Lc. 9,60. 62).

Bibliografía de apoyo para el lector

Agustín Aurelio, San. *Confesiones*, Bogotá: Ediciones Paulinas, 1986.

Agustín Aurelio, San. *Obras Completas*, Tomos I, V, XVI y XVII. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, Varias ediciones.

Agustín Aurelio, San. *Nos hiciste, Señor, para ti. Kempis agustiniano.* 2a. ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1994.

Balmes, Jaime. *Obras completas: Filosofía Elemental, El Criterio.* 2a. ed. Madrid: B. A. C., 1963.

Buscaglia, Leo. *Amor. Ser Persona.* Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1995.

De Mello, Anthony. *Autoliberación interior.* Buenos Aires: Editorial Lumen, 1988.

Easwaran, Eknath. *El amor nunca falla. San Francisco de Asís, San Agustín, San Pablo, Madre Teresa de Calcuta.* Buenos Aires: Editorial Atlántida, 1999.

Fromm, Erich. *El arte de amar.* México DF: Editorial Piadós Mejicana, 1990.

Fromm, Erich. *¿Tener o ser?*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Gandhi, Mahatma. *Qué es amor*. Buenos Aires: Editorial Lumen, 1995.

Ingenieros, José. *Tratado del amor*. Buenos Aires: Roggero y Cía Editores, 1950.

Keen, Sam. *Amar y ser amado*. Barcelona: Ediciones Urano, 1998.

Larrañaga, Ignacio: *Del sufrimiento a la paz*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1988.

Madre Teresa. *Amor, un fruto siempre maduro*. Buenos Aires: Editorial Atlántida, 1989.

Ortega y Gasset, José. *Estudios sobre el amor*. En su: Obras Completas, 6a. Ed. Madrid: Ediciones Castilla, 1964.

Ovidio. *Arte de Amar*. Barcelona: Editorial Ramón Sopena, 1974.

Platón. *El Banquete*. México DF: Editorial Porrúa, 1979.

Platón. *Fedro*. México DF: Editorial Porrúa, 1979.

Platón. *Lysis*. México DF: Editorial Porrúa, 1979.

Riso, Walter. *¿Amar o depender?*, Bogotá: Editorial Norma, 1999.

Riso, Walter. *Deshojando margaritas*. Bogotá: Editorial Norma, 1997.

Rougemont, Denis. *Amor y occidente.* México DF: Editorial Leyenda, 1945.

Sartre, Jean-Paul. *El ser y la nada.* Buenos Aires: Editorial Losada, 1976.

Savater, Fernando. *Ética como amor propio.* Barcelona: Editorial Grijalbo Mondadori, 1995.

Stendhal, seud.: *Del Amor.* Madrid: Editorial Mundo Latino, s.f.

Teilhard de Chardin, Pierre. *El fenómeno humano.* Barcelona: Ediciones Orbis, 1984.

Valverde, Francisco. *Ética y Salud.* San José: Editorial UNED, 1997.

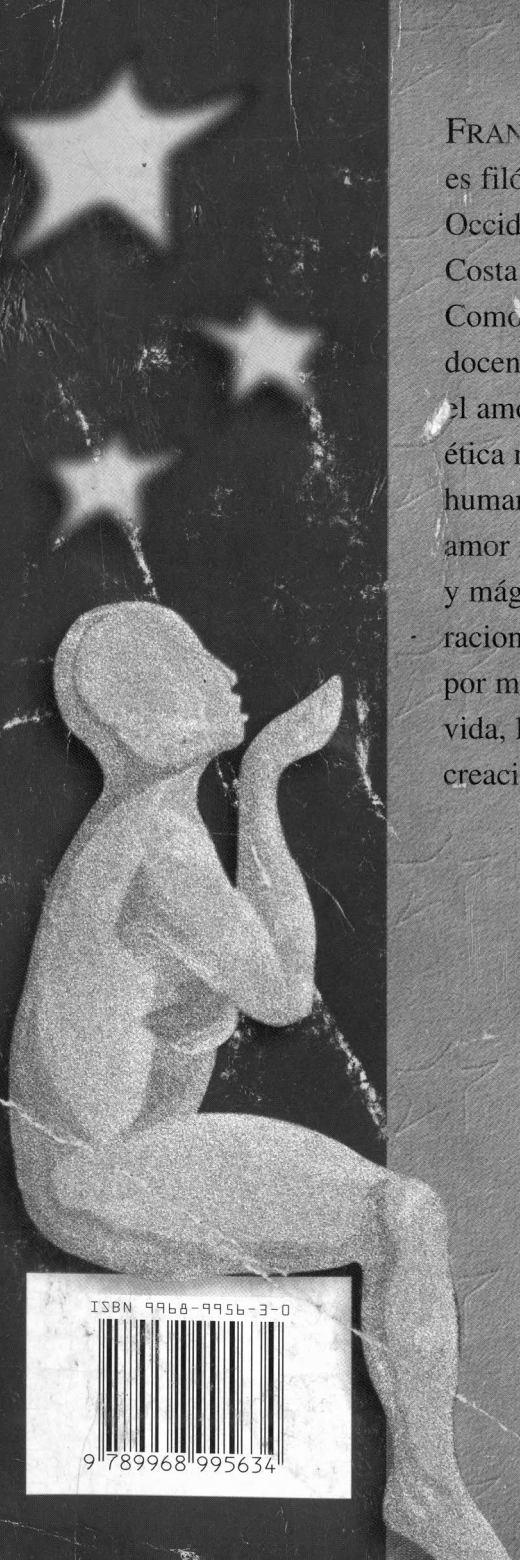
Wilhelmsen, Frederick D. *La metafísica del amor.* Madrid: Ediciones Rialp, 1969.

Wojtyla, Karol. *Amor y responsabilidad.* Madrid: Editorial Razón y Fe, 1969.

Yepes Stork, Ricardo. *Las claves del consumismo.* Madrid: Editorial Palabra, 1989.

Se terminó de imprimir en la Sección de Impresión de la Editorial de la Universidad de Costa Rica, en el mes de octubre del 2002.

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
San José, Costa Rica, A.C.



FRANCISCO VALVERDE BRENES es filósofo, profesor en la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica y profesor de secundaria. Como parte de su experiencia docente, ha escrito este libro sobre el amor desde la perspectiva de la ética naturalista, teleológica y humanista. En ella se observa el amor no como un elemento pasional y mágico, sino como el principio racional, fundamental y substancial, por medio del cual se sublima la vida, los seres humanos y la creación entera.

ISBN 9968-9956-3-0

9 789968 995634

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

SEDE DE OCCIDENTE